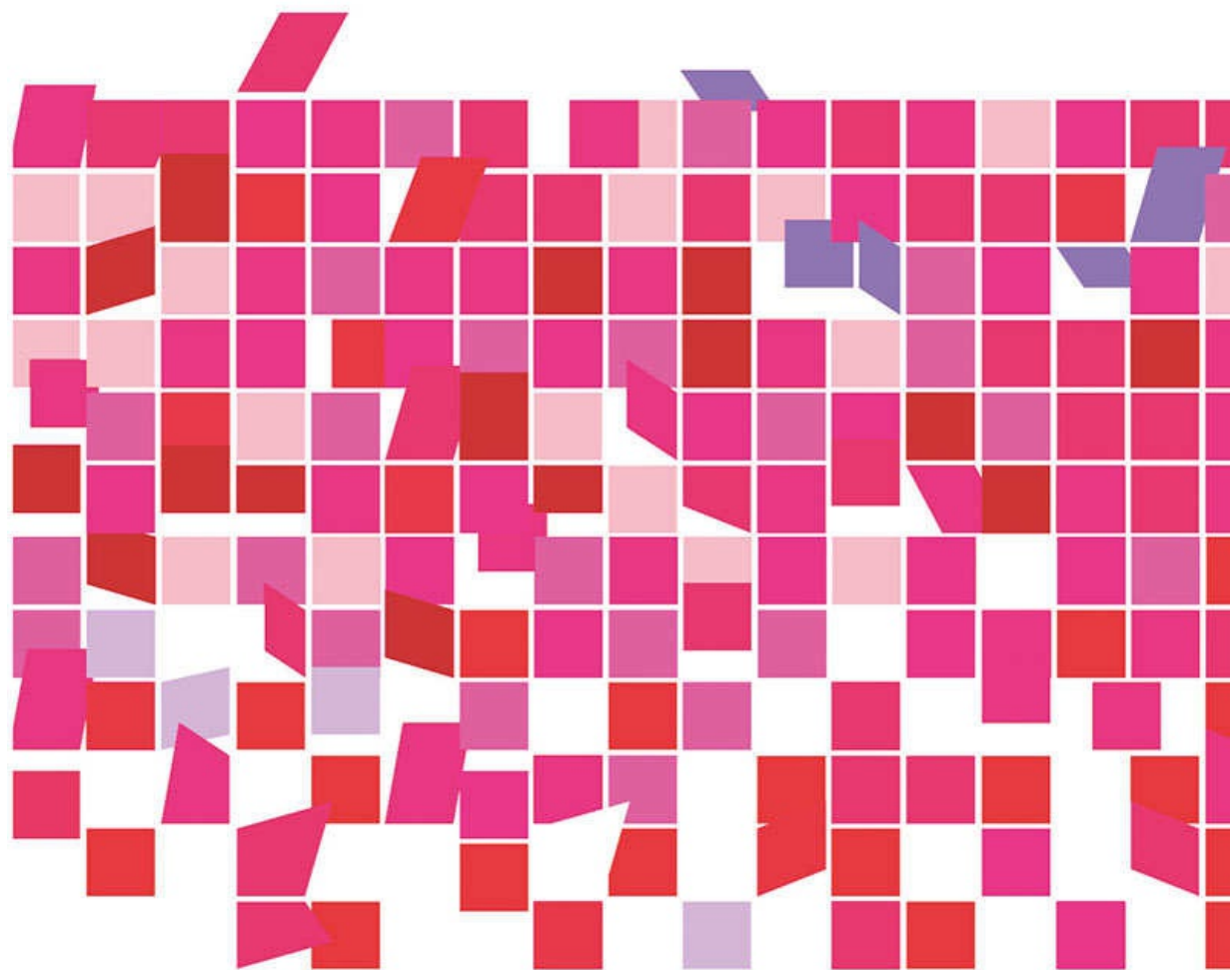




La crisis de la moral

Eduardo López Azpitarte



SAL TERRAE

EDUARDO LÓPEZ AZPITARTE

**La crisis
de la moral**

SAL TERRAE

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a [CEDRO](#) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Editorial Sal Terrae, 2014
Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 942 369 198 / Fax: +34 942 369 201
salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

Imprimatur:

† Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
21-04-2014

Diseño de cubierta:

María José Casanova

Edición Digital

ISBN: 978-84-293-2189-0

Introducción

Interrogantes que se plantean

Hace casi cuatro siglos que un célebre autor como Pascal, de una profunda religiosidad extremista y radicalizada, se atrevió a orar diciendo: «Tú, Señor, puedes pedirnos que te amemos, pero no puedes pedir que amemos la moral». Una confesión explícita del rechazo y malestar que le provocaba todo lo relacionado con ella. Hace muy poco, una persona mayor me recordaba una frase que solía repetirle él a su madre, cuando era pequeña: «Mamá, yo soy muy buena, pero no soy feliz».

Son muchas las preguntas que brotan de estas simples anécdotas, que se podrían multiplicar con otras muchas parecidas. Si hemos dicho muchas veces que la moral nos viene de Dios, que nos descubre su voluntad, que es un camino que nos lleva hacia Él, ¿es posible que no pueda exigirnos que la amemos? Como si, en lugar de ser una luz que ilumina, una voz que orienta, una llamada a vivir en su amistad, se hubiera convertido en un obstáculo infranqueable que impide cualquier contacto con lo sobrenatural.

Por otra parte, se nos ha repetido muchas veces que las exigencias éticas constituyen una condición indispensable para alcanzar nuestra plenitud humana, para conseguir esa felicidad, que late siempre por dentro, en el fondo de nuestro corazón. Sin embargo, su rostro no aparece para muchos como atractivo y seductor. Se nos presenta más bien como un lastre insoportable, como un peso que impide caminar hacia la felicidad. El antagonismo entre el deseo más profundo de vivir a gusto y satisfechos, y las imposiciones éticas que desde pequeños nos imponían, ha sido demasiado evidente como para pensar en una posible reconciliación. Si para ser honrados y decentes hay que renunciar a vivir contentos y felices, el precio a pagar sería excesivo. Mucho más atractivo resulta buscar la felicidad por otros muchos caminos que seducen.

Lo menos que puede decirse es que la moral cristiana no es un valor en alza en el mercado de nuestra sociedad. Al contrario: se encuentra tan devaluado que muy pocos se arriesgan a invertir, por la poca rentabilidad que ofrece. Una fuerte mayoría de personas que fueron educadas en un ambiente cristiano han dejado de creer en las enseñanzas éticas recibidas. Los mismos documentos de la Iglesia que afectan a la praxis humana quedan marginados, como si se tratara de una doctrina que no despierta apenas interés ni anima a una reflexión. Quiero decir que el rechazo generalizado de la ética cristiana es tan evidente en la actualidad que nadie se atreverá a negarlo.

En una situación como esta, vale la pena reflexionar con sinceridad. ¿Es que no existen otras alternativas posibles? ¿Estamos ante una situación en la que no existe ya ninguna esperanza? En el fondo de toda herejía hay siempre una verdad exagerada por algún extremo. Y en el fondo de toda crítica se oculta también una serie de semillas que

pueden servir para obtener una buena cosecha. Hay que estar abiertos a este desencanto y esta desilusión que, de una u otra manera, han estado con mucha frecuencia latiendo a lo largo de la historia.

Las razones de este malestar han podido tener motivos muy diferentes. Pero a nosotros nos toca reflexionar sobre la situación que tenemos delante para analizar cómo es posible responder a estos desafíos, y dibujar una imagen de la ética que resulte algo más atractiva y seductora.

Con una previa aclaración

Sí me interesa señalar, para evitar equívocos posteriores, que a lo largo de estas páginas voy a utilizar los términos de ética y moral con el mismo significado. Ya sé que muchos autores señalan una diferencia entre ambos vocablos, pero para el objetivo que pretendo quisiera evitar una peligrosa consecuencia. Tradicionalmente se defendía que la ética se fundamentaba en la razón humana, a pesar de sus límites e inseguridades. Mientras que la moral se apoyaba en la palabra de Dios, tal y como la Iglesia la concretaba en su enseñanza. De ahí se deducía que solo las proposiciones éticas mantienen un carácter científico y fundamentado. Por el contrario, las exigencias morales pertenecen al campo de las creencias, sin ninguna justificación razonable e, incluso, contrarias e incompatibles con los conocimientos de las ciencias, como demuestra la experiencia histórica.

Tampoco conviene olvidar que *ética* fue el término griego que se tradujo después al latín como *moral*. Su origen etimológico fue el mismo. Y no es, por tanto, inaceptable que se utilicen con su significado primitivo. Lo que ahora pretendemos es dar una respuesta a los interrogantes que se nos plantean, teniendo en cuenta todas las riquezas que encierran, como iremos viendo a lo largo de nuestras reflexiones.

Al terminar la lectura de estas páginas, donde recojo ideas que había expuesto con anterioridad, espero que el lector esté más capacitado para responder a sus propias preguntas e incluso pueda ayudar a los demás a descubrir una nueva visión de lo que significa vivir como persona y como cristiano. Al menos, esta es la intención humilde y sincera que pretendemos.

1. La crisis actual de la moral

Desconcierto frente al pluralismo ético

No pretendo recoger ahora las múltiples críticas históricas, filosóficas, psicológicas... que se han levantado contra la moral. Hasta la misma imagen de Dios, como garante último de la moralidad, quedaba tan desfigurada y absurda que la primera condición para entrar en el mundo ético era proclamar su muerte. Entrar en estos análisis exigiría una reflexión más teórica y abstracta que ahora no pretendemos. El punto de partida es mucho más sencillo. Lo que siente y experimenta hoy la gente es un fuerte desconcierto y una gran inseguridad. Son varios los factores que provoca esta situación.

Existe, por una parte, un enorme pluralismo ético dentro de nuestra sociedad actual. La oferta de opciones sobre los múltiples problemas éticos es tan amplia y contradictoria que se encuentran soluciones para todos los gustos e ideologías. Esta diversidad no afecta exclusivamente a la solución de ciertos problemas, como siempre ha sucedido, por la complejidad de los valores éticos y su aplicación a las situaciones concretas. Las diferencias abarcan también a otros aspectos mucho más fundamentales. Cualquiera que busque una información se va a encontrar con una variedad de respuestas que ha roto la mayor armonía que pudo existir en épocas anteriores. Diferencias que se constatan en el interior mismo de la Iglesia y de la comunidad creyente. La disparidad de criterios desconcierta a muchos, pues no comprenden por qué sobre un mismo hecho puede darse un juicio distinto.

Pérdida de credibilidad

Los cambios, por otra parte, han sido demasiado evidentes y significativos para seguir creyendo que lo que ahora se manda va a ser una verdad definitiva e inmutable. Hoy se aceptan conductas que en épocas anteriores estaban condenadas; y lo que antes no era lícito, a lo mejor hoy resulta aceptable. Son muchos los casos que se podrían aportar a lo largo de la historia y en los que ahora no me detengo. Cualquiera que conozca un poco la historia sabe muy bien cómo ha ido cambiando la valoración de ciertas conductas.

Pero una moral que cambia y evoluciona pierde por completo su credibilidad, pues no tiene razones suficientes para exigir una confianza plena. El esfuerzo por dar con una explicación razonable, al que muchos se agarraban como la única alternativa posible, no ha tenido demasiado éxito. La disparidad de criterios y los cambios éticos son un síntoma manifiesto de esta incapacidad para imponer un juicio objetivo sobre tantos problemas como hoy nos afectan. Ante tanta disparidad como se ofrece, ¿es posible optar por una solución segura y definitiva?

Búsqueda de autonomía

Existe, además, otro aspecto de enorme influencia: nuestra sociedad tiene conciencia de haber alcanzado ya su mayoría de edad. La persona se siente hoy, más que nunca, constructora de su propia historia y considera una cobardía no afrontar el riesgo de la propia decisión y buscar una seguridad infantil en las normas externas para escapar del miedo a su libertad.

Este miedo a la esclavitud de unos principios alienantes hizo surgir la llamada *ética de situación*. Fue un gesto de protesta contra la opresión excesiva de las normas, con olvido de las peculiaridades y circunstancias de cada individuo. El carácter absoluto de la ley reducía el papel de la conciencia a ser una simple computadora de datos, sin dejar margen alguno a la propia creatividad. Y ello implicaba la negativa de un derecho inviolable: la capacidad de juzgar y elegir según el propio dictamen personal. Frente al valor de la normativa que se impone, ha de prevalecer siempre el juicio sincero de nuestra razón. El deseo de una autonomía, que se considera una conquista irrenunciable, rechaza cualquier imperativo que pudiera ponerla en peligro.

Y hay que reconocer que la moral, como veremos en un capítulo posterior, se ha vivido como un cúmulo de obligaciones, normas, preceptos, mandamientos... que se imponían basándose en la autoridad de Dios y de la Iglesia. No cabía otra respuesta que la obediencia y la sumisión, pues el remordimiento y la amenaza de una condena constituían un resorte de una eficacia extraordinaria. Si hoy se presenta una moral con estas características, la gente tendrá derecho a renegar de semejante propuesta. Repasar hoy nuestros manuales de moral despierta un fuerte rechazo si no se leen con una cierta dosis de humor. Tenían como único objetivo indicar a los confesores la mayor o menor gravedad de los fallos cometidos por el penitente. Una especie de «pecatómetro» que buscaba valorar con una exactitud aproximada las transgresiones cometidas.

Mecanismos inconscientes

Sin embargo, el rechazo que hoy se expresa no va solo contra una forma concreta de presentar la moral, sino que hunde sus raíces en zonas más profundas de nuestro psiquismo. Los valores éticos son esquemas racionalizados para defender otros intereses ocultos que no se quieren reconocer. Son muchas también las motivaciones inconscientes que condicionan con frecuencia la conducta humana. La misma insistencia religiosa en buscar la propia salvación, como objetivo prioritario, ha fomentado una dimensión demasiado individualista que marginaba en exceso la preocupación por el cambio social. Lo que llamamos «vida virtuosa» es una forma concreta de conseguir el beneplácito de Dios, cuyo cariño y protección nos resulta imprescindible. Hasta la misma fe puede convertirse simplemente en un mecanismo de defensa para protegernos de las amenazas que nos vienen del destino y, sobre todo, del fracaso ante la muerte. No existe ningún narcótico tan eficaz para el sufrimiento humano como la experiencia de la fe.

Nuestra psicología es demasiado compleja para admitir con excesiva ingenuidad que todo tiene una explicación consciente. Por debajo queda un mundo de influencias cuyo conocimiento ha despertado un clima de duda y vacilación. Las razones que se dan, aunque aparezcan como buenas y evangélicas, no responden a las verdaderas motivaciones. La vida ética y religiosa puede vivirse con unas características que reflejan muy bien las críticas anteriores. La fe, la culpabilidad, el deseo de perfección... encuentran también otras raíces inconscientes, infantiles, narcisistas, cuyo auténtico rostro no es el que se manifiesta hacia fuera. Sobre nuestra conducta humana y cristiana hay que dejar también pendientes ciertas sospechas, para no quedarse satisfechos con las simples apariencias externas. No basta la buena imagen, si no somos capaces de penetrar en las zonas oscuras de nuestro psiquismo.

La libertad religiosa

Al vivir, finalmente, en una sociedad que se caracteriza por el pluralismo de opiniones éticas y religiosas, no podemos ya soñar en la unanimidad de tiempos pasados. El mismo Vaticano II consagró la legítima autonomía de las realidades temporales y la libertad ética y religiosa de cada individuo para actuar de acuerdo con sus propias convicciones, respetando siempre el derecho de los demás. El cambio suponía una ruptura tan fuerte con la tradición anterior que provocó en muchos una alarma justificada. A pesar de la nostalgia, por parte de algunos, de volver a épocas pasadas, pretender eliminar el pluralismo de nuestro mundo revela una ingenuidad excesiva.

Sin embargo, todos están de acuerdo en que la convivencia social requiere una cierta regulación ética. La democracia, que todos defienden como un derecho humano, tolera la diferencia, pero no tiene por qué estar reñida con la moralidad. Si admite el pluralismo, es porque no quiere imponer a todos sus miembros una determinada ideología o valoración, pero ello no significa abrir la puerta a cualquier tipo de conducta. En estas circunstancias, la ética civil aparece como la única alternativa posible. No hay más remedio que buscar una plataforma común en la que esté de acuerdo la mayoría de la sociedad. Si nadie puede imponer su propia normativa, es necesario llegar a un acuerdo entre los diferentes grupos e ideologías para impedir actuaciones que vayan contra el bien.

La legislación civil no ha de prohibir o aceptar, por tanto, los códigos éticos de una mentalidad concreta, sino que debe permanecer abierta a las otras valoraciones diferentes que resulten válidas y razonables para otros grupos. Ya el mismo santo Tomás, siguiendo a otros autores tradicionales, partía de una constatación realista. Como cualquier ley humana está orientada a dirigir una sociedad con criterios éticos muy diferentes, sería absurdo prohibir aquellas conductas con las que otros miembros están de acuerdo. Solo debe impedir y condenar aquellas acciones más graves que vayan en perjuicio de los demás y en contra del bien de la comunidad humana. Por tanto, concluye, «la ley humana no puede prohibir todas las cosas que prohíbe la ley natural» (*Suma Teológica*, I-II, 16, 2). De ahí que en la más amplia tradición de la Iglesia se haya mantenido siempre una clara distinción entre la tolerancia civil de un hecho y su aprobación moral, sabiendo que no todo lo que está permitido legalmente es lícito también desde el punto de vista ético.

Hay que aceptar, pues, que la ética civil queda reducida a unas exigencias mínimas, en las que la mayoría está plenamente de acuerdo. Pero también resulta comprensible que tanto la moral católica como otras éticas no se queden tranquilas y satisfechas con la normativa reductora que defiende la sociedad civil. El cristianismo, en teoría, aspira a una moral de máximos, muy por encima de los mínimos exigidos en una legislación laica. Aunque después la praxis de los creyentes no responda al ideal dibujado, nunca se pueden sentir satisfechos con el programa minúsculo de las obligaciones legales. Habría que dejar muy claro desde el principio, para evitar ambigüedades posteriores, que la

ética civil no tiene que cambiar en nada la moral de quienes tienen otra serie de exigencias. De la misma manera que todas las exigencias de una moral concreta tampoco deben quedar sancionadas por el derecho.

Un lenguaje diferente

Por eso, aunque la ética cristiana no coincida con la civil, su forma de actuar y proclamar el mensaje cristiano sí adquiere nuevos matices. Su lenguaje, cuando no se dirige al mundo de los creyentes, ya no puede ofrecer un contenido exclusivamente religioso, pues perdería toda su credibilidad en una sociedad laica que no admite semejantes esquemas. La Iglesia y la ética cristiana tienen derecho, como cualquier otra institución, a manifestar su palabra, pero conscientes de que para entrar en el diálogo no la presentan en nombre de la religión o de una autoridad que otros muchos no comparten ni admiten. Es la única plataforma de encuentro que ahora tenemos para configurar un orden social que deseamos profundamente justo y humano.

No cabe duda de que esta situación constituye un desafío para el que no siempre se estaba preparado. La moral católica se había distinguido precisamente por su apoyo religioso. La garantía de sus enseñanzas se fundamentaba en la palabra de Dios y en la autoridad del magisterio para aplicarla a las situaciones concretas. Semejante planteamiento ha perdido su vigencia en nuestro mundo secular. La Iglesia ha de hacer comprensible y razonable su proyecto ético para presentarlo como oferta a otras personas que no comparten la fe. Cuando defiende un determinado valor ético, el cristiano expone las razones que lo justifican, reflexiona sobre las críticas que se presentan desde otros puntos de vista, reconoce las deficiencias históricas y admite la fragilidad de ciertos argumentos que nunca serán evidentes, con el deseo último de que su respuesta resulte lo más convincente posible. Creer que cualquier rechazo es fruto de una persecución religiosa parece un recurso poco honesto y excesivamente cómodo, cuando no se sabe aportar una seria justificación.

Para hacer presente hoy el mensaje de Jesús no hay que tener miedo al pluralismo existente, ni rechazar el diálogo entre las diferentes posturas. En el contexto actual, la Iglesia, como la ética cristiana, ha sufrido, como Jesús hecho hombre, un proceso de rebajamiento. El lenguaje que utiliza con sus propios creyentes tendrá que cambiarlo para que penetre también en otras ideologías. La defensa que en otros tiempos le llegaba de las instituciones civiles ya no tiene vigencia en nuestro mundo secular.

El riesgo del fanatismo

Hay que reconocer que ya hemos ido dejando atrás muchos siglos de intolerancia fundamentada en dos pilares de enorme influencia. Por una parte, el concepto de verdad se parecía mucho a una fórmula matemática: o se estaba de acuerdo con ella, sin posibilidad de interpretación alguna, o había que rechazarla por completo; y si, además, esa verdad estaba garantizada por la revelación divina, no cabía otra alternativa que la obligación de aceptarla. La palabra de Dios es definitiva e inmutable. La misma filosofía se consideraba como una ayuda a la reflexión teológica, cuya misión quedaba reducida a confirmar los datos revelados.

Por eso, cuando el creyente está convencido de que su fe es la única verdadera, sin ninguna otra alternativa para la salvación, y posee un carácter obligatorio para todos por la universalidad de su mensaje, la semilla del rechazo y el desprecio se hace presente en su interior. El fanatismo ha generado mucha violencia a lo largo de toda la historia. Se caracteriza porque quien lo padece se cree poseedor absoluto de la verdad y necesita imponerla a los demás por medio de la fuerza. La experiencia de lo sobrenatural, en lugar de llevarlo a la reconciliación comprensiva, lo conduce a la lucha intransigente por vencer al error. Es muy difícil que el fanático ortodoxo se crea intolerante, pues tiene conciencia de que lo que está en juego no es la fidelidad a sus propias ideas, sino la obediencia a Dios, que no admite ningún otro compromiso. Estará dispuesto a ofrecer su propia vida antes que renegar de tales exigencias sobrenaturales.

El temor ante lo nuevo

Además de todos estos factores ideológicos y culturales, el psiquismo humano ha servido también como un estímulo complementario. La psicología nos recuerda que, sobre todo a nivel inconsciente, lo que es distinto amenaza de inmediato nuestra seguridad. Al romper con nuestros esquemas habituales o no encajar dentro de nuestras costumbres adquiridas, se vivencia como algo peligroso que pone en peligro la tranquilidad conseguida, que desafía los planteamientos tradicionales, que desestabiliza la armonía alcanzada después de muchos esfuerzos. Es el mismo fenómeno que acontece con todo lo nuevo cuando, con su originalidad inédita, conmociona el orden establecido. El rechazo, el desprecio o la marginación son los caminos más frecuentes para evitar una presencia que molesta.

La agresividad es siempre fruto de una frustración, de una expectativa sin respuesta, de un amor herido por los límites que impone la realidad. Y si el ideal de una sociedad cristiana se le resiste, a pesar de su esfuerzo inagotable, tiene que proyectar sobre los causantes de este fracaso todo su malestar interior. La intolerancia será siempre una conducta infantil que no se resigna al realismo de nuestra pequeñez e insuficiencia.

A pesar de que la intolerancia ha sido históricamente una característica de las religiones –y del catolicismo, en concreto–, es posible encontrar no pocos documentos y testimonios que defienden la alternativa contraria con un talante muy parecido al que hoy podemos respirar. No me resisto a copiar, entre otros muchos documentos, el parecer de los teólogos de Salamanca elaborado por F. de Vitoria: «Los indios tienen derecho a no ser bautizados y a no ser coaccionados a convertirse al cristianismo contra su voluntad. Todos y cada uno deben convertirse libremente y no se les puede obligar a renunciar a la religión de sus antepasados. Los pueblos indios, que espontánea y libremente se han sometido a príncipes cristianos a condición de que no sean obligados a creer en la religión cristiana, no pueden ser coaccionados por el Emperador o Rey de España a convertirse, y se debe respetar la libertad religiosa pactada».

Los peligros de la tolerancia

Semejante postura queda hoy reducida a los grupos fundamentalistas, que no permiten ningún tipo de discrepancia. Hoy, más bien, el valor de la tolerancia se defiende como prioritario. Como no se puede imponer ninguna verdad por encima de las otras opiniones, no cabe otra salida que el respeto hacia las diferencias. Aceptar esta situación, aunque tal vez desagrade a muchos, no implica ignorar los riesgos y dificultades que plantea. Me limito únicamente a enumerarlos.

Crece, en primer lugar, un talante de escepticismo e indiferencia ante la dificultad de una fundamentación cierta y segura. No existe ningún imperativo obligatorio por el que merezca la pena un determinado esfuerzo o sacrificio. El ecumenismo ético se vuelve tan amplio e indulgente que no se rechaza como inaceptable ninguna conducta. La tolerancia no es, entonces, fruto de la consideración y deferencia hacia el otro, sino el síntoma de un escepticismo radical. Como la verdad no está garantizada, que cada cual actúe y se comporte como le parezca.

Esta incertidumbre e indiferencia se convierte también en un estímulo para la comodidad, pues si cualquier oferta ética aparece tan válida como las otras, la inclinación hacia lo que resulta menos molesto y exigente se hace comprensible. Nadie tiene derecho a exigir o prohibir una conducta determinada, ya que todas gozan, más o menos, de la misma probabilidad. La elección pertenece en exclusiva al propio individuo, y en esta hipótesis sería absurdo optar por la más difícil y sacrificada. Frente a una ética de exigencias y heroísmos se alza una moral del menor esfuerzo posible, pues cualquier opción que se tome está respaldada por la ley. Una ética de mínimos es a lo único que se puede aspirar.

Confusión entre lo legal y lo ético

El peligro radica, entonces, en no distinguir suficientemente lo legal de lo ético y terminar aceptando, con todas sus lamentables consecuencias, que la tolerancia o la prohibición jurídica se identifica con la bondad o la malicia ética. Cuando una conducta concreta queda aprobada por una ley, no significa, como ya hemos dicho, que semejante comportamiento sea moralmente aceptable, sino que no quiere prohibir otras conductas diferentes que resultan admisibles para otros ciudadanos. En otras ocasiones, el legislador no desea imponer ninguna pena a una determinada acción, pero ello tampoco implica que lo que no se castiga se convierta en un hecho humanizante.

Quiero decir que la confusión entre ambos niveles es muy frecuente y, al mismo tiempo, muy peligrosa: que lo legalmente aceptado termine siendo también éticamente aceptable. En estas circunstancias, ¿qué puede hacer la moral cristiana?

Ni nostalgias ni retiradas

Es posible que algunos pretendan un retorno nostálgico a épocas anteriores. Muchos creerán, a lo mejor, que todos los males actuales provienen de una tolerancia excesiva por parte de la Iglesia. Lo que hoy se requiere es levantar la voz con mayor énfasis para acallar los gritos disonantes. Cada uno podrá pensar como prefiera sobre la conveniencia o no de esta vuelta a un pasado, pero eso supone soñar con una época que no volverá a repetirse.

Tampoco tiene sentido una retirada hacia la privatización de la fe y la moral cristianas, como si en un mundo como el nuestro no hubiera ninguna posibilidad de hacer presente nuestra oferta, o su palabra no tuviera ya ninguna resonancia en el foro civil. Reconocer el valor de la tolerancia religiosa no significa caer en un indiferentismo absoluto, como si nuestra experiencia de fe hubiera perdido su carácter prioritario, o el impulso evangelizador y misionero fuese una pérdida de tiempo. En nada tiene que aminorar el aprecio del don recibido, por el que Dios se nos ha hecho cercano, y la ilusión de que otros compartan la perla evangélica (Mt 13,45) que se nos ha descubierto. La unidad en una misma fe es imposible en esta sociedad descreída, agnóstica y pluri-religiosa, mientras caminamos hacia la etapa final. Solo Dios sabe cómo su voluntad salvífica se hace presente en el mundo, con otros esquemas que no corresponden a los nuestros.

En una situación como esta, no se trata de emprender nuevas cruzadas religiosas para convertir a todos a la única y verdadera religión, sino de conocer y respetar a los que buscan a Dios por otros caminos, y ofrecer a quienes lo deseen el gozo de nuestra propia experiencia personal. Entre el proselitismo exagerado de antes y la apatía misionera que pudiera surgir ahora, el evangelio nos vuelve a recordar la importancia del testimonio y de la coherencia con la fe, que invita, provoca y estimula, pero que manifiesta también la bondad y tolerancia de Dios para con buenos y malos.

El juego de las estrategias y concesiones

Otros intentan reaccionar por el camino opuesto. A pesar de la decadencia y corrupción que pueda darse, la crisis actual corresponde a una conciencia nueva de la humanidad, que denuncia como falsos e hipócritas muchos de los principios morales. Si la sociedad no vive de acuerdo con la moral, es porque esta no responde ya a sus exigencias actuales. La tarea básica consistirá, entonces, en la búsqueda posible para acomodar la ética a las necesidades y urgencias del momento presente. Se trataría de realizar, incluso, una operación parecida a las rebajas comerciales –abaratando el precio del mercado, con menores exigencias–, a ver si la gente se anima un poco y acepta mejor el producto que se le ofrece. Si no llegan a saltar la altura propuesta, el remedio más eficaz no será mantener dicha altura, sino rebajar el listón a las posibilidades reales.

Cualquiera de las dos opciones está incapacitada para responder a los retos actuales, porque, o bien no quiere enfrentarse con la realidad existente, cargada de interrogantes que no se descifran con esquemas pasados, o bien busca una interpretación que elimine otros datos fundamentales a los que no podemos renunciar los cristianos.

La oferta de la Iglesia

Es verdad que la visión cristiana ya no aparece como el único proyecto ético con validez universal, pero ello no implica renunciar al talante y radicalismo evangélico que le caracteriza. Las palabras de Jesús sobre la sal que se vuelve insípida y «no sirve sino para ser tirada fuera y pisoteada por los hombres» (Mt 4,13) es un recuerdo que no debemos olvidar. Es decir, la moral católica no tiene que cambiar por el hecho de estar situada en una sociedad pluralista. Al contrario, en un mundo donde las prácticas y las creencias no ayudan para nada y existen otros múltiples atractivos, la luz del evangelio debería tener una presencia mucho mayor.

Defender las propias creencias es un derecho en cualquier sociedad democrática; transmitir y ofrecer a los demás las propias convicciones constituye también un ejercicio protegido por la libertad de conciencia, dentro de un pluralismo ideológico. Lo que ya no cabe, dentro de la comunidad humana, es el desprecio, el rechazo, la incompreensión absoluta frente a lo que escapa a nuestros esquemas. Y algo de esto aún subsiste en grupos radicalizados de cualquier índole, incapaces de vivir en un clima de respeto y tolerancia. Si quien actúa de esta manera se considera creyente, hay razones fundadas para no creer en su mensaje y testimonio, pues toda religión o persona que se vuelve intolerante pierde su autoridad para hablar de Dios. También la moral cristiana ha de aprender a abrirse paso en una sociedad pluralista y a evitar presentar el rostro intolerante que muchas veces ha presentado.

Si se ha insistido en la crisis que afecta a la moral, no ha sido por el deseo de ensombrecer aún más el panorama. Se trata de tomar conciencia de la nueva situación en la que el cristiano vive, para buscar desde ella cómo podemos responder a este desafío.

2. La inevitable urgencia de una ética

A pesar de todas las críticas que se hayan levantado contra la moral, y por muchas dificultades que se planteen contra las diferentes éticas que han existido a lo largo de la historia, queda en pie un hecho irrefutable: todo ser humano, por el hecho de existir, está necesariamente obligado a optar por una forma de vida. Es una necesidad que surge de nuestras propias estructuras antropológicas.

Más allá de nuestros mecanismos biológicos

Algunos creen que la ética es un simple producto biológico, como el que tiene hambre y necesita comer. Un instinto que tiene como objetivo darnos seguridad y evitar las indecisiones que tanto molestan. Como acontece con la religión, que quita miedos, provoca un cierto bienestar en aquellos que la practican. Son dispositivos naturales que ya están programados, como los mecanismos de un robot, y que inevitablemente nos llevan a un comportamiento sobre el que no se puede actuar. Lo que llamamos «decisión libre» no es, en el fondo, sino un lamentable autoengaño. Las manifestaciones típicamente humanas no requieren ninguna interpretación, más allá de sus componentes bioquímicos.

Hay que reconocer, sin embargo, que semejante planteamiento tampoco tiene objetividad científica alguna. Sería absurdo negar los múltiples factores, como la ignorancia, el error, la pasión, los miedos, el temor, la presión social..., que afectan sin duda, como veremos más adelante, a nuestras propias decisiones. Pero el sentido común de la mayoría reconoce en el ser humano unas características peculiares que lo distinguen y elevan por encima de cualquier otra realidad.

También en la conducta humana encontramos estructuras parecidas al comportamiento de los animales. Pero es evidente, además, que existe una frontera cualitativa que separa con nitidez el mundo humano del de los otros seres que consideramos inferiores. Desde que nacen, los seres irracionales siguen ciegamente las leyes de su naturaleza e instintos, que los conducen con una eficacia admirable a la consecución de sus objetivos. No se requiere ningún cursillo intensivo de natación para que la fauna marina sepa cómo debe afrontar las corrientes del mar y defenderse de sus peligros. Como tampoco las aves necesitan acudir a ninguna clase de vuelo para aprender la inclinación de sus alas frente a los vientos y orientarse en sus desplazamientos.

La obediencia a estos datos es suficiente para dirigir sus reacciones hacia una finalidad determinada. No tienen más moral que el sometimiento a sus imperativos biológicos, ordenados con toda precisión al bien individual y de la especie. Su orientación resulta tan perfecta y adecuada que, para actuar bien, solo tienen que dejarse llevar, sin necesidad de poner ningún reparo, por el dinamismo interno de sus propias tendencias. Aquí radica la grandeza que tantas veces admiramos en los mecanismos de las plantas y, sobre todo, de los animales.

Si el ser humano fuera un simple objeto que acabamos de adquirir en unos almacenes, lo devolveríamos de inmediato por un grave defecto de fábrica. Ignoramos por completo cómo tenemos que actuar. Habría que decir que cualquier otro animal se encuentra mucho mejor programado y dotado que nosotros.

La radical carencia del ser humano

La originalidad biológica de la especie humana radica en sus carencias y necesidades. El ser humano no cuenta con ninguno de los resortes naturales que facilitan la supervivencia del animal. Es el mamífero que nace en un estado mayor de fragilidad e indigencia, como si se tratara de un alumbramiento prematuro. Carece de una base común que le oriente hacia unas tareas determinadas y lo impulse hacia un modo específico de ser o de comportarse. Esta carencia radical con relación a los animales, que catalogaría a la especie humana como inferior y menos perfecta, se compensa radicalmente por la existencia de la libertad. Está llamado a conseguir, con su trabajo y responsabilidad, la tarea que no le han facilitado sus estructuras naturales. El déficit de programación biológica va a quedar superado por una característica específica: su capacidad de elegir y orientar su destino.

Ese plus cualitativo no se explica con una mera comprensión zoológica de lo humano. Las peculiaridades de este nivel requieren superar una visión demasiado reductora. El conocimiento, los sentimientos, la libertad... emergen como funciones que no radican exclusivamente en la base neurológica del cerebro. El mismo que piensa, ama, comprende y desea es el que siente el dolor y el hambre, contempla el paisaje o escucha la música. No existen principios diferentes para cada una de nuestras actividades. Lo que llamamos «cuerpo» y «alma» no son, pues, dos realidades distintas que se dan en nuestro ser, ni como dos estratos o niveles que pudieran limitarse en su interior. Tenemos una dimensión que nos eleva por encima de la materia inorgánica, de las plantas y de los animales.

Tal vez el término «alma» resulta insostenible para algunos, pues creen que hace referencia a un nivel trascendente o religioso. Pero el lenguaje que otras muchas concepciones modernas utilizan –principio vital, entelequia, idea directriz o inmanente y, sobre todo, el término «estructura», empleado por los mismos mecanicistas– apunta a esta misma superioridad. Nuestras funciones corpóreas tienen una cierta analogía cuando las comparamos con las del mundo animal, pero se elevan por encima de ellas.

Desde este punto de vista, pueden ser objeto de estudio para el zoólogo, el físico, el cirujano o el investigador que se queda en el análisis de tales peculiaridades externas. Esta dimensión orgánica, sin embargo, no agota el significado de la corporalidad cuando la adjetivamos como «humana».

Un médico podrá indicar la terapia más adecuada para una infección ocular o el método más conveniente para una fractura en la mano, pues cuando observa el ojo o el brazo del paciente, no tiene otro objetivo que la curación de tales órganos para que puedan cumplir con una determinada función: la de que el ojo vea lo mejor posible y el brazo pueda ser utilizado sin mayores limitaciones. Los conocimientos necesarios e imprescindibles en el cumplimiento de su misión los habrá aprendido en las clases, los libros, los hospitales y los laboratorios. Pero un estudiante que conozca tan solo la anatomía de esos órganos no podrá comprender, sin más, su auténtico significado

mientras no se enfrente a unos ojos llenos de ternura o sienta la dulzura de una caricia. Y es que la mirada y la mano humana no se utilizan solo para ver o tocar. Son acciones simbólicas que nos llevan al conocimiento de una dimensión más profunda o sirven para hacerla presente y manifestarla: el cariño que estaba oculto por dentro, en el fondo del corazón. La corporalidad humana es algo más que un conjunto anatómico de células vivientes.

Condenados a ser éticos

Lo que interesa, para lo que pretendemos, es constatar, incluso como un dato empírico y observable, esa diferencia entre los seres. En el animal, los estímulos suscitan una respuesta adecuada. El ser humano, por el contrario, que no goza de esa organización ni encuentra en sus estructuras las respuestas determinadas, tiene que moldear sus pulsiones y rehacer su vida como una tarea. Nace sin estar hecho, y su evolución y progreso debe conseguirse a través de un aprendizaje.

Es verdad que nosotros conservamos algunos instintos heredados de nuestros antepasados primates. Pero la persona, desde que nace, se manifiesta como un mundo gigantesco de pulsiones que buscan su satisfacción inmediata. Cualquiera de las muchas carencias que experimenta exige una respuesta que lo tranquilice. Para su psiquismo nada hay peor que no sentir ninguna respuesta a sus diferentes necesidades. Ya sé que a muchas madres les resulta molesta la definición que daba Freud del niño, cuando afirmaba que era un *perverso polimorfo*. Con cierta dureza, quería expresar una profunda realidad: necesitamos una orientación para canalizar las fuerzas anárquicas e instintivas hacia una meta que no se alcanza dejándose conducir pasivamente por ellas.

Bastaría pensar en el gigantesco caos que se originaría en la sociedad si los individuos pudieran satisfacer en todo momento los deseos, agresividades, gustos, caprichos o necesidades de cualquier tipo que experimentan en su interior. La convivencia sería imposible, cuando los intereses son tan distintos y contradictorios, y cada cual busca conseguir lo que a él le interesa, sin tener para nada en cuenta a los que están a su alrededor. A diferencia del animal, que sigue las leyes de sus instintos, la persona está condenada a moldear su comportamiento.

Ya desde la reflexión filosófica más primitiva se constataba el inmenso material que nos ha sido entregado por la naturaleza, sin que hayamos intervenido o colaborado nosotros en su existencia. Son datos que hemos recibido pasivamente, al margen de nuestra decisión o voluntad. Ofrece los materiales sobre los que cada individuo ha de trabajar para construir el proyecto de su vida. Al nacer, somos como un pedazo de barro en manos del alfarero, como un tronco de madera en manos del artista, como un montón de ladrillos que ha de ensamblar el arquitecto. Ninguno de estos materiales que nos han sido entregados es ya una obra de arte ni encierra belleza alguna. Se requiere el esfuerzo posterior de alguien para realizar el proyecto que pretenda.

Para expresar este esfuerzo activo y dinámico, que no se deja vencer por estos elementos pasivos que nos han ofrecido, el griego se valía de la palabra *éthos*, que manifestaba el trabajo que el artista ha de realizar sobre los materiales recibidos para conseguir un ánfora espléndida, una bella escultura o un edificio majestuoso. Implica, por una parte, el estilo de vida que cada persona desea darle a su existencia, la meta hacia la que desea dirigirse. Y, al mismo tiempo también, los actos concretos y particulares con los que pretende llevar a cabo semejante proyecto.

Un trabajo de artesano

Tendríamos que decir, por tanto, que la función primaria de la ética se centra en dar una orientación estable, encontrar el camino que lleva hacia una meta, crear un estilo y una manera de vivir coherentes con un proyecto. Se trata de darle a ese mundo pasivo y desorganizado que nos ofrece la naturaleza, mediante nuestros actos y formas concretas de actuar, el estilo y la configuración querida por nosotros. Aquí está la gran tarea y el gran destino de la persona humana. La educación es precisamente el esfuerzo para extraer, sacar (*educere*) de esa realidad primitiva y anárquica una configuración humana. Hace ya muchos siglos, un filósofo chino afirmaba que la moral son los mimbres que se nos entregan para poder realizar nuestro canastillo.

El ser humano, por tanto, experimenta la capacidad y la necesidad de auto-dirigirse, a pesar de sus determinismos y limitaciones parciales, pues tiene conciencia de que, por encima de todo, él puede orientar su vida, dotándola de un estilo peculiar y característico. No se encuentra dirigido, en circunstancias normales, por ningún impulso que le obligue a comportarse de una forma concreta, al margen del destino que quiera darle su libre voluntad. Sus pulsiones no son como las del animal, que no puede prescindir de ellas, diferirlas, o moldearlas en función de otros objetivos más allá de la necesidad inmediata e instintiva. Es lógico, pues, que en un momento determinado se tenga que preguntar por la meta hacia la que desea dirigirse. Si vale la pena vivir, tiene que ser por algo y para algo.

Desde que nacemos, nos sentimos arrojados en un mundo misterioso y desconcertante. No solo experimentamos con mayor fuerza las necesidades biológicas y afectivas, sino que toda la realidad externa que nos rodea, y que no hemos elegido, se nos vuelve problemática. Conforme caminamos por la existencia, una serie de nuevos interrogantes buscan también su respuesta. El dolor, el fracaso, la culpa, el mal, la soledad, la muerte... serán algunas situaciones límite y de mayor importancia que le impulsen a preguntarse qué significa la vida. Hasta las múltiples y pequeñas posibilidades con las que se enfrenta en su quehacer diario le harán reflexionar algún día sobre la meta hacia la que desea orientarse. Experimenta diferentes alternativas y posibilidades y desea encontrar algún principio o criterio que le dé sentido y unidad a todo su esfuerzo.

La libertad no se nos ha dado para que en cada momento actuemos de acuerdo con nuestros gustos o deseos, para satisfacer nuestras apetencias más primitivas. Su papel primario consiste en buscarle a la vida una orientación básica, en darle un destino, en encontrar un proyecto de futuro que va a determinar un comportamiento concreto, de acuerdo con la meta que cada uno se haya trazado. Como el que busca un poco de luz para salir de la oscuridad; o como el que desea un pequeño horizonte que clarifique la indecisión y el desconcierto que la propia vida produce.

Hacia qué meta nos dirigimos

Algunos consideran absurdo y desfasado este planteamiento. Como afirma Albert Camus, con palabras mil veces repetidas, «no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena ser vivida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía». ¿Vale o no vale la pena encontrarle un sentido? Para quien considere que el vivir es un absurdo, la única salida sensata sería escapar de ella de cualquier manera. Lo de Camus es coherente. Frente a lo que no ofrece ninguna posibilidad, nada hay mejor que el silencio de la muerte. Es más sensato rechazar la existencia que avanzar por ella en la oscuridad, sin ilusiones u objetivos en el horizonte, como quien solo tiene delante un abismo inevitable.

Hay que reconocer, sin embargo, que, si casi todos temen al hecho de morir, es porque prefieren la vida, a pesar de los inconvenientes y dificultades que nos plantea. Entonces, queda aún en pie una segunda pregunta a la que todos tenemos que responder: ¿Para qué deseamos vivir? ¿Cuál es la meta y el destino hacia donde queremos dirigirnos?

La pregunta no es algo abstracto e inútil. Si ya hemos dicho que la moral no es sino el estilo de vida que cada cual desea darle a su existencia, la meta que se proponga es la que tiene que orientar y definir hacia dónde vamos y cómo vamos a recorrer ese camino. Es comprensible que quien busque gozar todo lo que pueda, obtener el máximo de ganancias económicas sin llamar la atención, conseguir los mejores puestos con cualquier método, o aprovecharse del engaño disimulado para superar competencias, no se comportará de la misma manera que quien haya decidido entregar su vida para ayudar a los demás.

Para superar un vacío existencial

Este planteamiento, además, tiene profundas resonancias en la psicología. El ser humano no puede vivir en un estado permanente de indecisión, pues su personalidad quedaría descentrada sin un eje básico y consistente en torno al cual unificar todas sus acciones. Se requiere una toma de posición en la medida en que el sujeto almacena los múltiples datos de la experiencia y opta, poco a poco, por aquella alternativa que le parece la más adecuada. Sin ese dinamismo interior, el ser humano sería juguete de las circunstancias ambientales e inmediatas en las que se encontrara, y no alcanzaría nunca un nivel adulto de maduración.

Una situación polivalente, en la que optara de manera distinta según le pareciere oportuno, crearía una ambigüedad desorientadora, capaz de crear un conflicto existencial que, de no ser resuelto, se haría crónico. Nos encontraríamos con la actitud de quienes, por no renunciar a ninguna de las posibilidades, dejan abierto indefinidamente el proceso de decisión y mantienen su conducta con un matiz fragmentario y desconcertante. No existe una referencia de todos los procesos a un Yo unitario para que la libertad pueda darle a su existencia un proyecto global y actualizarlo armónicamente en las diferentes situaciones de la vida.

Cuando se ha tomado una determinada orientación, sea la que fuere, se produce una reestructuración de toda la personalidad. Se da un reajuste interior que equilibra psicológicamente, pues se sabe lo que hay que elegir o a lo que se debe renunciar, aunque después no se actúe siempre con la debida coherencia. Y, al mismo tiempo, armoniza e integra las pequeñas y múltiples decisiones de la vida dentro de un proyecto global, evitando una conducta demasiado periférica y fragmentada. Es como un sistema defensivo para no sentirnos llevados por las variadas y contradictorias urgencias de cada situación.

Hoy se habla mucho sobre la crisis de identidad. Ya no se acude al psicólogo exclusivamente para superar ciertas manías o síntomas neuróticos. Son cada vez más los que, sin saber por qué, se siente infelices, deprimidos, con una tristeza de fondo que siempre les acompaña. La explicación última tal vez radique en todo lo que acabamos de decir. Cuando a la vida no se le ha encontrado un sentido, aunque sea para luchar en medio de la insensatez y el absurdo, nace consecuentemente un sentimiento de hastío y aburrimiento existencial. Se vive por inercia y rutina, con el único deseo de esquivar en lo posible el dolor, la preocupación o los malos ratos, pero sin nada de fondo que valga la pena y llene de mayor optimismo e ilusión la existencia limitada.

Muchos autores han insistido en la importancia de esta dimensión. Si hay una psicología que penetra en lo profundo del hombre para descubrir nuestro interior, se necesita también otra que nos abra hacia arriba para encontrar un horizonte de sentido. Una neurosis que no brota de la represión de la libido (Freud) o del instinto de poder (Adler), sino de una civilización tan absurda y falta de ideales que impide sentirse satisfecho.

Por eso, el vacío existencial se da incluso cuando se tienen satisfechas todas las necesidades básicas. Las estadísticas demuestran que, en las sociedades desarrolladas, consumistas y de bienestar, el índice de suicidios es mayor que en los pueblos pobres y necesitados, con la única preocupación de luchar por la subsistencia, pero sin motivos para experimentar la frustración y el absurdo. Hasta en las situaciones extremas, como se constató en los campos de concentración nazis, la supervivencia fue mayor para quienes miraban al futuro con la esperanza de realizar aún alguna tarea. Y es que, cuando la vida ha perdido todo sentido, la muerte se vislumbra como la única liberación.

Un presupuesto razonable

Ahora no es el momento de analizar ningún proyecto en concreto. Como veremos más adelante, la fe ofrece al cristiano un panorama impresionante; pero en este momento preferimos partir de una plataforma común. Ya hemos visto cómo, desde una perspectiva humana, la persona que llega a la existencia se encuentra abocada a tener un proyecto que oriente y determine su vida. Su desajuste inicial constituye el punto de partida que justifica esta decisión. Nace como un ser inacabado que necesita una evolución posterior. Podríamos decir que todos partimos de un mismo destino y estaríamos de acuerdo en una misma finalidad: el ser humano está, desde su anarquismo pulsional en sus inicios, destinado a convertirse en una verdadera persona, con todo lo que ello implica. Sería el punto de partida para todo el trabajo posterior: una auténtica madurez humana. La existencia de niños salvajes, como se han conocido algunos casos, nos muestra la necesidad de un ajuste posterior que nos lleve a superar ese primer estadio primitivo.

Un presupuesto básico, que aparece como algo razonable, pero cuya fundamentación no puede ser apodíctica ni alcanzar una certeza matemática. Quiero decir que al porqué último para realizarse como persona es difícil encontrarle una respuesta evidente. Cuando alguien se pregunta: ¿por qué tengo que configurar mi existencia?, ¿qué razón me obliga a realizar el bien?, ¿qué motivos tengo para no dejarme guiar por mis propias apetencias?, no es posible encontrar ningún argumento apodíctico que le convenza de que no hay otra alternativa mejor. A quien se oponga a esta tarea no se le podrá persuadir de lo contrario con ninguna motivación. Como ideal, quiere defender que lo mejor es que cada cual se comporte como le apetezca, porque esa es la decisión que ha tomado en su vida, y no se siente comprometido por ninguna otra obligación.

Aspirar a realizarse como persona es algo sensato y razonable. Se trataría de una racionalidad valorativa que nace en el corazón del grupo humano y que se experimenta como válida y urgente en la sociedad. Todos comprenden sin excesivos inconvenientes que no basta la fuerza bruta para una convivencia armoniosa. Una especie de intuición que no requiere ningún otro presupuesto racional. La mayoría está plenamente de acuerdo con la validez de este proyecto último, como lo demuestra la historia a través de todos los sistemas éticos que han existido.

Comprometerse con esta tarea no constituye ninguna sinrazón o insensatez —mucho más irracional sería desligarse de ella—, aunque se requiera una nueva experiencia y sensibilidad, por la que se capte que semejante compromiso vale la pena, que es digno y válido en sí. Como en todas las grandes opciones de la vida, también aquí los elementos afectivos y sentimentales ofrecen un «plus» que no se encuentra en la frialdad de un simple y puro razonamiento. Toda la tradición escolástica, con santo Tomás al frente, admitía que el primer principio de la moral —«haz el bien y evita el mal»— no puede demostrarse en el campo estricto de la lógica. Y no olvidemos que sobre este presupuesto básico se fundamentan todas las demás obligaciones éticas que se puedan

elaborar.

Supuesta la racionalidad de esta postura, la revelación constituye, además, una ayuda formidable para esta justificación. Quien ha sido impactado por el mensaje de Dios para formar parte de su alianza, o quien acepta el seguimiento de Jesús para hacer presente su Reino, comprende mejor que nadie lo que ello significa. En adelante, no podrá tener ninguna duda de que la realización del ser humano como persona, que nos hace, como creyentes, hijos del Padre y seguidores de Cristo, tiene suficiente consistencia como para comprometerse con esta tarea. Creer se convierte en un estímulo eficiente que ilumina el horizonte y despierta las energías para mantener esta lucha ilusionada por algo mejor. El creyente, de esta manera, posee una garantía y solidez superior a la que pudiera obtener con cualquier reflexión filosófica. Pero de ello hablaremos después. Ahora tenemos que analizar cómo es el comienzo de semejante tarea.

3. Hacia una ética adulta

Superar la anarquía del capricho

Creo que, por todo lo dicho con anterioridad, ha quedado de manifiesto la urgencia de darle un destino a la vida. Semejante proceso no se consigue, como en el mundo animal, dejándose conducir por las leyes del instinto. Su evolución debe obtenerse a través de un aprendizaje, ya que no estamos programados por los mecanismos de la propia naturaleza para alcanzar tales objetivos. Desde las primeras reflexiones filosóficas, la conducta humana debe ajustarse a los esquemas sociales vigentes, para mantener la estabilidad y el orden político vigentes. No se puede hacer lo que apetece, sino lo que es justo para el bien de la sociedad. Toda ética ha exigido siempre la muerte de lo espontáneo, como un deseo incontrolable, para reconocer la realidad del otro.

Esto significa que la mera instintividad del niño no es suficiente para regular un comportamiento humano. Desde el comienzo de la vida se impone la urgencia de una ascesis, no ya como un lujo religioso, sino como una necesidad insoslayable para evitar la anarquía del simple capricho. Es la función de los padres en estas primeras etapas. Se trata de que la conducta no se moldee en función de las necesidades instintivas y, en cambio, se acepte la consiguiente renuncia, imprescindible para una progresiva humanización. Lo más característico de una pedagogía humana consiste precisamente en el sometimiento a una satisfacción diferida, retardada más allá de su llamada inmediata, o incluso el rechazo de semejantes exigencias.

Todos sabemos que el niño es un ser profundamente egoísta desde el punto de vista psicológico y que reacciona, actúa y se comporta impulsado por las necesidades cercanas que busca satisfacer. Lo único que le interesa es colmar las exigencias de cualquier tipo, en el momento en que experimenta la necesidad o siente el vacío de una respuesta. Como no tiene perspectiva de cara al futuro, y el campo de visión se reduce al presente, con un mínimo de posibilidades, la renuncia a la satisfacción inmediata provoca el malestar y la frustración, que patentiza de muchas maneras. Si él pudiese organizar su conducta de acuerdo con sus deseos más íntimos y urgentes, todo quedaría subordinado a satisfacer lo antes posible las apetencias que experimenta. El final de este proceso llevaría a una deshumanización progresiva, pues la motivación de cualquier comportamiento se basaría, como última razón, en la búsqueda del placer que apagara exclusivamente su propia necesidad. La conducta humana quedaría, entonces, sometida al egoísmo del instinto, eliminando los otros valores que pudieran dignificarla.

La función del egoísmo humano

La educación, por tanto, no es posible sin una dosis de sacrificio, para no dejarse llevar por el capricho inmediato y para tener en cuenta también la presencia y los derechos de otras personas. Ahora bien, al niño no se le puede imponer una renuncia repetida, como esta, si no encuentra al mismo tiempo una recompensa y un premio que desea mucho más que la satisfacción de su propio placer. Sería incapaz de comprender por qué, en función de otro valor que le resulta desconocido e inaccesible, tiene que abandonar lo que le gusta y apetece en ese momento. La única motivación eficaz para la aceptación de ese sacrificio solo puede encontrarse en que lo descubra como algo útil y necesario para su propio interés. El egoísmo humano tiene aquí una función ético-pedagógica insustituible. La obediencia se abraza por una razón enormemente interesada: es el precio a pagar por el niño para no sentirse rechazado por sus padres y encontrar una acogida benévola que lo llene de cariño y seguridad.

La psicología moderna ha insistido mucho en que esta alimentación psíquica y afectiva es mucho más importante aún que la meramente biológica. La falta de cariño, el no sentirse arropado por las manos y el corazón de quienes le rodean, puede provocar una situación de anemia psicológica que obstaculice su proceso de evolución y desarrollo. Son muchos los estudios realizados sobre las posibles repercusiones en el psiquismo del feto que no ha sido acogido amorosamente por los padres, o los traumas que llegan a provocar las experiencias de rechazo en los primeros momentos de la vida. Basta con penetrar en cualquier internado de huérfanos o niños abandonados para descubrir la mirada triste y melancólica, el deseo de sentir la caricia y cercanía de quienes se acercan, pues apenas si han experimentado el calor y el afecto, por la ausencia de un hogar.

De esta manera, el proceso educativo del niño tiene mucho que ver con el fenómeno de la domesticación. Como el animal al que se da un terrón de azúcar después de cada actuación, el niño es domesticado para que actúe también de acuerdo con unas pautas y normas de conducta. Cuando así lo haga, recibirá como premio el cariño que necesita por encima de todo, pues sin él la vida se le haría radicalmente insoportable. Si se adapta a la realidad y se somete a las frustraciones y límites que se le imponen, es porque, detrás de la privación inmediata, hay algo que anhela con una mayor ilusión: no sentirse como extraño, huérfano y solitario en su propia casa; poder experimentar la alegría benéfica de una aceptación y de una ternura. El útero materno ha sido sustituido por este clima amoroso, en el que se siente acogido y continúa su evolución.

La ambigüedad del sentimiento

La ética, es decir, un determinado estilo de comportamiento, nace por una imposición externa y autoritaria, ya que el niño desconoce cómo tiene que actuar. Este aprendizaje se realiza por la presencia en su psiquismo de un egoísmo interesado: Será bueno todo cuanto le sirva para obtener el afecto, cariño y aprobación de sus padres, mientras que considerará malo y depravado aquello que le provoque la pérdida de ese amor o ponga en peligro su consecución. El único criterio para distinguir la bondad de la malicia es el beneficio o la amenaza que experimenta.

No es de extrañar, por tanto, que por debajo de su docilidad y sumisión exista también una dosis de agresividad profunda que ni siquiera se atreve a reconocer. La autoridad de los padres es la primera que contradice sus propios deseos y le impide comportarse de acuerdo con sus gustos y necesidades inmediatas. Si obedece, es porque no tiene otra alternativa para merecer la recompensa que busca, aunque por dentro sienta la presión que le imponen. Desde el principio sabe muy bien cómo debe comportarse; pero esta ética infantil se caracteriza por el hecho de que ignora las razones para actuar de una forma determinada. La única justificación reside en los sentimientos que despierta su docilidad o su desobediencia.

No es difícil encontrar con posterioridad otros representantes de la autoridad paterna –sin excluir al mismo Dios– sobre los que se arroja después toda la agresividad contenida durante la primera infancia. Se trataba de una obediencia forzada, sin posibilidad de explicación alguna, o de buscar cualquier otra alternativa.

Otras presiones posteriores

Por otra parte, más allá de la infancia, la civilización impone también una serie de renunciaciones, como exigencias necesarias para vivir armoniosamente en sociedad. La persona necesita sentirse aceptada también por la comunidad en la que vive, encontrar un grupo donde no se sienta como extraño o extranjero, pues sabe muy bien que sin esa acogida no podría desarrollar todas sus posibilidades ni superar el impresionante vacío de una existencia solitaria. En el fondo, todos tememos la posibilidad de un rechazo, de una expulsión que nos separe del grupo, de la ideología, de los otros miembros con los que estamos unidos; sobre todo, si esta vinculación se ha mantenido durante mucho tiempo.

Este miedo a perder el cariño social –aquel rincón donde vivimos al abrigo de la intemperie, al calor de la amistad acogedora– puede moldear nuestra conducta de manera parecida a como sucede en el niño. Si obedecemos a los imperativos de la autoridad social –llámese «Iglesia», «partido» o «ideología»–, sería también, en este caso, para evitar cualquier tipo de excomunión. El mayor castigo consistiría en caminar por la vida como seres solitarios y vagabundos, sin ningún calor y compañía a nuestro lado. Caín, que experimentó después de su crimen esta maldición –«Vagabundo y errante serás en la tierra» (Gn 4,12)–, confiesa dolorosamente que «es demasiado grande para soportarla» (4,13).

Y es que todos necesitamos también un espacio que nos ofrezca protección y seguridad; el calor de un ambiente que evite la sensación de vivir como seres solitarios y sin ningún cobijo; la cercanía afectiva de otros que haga más llevadera la propia existencia. No habría peor castigo que la expulsión y el rechazo del grupo que sirve de asilo y refugio para no caminar en la soledad. El precio a pagar es aquí también el sometimiento a unas normas de conducta, a determinadas costumbres sociales, como requisito para evitar la marginación. En la medida en que se responde a las expectativas de los demás, la recompensa será el aprecio y la estima de quienes nos rodean. Habrá que sacrificar lo que sea necesario, con tal de no sentir, como una terrible amenaza, la condena de la exclusión que nos arroja al desamparo.

No todas las lealtades a los compromisos adquiridos con las instituciones o personas conservan una motivación limpia y razonable. Es posible que tanto el conservador, que afirma defender una larga tradición, como el progresista, que dice buscar la verdad por encima de todo, quieran simplemente conservar el espacio ideológico en el que se encuentran instalados. Han encontrado apoyo, acogida y estabilidad, y sería demasiado duro renunciar a esa situación por miedo al rechazo inevitable del propio grupo y a la dificultad de ser acogido por otro. Las presiones sociales y las exigencias del ambiente moldean la conducta del individuo que se somete, sobre todo, para conseguir el afecto de su entorno. También aquí, como el niño, el adulto sabe cómo debe comportarse, pero desconoce los motivos que justifican su actuar. Es el sentimiento que sigue predominando sobre la razón. Aunque hayamos avanzado en edad,

seguimos viviendo con una ética infantil.

Las exigencias internas

Semejante actitud puede reforzarse aún más por otros mecanismos posteriores. Resultaría muy molesto que todas esas presiones que hemos recibido desde fuera estuvieran enfrentadas con nuestro deseo interior. Nacería entonces un conflicto muy profundo entre lo que se impone y lo que se desea. La prohibición aparecería siempre como algo frustrante y difícil de soportar a la larga. La mejor solución es que todas esas normas, imperativos, prohibiciones y costumbres aceptadas por la educación terminen integrándose en la propia conciencia. Si en un principio se hacían obligatorias por la obediencia a la autoridad, para no perder el cariño en la familia y el aprecio de la sociedad, ahora ya se imponen por una exigencia interior. Las normas de conducta se hacen obligatorias por una llamada más profunda que las que antes nos llegaban desde fuera. Se desmorona cualquier brote de rebeldía o agresividad contra la autoridad externa, pues el propio sujeto se las impone con la misma presión.

Así, por este mecanismo connatural, comienza a funcionar la conciencia bajo una aparente autonomía, en cuanto que las prohibiciones ejercen su influjo en ausencia de los padres o al margen de las pautas sociológicas. Se hará lo que estaba mandado, pero no ya por conseguir el afecto de la familia o la estima de la sociedad, sino por ser fiel a esta otra llamada que llega desde el corazón. Obedecerla es ahora también la única forma de alcanzar el premio y la aprobación del propio yo. Una recompensa personal que se valora por encima de las externas, como acontecía hasta esta etapa. De la misma manera que el remordimiento interior, cuando no se escucha su llamada, castiga y reprocha con una fuerza más grande. Es la mala conciencia la que impide la satisfacción por el deber cumplido y destroza el cariño y la estima personal, que también se necesitan.

Sin embargo, el sentido oculto de semejante comportamiento sigue siendo infantil e injustificado: es posible que la razón para actuar así también se desconozca por completo. Hay que comportarse de esta forma por el simple hecho de que está mandado, porque, de lo contrario, se desencadena la agresividad, el dolor y el remordimiento, de los que se quiere huir por el malestar que causan. El yo ideal, que tanto gratifica al propio narcisismo, ha quedado roto, dejando a la persona sumida en su fracaso.

Estos mecanismos infantiles tampoco se eliminan siempre en la experiencia religiosa. La idea de un Dios que premia o castiga, o la obediencia a la Iglesia, que nos manifiesta y comunica su divina voluntad, pueden ser los sustitutos de aquellas presiones externas e interiores. La obediencia, en este caso, reviste el mismo carácter infantil, ciego y egoísta que hemos señalado con anterioridad. La vida cristiana está llena también de múltiples impurezas psicológicas, fáciles de constatar.

El temor religioso

La fe nos hace creer en la existencia de un Dios, que aparece como objeto supremo de la felicidad que el ser humano anhela, como plenitud de nuestra realización personal, ayuda para nuestras limitaciones, refugio de nuestra angustia ante la gran aventura de la vida, el gran perdonador de cualquier debilidad... En suma, es el mayor bien ofrecido al creyente, y su pérdida constituye la mayor tragedia o calamidad, sobre todo teniendo en cuenta la dimensión eterna del castigo en caso de verse rechazado por Él. En esta contextura psicológica es muy fácil que la conducta del cristiano, su docilidad a los preceptos divinos, esté fundamentalmente motivada por el miedo a perder su protección y seguridad. Si queremos obtener la salvación eterna, la mayor recompensa de bienestar y gozo que se nos puede ofrecer, no hay otro camino que la obediencia a su ley. Una sumisión que se hace de nuevo irracional, sin saber por qué ni estar convencidos de lo que está mandado. El único motivo latente sigue siendo el propio interés: la conquista de algo que se anhela por encima de cualquier otro cariño.

Es lógico que en nuestras relaciones con Dios funcionen los mismos mecanismos que se despiertan en el trato con los demás, pues no utilizan esquemas ajenos a nuestra psicología. Nuestro egoísmo narcisista tiene que sentirse ilusionado por ese ofrecimiento de felicidad que descubrimos en su mensaje. El deseo de conseguirla nos abre el corazón a su palabra y, como sucede en las primeras experiencias de cualquier amor humano, nuestra relación con Él se inicia también por un motivo interesado, que habrá de purificarse con el tiempo y la maduración.

Tampoco hay que excluir que los conflictos y agresividades que actúan en nuestras relaciones con los demás estén presentes en la relación sobrenatural, a pesar de que semejante experiencia religiosa sea fruto de la gracia. Sabemos por la historia de los eremitas que la única prueba, antes de retirarse a estar a solas con Dios en el desierto, era vivir juntos durante un año. Quien no supiera relacionarse con madurez en comunidad, sería difícil que pudiera hacerlo en su trato solitario con el Señor.

Lo que no deja de ser lamentable es que este proceso purificador sea insignificante en bastantes cristianos. Después de mucho tiempo de trato y oración, se mantienen fieles a Dios, especialmente y sobre todo para evitar las trágicas consecuencias de una mala conducta. También aquí su buen comportamiento, cuya racionalidad y significado ignoran casi por completo, es el precio para no experimentar un rechazo eterno y definitivo. De esta forma, la ética se vive en un clima de sumisión, miedo y remordimiento, incompatible con una relación amorosa y filial: «No cabe temor en el amor; antes bien, el amor pleno expulsa el temor, porque el temor entraña castigo; quien teme no ha alcanzado la plenitud en el amor» (1 Jn 4,18).

No sería extraño, incluso, encontrar algunos creyentes para quienes la hipotética idea de la no existencia de Dios constituiría un alivio impresionante. Así, podrían vivir más a gusto y con mayor libertad, aunque no se atreverían a tomar conciencia de semejante sentimiento, por las reacciones negativas que despertarían en su interior.

El paso hacia una ética autónoma

Si he subrayado este aspecto, es porque me parece muy importante en la educación cristiana. Desde pequeños se nos ha insistido siempre en la importancia de obedecer a los padres, a la Iglesia a Dios, aunque sin preocuparse demasiado de ir explicando, a lo largo del crecimiento, los motivos que justifican las enseñanzas recibidas. Cuando santo Tomás explica en qué consiste la ofensa a Dios, lo hace desde una perspectiva profundamente humanista: «Dios no es ofendido por nosotros, sino en la medida en que actuamos contra nuestro propio bien» (*Suma contra los gentiles*, III, 122). Cuando algo se considera un mal ético, no es porque la revelación o la Iglesia lo cataloguen como pecado, sino porque constituye un atentado contra el ser humano.

De todo lo dicho creo que puede sacarse una primera conclusión evidente: si queremos vivir de una manera adulta, no basta la simple obediencia a la ley, el sometimiento a lo mandado por la autoridad, sin saber dar una explicación motivada de nuestra conducta. La justificación última sobre la bondad o malicia de una acción no se encuentra jamás –a no ser en el caso de las leyes puramente positivas– en el hecho de que esté mandada o prohibida, pues esto constituye lo más característico del comportamiento infantil, sino en el análisis y estudio de su contenido interno. Hay que pasar de una moral heterónoma e impositiva a una conducta adulta y responsable.

Todos los autores que han tratado sobre el desarrollo del sentido moral insisten en que la autonomía, aunque se utilicen a veces otros términos distintos, constituye la plenitud y meta de todo el proceso evolutivo. Lo que debería ser una etapa pasajera no ha de convertirse en algo estable. La pre-moral necesaria para una educación no podrá ser la única forma de regular la conducta más adelante, ni el prólogo llegar a convertirse en una conclusión definitiva. De lo contrario, las críticas de Freud contra una moral superyoica e inmadura seguirán teniendo validez, y todo intento de construir una ética por este camino estará condenado al fracaso.

Esta posibilidad de evolución, sin embargo, no significa que, de hecho, llegue siempre a realizarse en la praxis humana. Son muchos los que viven con una conciencia manipulada e ignorantes de esta situación, pues resulta mucho más cómodo y tranquilizador que enfrentarse con la propia autonomía y responsabilidad. Por muy acostumbrados que estemos a vivir de esta manera, como si fuese la más cristiana y religiosa de todas, la autoridad no puede convertirse en el argumento último y definitivo para la valoración de una conducta.

Ni siquiera basta para la aceptación de una normativa buscar un apoyo en la santa voluntad de Dios que confirme con su palabra una conducta concreta. Dios no es un ser caprichoso que hace bueno o malo lo que a Él se le ocurre, como la Iglesia tampoco puede serlo. Admitir que el carácter ético de una acción depende de la aprobación o rechazo de la autoridad, fuera de las leyes estrictamente positivas, es una doctrina que ha sido ya muchas veces rechazado en la historia. Si un comportamiento resulta inadmisibles, no es por estar prohibido, sino que está prohibido justamente por su carácter

deshumanizador. El mismo santo Tomás defiende este presupuesto de base cuando afirma, en su comentario a la Segunda Carta a los Corintios, que quien evita hacer un mal no por su maldad intrínseca, sino por el hecho de estar así mandado, no podrá considerarse como una persona libre. La sumisión ciega no dignifica al que la impone, pero tampoco al que la acepta, pues se elimina la dimensión racional de la conducta, como si se diera una regresión infantil.

Superación de una conciencia autoritaria

No podemos mantener una conciencia autoritaria que se forma con tanta facilidad en el psiquismo humano. Su fuerza radica en las emociones de temor y admiración que despierta, no en el análisis motivado de sus contenidos. La buena conciencia se tiene por el mero hecho de haber obedecido a la autoridad, lo cual produce un sentimiento benéfico de seguridad y bienestar al recibir su aprobación. Y la mala, por el contrario, brota ante el peligro de ser castigado y, sobre todo, ante la posibilidad de sentirse abandonado por ella. Lo que se busca, por encima de cualquier otro deseo, es una especie de regazo materno, donde el individuo se sienta seguro y defendido. Para ello no hay mejor camino que la obediencia sumisa para quedar amparado por la fuerza del poder. Esta presión interior impuesta es mucho más eficaz que cualquier coacción externa de la misma autoridad, pues de aquella no es posible escaparse y acompaña siempre con una vigilancia constante, que jamás abandona.

Es cierto que la confianza en la autoridad, en los que más saben sobre un tema, es garantía suficiente para dejarnos guiar en la praxis ordinaria de cada día. Resulta imposible que todos los individuos alcancen un grado de conocimiento tal que puedan comprender por sí mismos lo acertado de las decisiones que toman las personas competentes en el campo de su especialidad. Al médico, al abogado, al técnico en cualquier oficio... no se le suele pedir una explicación científica de su diagnóstico, de su valoración o del método que utilice, porque no siempre existe capacidad para entender sus justificaciones. Hasta el mismo lenguaje empleado resulta con frecuencia incomprensible.

Pero es cierto también que, si me fío de él, es porque creo que sus juicios están fundamentados en razones objetivas, y perdería por completo su credibilidad en el momento en que desconfiara de la razonabilidad de sus decisiones, cuando la experiencia demuestre que no suelen ser acertadas y que se equivoca con frecuencia. En cualquier caso, sus conocimientos deben ser suficientes para poder dar una justificación razonable siempre que alguien se la pida.

Quiero decir que fiarse de los especialistas en un tema es una muestra de sensatez, porque están preparados para encontrar la mejor solución. Sin embargo, para que su autoridad termine siendo creíble y goce de suficiente garantía, tiene que ganarse esa confianza y demostrar la competencia en sus actuaciones. Algo parecido habría que decir de la moral. Tampoco es fácil que, en este terreno concreto, la gente sepa las razones para admitir o rechazar una conducta determinada. Que la Iglesia ofrezca su enseñanza para iluminar a estas personas es un servicio que presta a todo el que lo necesita. Pero existe una diferencia significativa en comparación con otras especialidades.

Recuperar la credibilidad perdida

Interpretar la ley vigente para llevar adelante un proceso, o diagnosticar una dolencia a través de ciertos síntomas, requiere una preparación y experiencia reservadas al especialista. Conocer, sin embargo, por qué una conducta deshumaniza y por qué, si uno es creyente, rompe además la relación con Dios, encierra una explicación accesible a todo el que la demande. Es posible que en tiempos pasados la gente tuviera más confianza en la enseñanza oficial. Pero esa credibilidad ha descendido hoy mucho, tal vez porque no siempre se ha presentado con una base suficiente.

Cuando Dios o la Iglesia prohíben una conducta, el creyente tendrá que aceptar su malicia, pero tiene derecho a preguntarse también por las razones de tal prohibición, para así actuar de forma adulta y convencida. Si la fe nos presenta una serie de misterios que no se explican por la razón, sino por la autoridad de Dios que se revela y se comunica, la ética humana no pertenece a ese mundo misterioso, aunque admitamos la complejidad de una valoración concreta y lo difícil de encontrar, a veces, la solución más adecuada. El intento de orientarnos hacia esa autonomía, para comprender los motivos de nuestra conducta y superar un comportamiento infantil, es, pues, una primera exigencia ética y psicológica como requisito para la maduración de la persona y del cristiano.

Creo que es el mayor desafío con el que hoy se encuentra cualquier tarea educativa y al que no siempre se ha respondido en la formación de la conciencia. Me parece que son muchos los padres y educadores que, frente a las preguntas que hoy plantean los jóvenes, no pueden ofrecer ninguna explicación y prefieren un cómodo silencio. Es el gran reto que hoy tenemos en nuestra cultura actual. Si no somos capaces de dar una explicación razonable a nuestras exigencias éticas, las personas que deseen vivir como adultas y sensatas no podrán aceptar las moral que les ofrecemos.

4. Para una moral auténtica

Un paso más adelante

Lo dicho en el capítulo anterior es un requisito necesario para ofrecer una imagen de la moral algo más atractiva y seductora; pero ese primer paso no es todavía suficiente. Se requiere un trabajo posterior que, a veces, resulta aún más complejo. No basta con saber las razones que existen para actuar; es necesario también descubrir cuáles son las verdaderas y auténticas motivaciones, aquellas que influyen realmente en nuestra conducta. La experiencia diaria descubre que las personas solemos tener con frecuencia un doble motivo para justificar cualquier acción: Uno, el que decimos y manifestamos hacia fuera, que de ordinario es el más superficial y aparente y sirve de justificación ante nosotros mismos y ante los demás. El otro suele ser más verdadero, aunque actúa en nuestro interior con un influjo auténtico, pero encubierto y disimulado. De este último somos con frecuencia ignorantes, pues pertenece al mundo inconsciente, hacia el que arrojamos, con una premeditación ocultamente dirigida, todo lo que no nos gusta aceptar o reconocer.

Desde pequeños se nos ha propuesto siempre un yo ideal hacia el que tenemos que aspirar con todas nuestras fuerzas, para conseguir el afecto y cariño que necesitamos. Y en nuestra vida cristiana se recordaba también el ideal evangélico: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Es lógico, por tanto, que exista una ilusión por alcanzar esas metas propuestas.

Ahora bien, cuando todo el interés se centra en vivir de acuerdo con tales proyectos, que la sociedad nos exige, que la misma conciencia demanda y que aparecen como imperativos de la propia fe, cualquier elemento que no encaje con esos objetivos se convierte en una herida dolorosa infligida al propio narcisismo. Sería como un fracaso de nuestro esfuerzo que cuesta mucho trabajo reconocer. Lo mejor, entonces, es apartarlo de nuestra vista, ignorarlo como si no formara parte de nuestra existencia. Así se elimina de raíz cualquier tipo de angustia o culpabilidad, pues la vida consciente se mantiene limpia y en tensión perfecta hacia el ideal programado, con la alegría interior de responder a las expectativas que nos han creado y a las exigencias de una imagen perfeccionista.

Hay, en efecto, una zona oscura y sombría de nuestra personalidad, donde guardamos celosamente los aspectos negativos con los que no deseamos encontrarnos en la realidad. Es la consecuencia del fenómeno tan conocido de la represión. Cuando la censura –bajo el nombre de «padre», «conciencia», «sociedad», «Iglesia» o «Dios»– impide la manifestación de ciertos impulsos, los cataloga como pecaminosos o deshumanizadores, los denuncia como indignos o vergonzosos, la mejor forma de escapar de ellos consiste en reprimirlos por completo.

La cara oculta del inconsciente

La represión no es un acto de voluntad por el que de manera consciente y responsable, se renuncia a las pulsiones anárquicas y descontroladas para integrar esas fuerzas dentro del psiquismo. Si deseo hacerle daño a una persona para aprovecharme de ella, y no quiero hacerlo por tratarse de un comportamiento indigno, actúo con una honestidad consciente. De lo contrario, siempre me quedaría por dentro una cierta intranquilidad, debida a mi falta de honradez.

En los mecanismos represivos no existe ninguna conciencia. Se busca arrojar en el silencio más absoluto, para que su voz no se oiga, todo aquello que moleste o desagrade. Un engaño pretendido para hacernos creer que todo está superado, pues ni siquiera existe la sospecha de que hay otras realidades escondidas en lo más profundo. No se trata, pues, de un esfuerzo laborioso o ascético, sino precisamente de todo lo contrario: la ausencia más absoluta de un instinto o pulsión que, al quedar reprimido, deja de llamar a las puertas del psiquismo consciente, no molesta con sus insinuaciones, ni sus influjos se constatan de una forma directa. La impresión es de que todo queda perfectamente integrado y en completa armonía.

Todo ello supone la presencia de un doble sistema psíquico en nuestra personalidad. El inconsciente es la sombra, el lado oscuro del ser humano, el vertedero de la vida, donde arrojamos la basura y miseria de la propia existencia. Y el otro –la personalidad aparente, la que presentamos hacia el exterior, moldeada por las normas sociales de comportamiento– constituye la persona, que oculta y disimula la verdad completa de lo que somos.

Resulta muy significativo que el término *persona*, en griego, era sinónimo precisamente de la máscara que se utilizaba en el teatro para la representación de los diferentes personajes. La meta final de la educación, a todos los niveles, intenta hacernos más sociales y aceptados por la exterioridad de nuestra conducta. Se trata de crear una buena careta, bajo la que se oculta nuestra verdad más auténtica. El yo recibe de esa forma su premio y gratificación, con el reconocimiento otorgado por la sociedad y por la propia conciencia. Lo importante, desde pequeños, es acomodar nuestra conducta externa a esas pautas que reportan el aprecio y la buena fama. Todas las otras tendencias que no concuerdan con el ideal propuesto y podrían rebajar la estimación conseguida, tienen el peligro de ser arrojadas a la sombra –la región más humillante y vergonzosa de la personalidad–, cuya realidad no interesa conocer para no despertar la mala conciencia o la necesidad de un esfuerzo posterior. Por eso se ha dicho, con razón, que la verdad de una persona es, sobre todo, aquello que oculta.

La duplicidad de nuestro psiquismo

No me resisto a reproducir aquel diálogo de Crispín, en *Los intereses creados*, de Benavente, donde describe con una maestría inigualable aquella dualidad que se da en el interior de cada persona: «No temáis. A mi amo le hallaréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite a él mostrarse vergonzoso. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero a empleos de rufián, como a la más noble dama a bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto deslucen con el mundo. Habilidad es mostrar separados en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno una parte del otro. Todos llevamos en nosotros un gran señor de altivos sueños, capaz de todo lo grande y de todo lo bello... Y a su lado, el servidor humilde, el de las ruines obras, el que ha de emplearse en las bajas acciones a que obliga la vida... Todo el arte está en separarlos de tal modo que, cuando caemos en alguna baja, podamos decir siempre: “No fue mía, ni fui yo; fue mi criado”». La única diferencia radica en que ese “servidor humilde” lo podemos tener reprimido en el inconsciente, para que no moleste con sus impertinencias.

De esta forma, la personalidad queda fuertemente recortada, pues el yo externo y consciente, que actúa con educación, elegancia y buenos modales, es solo la parte más superficial de nuestro ser. Por debajo, y escondida en lo hondo, queda la existencia de un mundo que, a pesar de la tranquilidad aparente y de su silencio clandestino, va a orientar e intervenir poderosamente en el mismo comportamiento exterior. La moral, como la educación, encierra también este grave peligro cuando, con sus normas y obligaciones, intenta regular la conducta periférica y visible, la que más interesa. Por dentro, aún queda una región desconocida, que va a ser fuente de otras compensaciones negativas y peligrosas, como vamos a señalar.

Los influjos encubiertos y desconocidos

Si hay algo claro que ha puesto de manifiesto el psicoanálisis, es la actividad encubierta de todos los elementos reprimidos. El dinamismo del impulso no desaparece por la represión, sino que lucha por salir constantemente a la superficie, aunque para conseguirlo necesita cambiar de nombre e imagen, a fin de que la conciencia no lo reconozca como indeseable y le impida su manifestación. Si logra burlar la vigilancia y atravesar las fronteras de lo consciente, es por haber ocultado bajo otras apariencias su verdadera identidad. La conducta, que aparece entonces como buena y aceptable, puede tener, en el fondo, otras motivaciones bastantes diferentes de las que el individuo sospecha. Se trata, en realidad, de un comportamiento pseudo-moral, pues la persona, víctima de ese engaño, justifica su actuación con motivos auténticos en apariencia, pero cuyo significado es otro muy diferente y desconocido.

Nadie desea reconocer las múltiples tendencias negativas que cada cual almacena en su interior; y mucho menos, si intenta vivir con honestidad, le gustaría dejarse llevar por ellas. Pero tampoco hay que olvidar su enorme influjo en la práctica cuando se hacen presentes, disimuladas bajo otras apariencias positivas, que aparecen incluso como virtuosas y hasta evangélicas. El único esfuerzo se centra en darle un nombre distinto que pueda servirle de disfraz, para no encontrar ninguna condena u oposición al querer entrar en la zona consciente. Si apareciera con su verdadera identidad, sería de nuevo reprimida, pues el super-yo narcisista impediría el paso de todo aquello que pudiera afearle o que no encaja con su yo ideal.

Incluso a nivel consciente, basta con llamar a las cosas por otro nombre para que su aceptación social no despierte mayores dificultades. El juego consiste en poner un disfraz, con un término aceptable, a lo que resultaría inadmisibile si se presentara con su verdadero nombre. Este cambio de apariencias resulta más frecuente y peligroso en el mundo del inconsciente.

Sería muy ingenuo aceptar, por tanto, que nuestra conducta externa no está muchas veces dinamizada por elementos reprimidos. Así, cualquier tipo de fanatismo o deseo de dominación, que sería vergonzoso reconocer en nuestra sociedad abierta y democrática, encuentra una salida airosa cuando se oculta bajo el nombre de «celo apostólico». El deseo de imponer la propia voluntad queda muy bien disimulado con la lucha por el reino de Dios. La pasividad de quien no tiene apenas dinamismo o siente miedo de su responsabilidad se encubre con el rostro de la obediencia, como camino más seguro para la toma de las propias decisiones. Cuando la avidez nunca se halla satisfecha, se exalta y justifica con el espíritu de creatividad. Lo mismo que el infantilismo del inmaduro, que necesita una dependencia constante, se confunde con el abandono en la Providencia o con la infancia espiritual de quien solo busca guiarse por la fe. ¡Cuántas veces llenar la anemia afectiva o el hambre de un cariño insaciable se considera un gesto sincero de amistad...! Un cierto masoquismo encubierto, por el que uno quiere hacerse daño y cuya existencia humilla, se disimula con gran elegancia en ciertas prácticas ascéticas y se hace

virtuoso a la sombra de la austeridad cristiana. Y hasta los conflictos internos, que no interesa solucionar, resultan menos dolorosos si se viven como una tentación que purifica.

Las consecuencias de una pseudo-moral

La lista se podría incrementar con otros múltiples ejemplos. Lo dicho no es más que un pequeño muestrario de cómo los elementos reprimidos, que rompen nuestro perfeccionismo estético, encuentran salida sin llamar la atención. Si se presentaran a la conciencia con su verdadera identidad, serían de nuevo rechazados para que no ensuciaran nuestra imagen. De esta manera, la pseudo-moral del inconsciente reproduce externamente las normas y los valores de la ética verdadera y objetiva, aunque el modo de vivirla sea diferente, por el influjo de esa motivación desconocida. La falsedad de tal conducta no reside en que el sujeto debería comportarse de otra manera, o que no tenga razón para actuar como lo hace. Lo que no resulta tan loable es el motivo oculto que dinamiza su conducta

Este mantener lo reprimido fuera de la conciencia supone un gasto continuo de energías, porque los elementos inconscientes ejercen una presión constante para encontrar una salida hacia fuera. Por eso, lo rechazado inconscientemente permanece sin posibilidad alguna de integración. No es raro encontrarse con personas que, al cabo de muchos años de trabajo educativo, terminan descubriendo tendencias anárquicas y descontroladas de cuya existencia ni siquiera llegaban a sospechar. La experiencia confirma una realidad evidente: es en la vejez cuando se detecta la autenticidad de la persona. Al desaparecer tantos respetos humanos, que obligaban a dar una buena impresión, e incluso las fuerzas necesarias para corregir las deficiencias, solo queda lo que de verdad se ha integrado con el esfuerzo de los años. Y hay ancianos que manifiestan una riqueza humana muy profunda, y otros que no pueden ya ocultar lo que todavía no estaba integrado.

La psicología enseña también que los mismos mecanismos neuróticos son, con frecuencia, una falsa evasión para no enfrentarse a una verdad que resulta dolorosa; una salida por la puerta falsa, que alivia la presión interior. El yo descubre en los síntomas patológicos un cierto beneficio y una dosis de satisfacción, a pesar del carácter doloroso y molesto que encierran, pues le sirven para huir de aquello que no desea reconocer de ninguna manera. Un miedo profundo le impide acercarse al núcleo de su patología. Por eso al neurótico no le interesa su curación, aunque diga que la está deseando por el sufrimiento que soporta, ya que debería afrontar entonces otra realidad más molesta. El síntoma que experimenta le sirve de justificación para no seguir por el verdadero camino: acercarse a la verdad de la que huye. En cualquier terapia, más o menos profunda, se constata enseguida cómo el enfermo se defiende de inmediato y rechaza de múltiples maneras el único remedio que le puede llevar a su curación. Es mejor seguir soportando el dolor actual que reconciliarse con lo que se viene rechazando con fuerza.

Hacia el descubrimiento de las raíces más profundas

Al hacer estas reflexiones no pretendemos apartarnos de nuestro tema. Si la ética es la ciencia que debe orientar al ser humano hacia su plena realización como persona, no basta contentarse con adecuar la conducta externa de acuerdo con las propias exigencias morales. Es este un primer paso necesario para impedir cualquier descontrol, como ya vimos con anterioridad. Pero debería denunciar también, como un segundo requisito previo, la posible mentira hipócrita de aquellos comportamientos aparentemente aceptables que tienen su origen en el mundo del inconsciente. Es decir, que no solo estén fundamentados, sino que, además, la motivación que se aporte sea, al mismo tiempo, la verdadera.

No es fácil llegar a esas zonas completamente desconocidas que no salen a la superficie de la conciencia. Pero, aunque no se llegara a un conocimiento pleno y total, el yo debe ampliar las fronteras de su territorio e ir conquistando, poco a poco, aquellas regiones que no estaban bajo su dominio. A medida que este proceso avance, de las múltiples maneras posibles y al alcance de cualquier persona normal, se irá reduciendo el peligro de tantos ilusionismos falsos y peligrosos de los que acabamos de hablar.

Hay, pues, una segunda obligación de sacar a la luz los estratos más profundos de la personalidad –en la medida, repito, de nuestras posibilidades–, cuya jurisdicción escapa al dominio de nuestro yo consciente. Este avance hacia el descubrimiento de nuestra propia verdad no se da sin una crisis, que sacude el mundo superficial en que se vivía y produce un efecto desolador. Es el encuentro terrible y desconcertante con la realidad que no se quería aceptar de ninguna forma y, por ello, se había postergado en el más absoluto de los olvidos. Lo que cuesta trabajo y hace tambalear a nuestro psiquismo es admitir sin tapujos que esa otra vertiente sombría y vergonzosa, con su aspecto descorazonador, hostil y repugnante, forma parte de nuestra condición. Entonces, el individuo tiene que reconciliarse con la totalidad de su existencia, sin intentar disminuir o disimular, con otros mecanismos de defensa, lo que constituye una parte real de su patrimonio.

Aprender a vivir con nuestra auténtica realidad

No es extraño que durante este duro proceso, sobre todo en situaciones más complejas y problemáticas, la ruptura de los diques inconscientes provoque un descontrol que el sujeto no consigue dominar, aumentando su angustia y culpabilidad. Y una conducta reprimida, por muy virtuosa que parezca, no tiene ningún valor humano ni religioso. Sin embargo, lo que a primera vista podría parecer un retroceso, al actuar circunstancialmente contra algunos valores éticos, es un signo de alegre esperanza: a partir de ahora puede empezar a vivir, si se esfuerza y trabaja, una conducta más verdadera.

El ser humano, por tanto, ha de aprender a vivir pacífica y armoniosamente con una serie de elementos con los que había luchado a muerte para vencerlos o ignorarlos. Es el comienzo de una difícil y dolorosa convivencia, pues ha descubierto que los tendrá como compañeros inseparables durante el largo viaje de su existencia. En adelante, hemos de proseguir el camino en estrecha relación con nuestras tendencias egoístas, interesadas, anárquicas, hipócritas... o con cualquier otro impulso negativo.

Todo esto significa la serena y humilde confesión de que, por debajo de todo perfeccionismo, existe en nuestro corazón, como en el de cualquier otra persona, una misma e idéntica realidad miserable. El yo ideal que nos habían impuesto y que habíamos asimilado con la ayuda de nuestro narcisismo, para sentirnos superiores y ajenos a las limitaciones humanas, se siente destrozado por una profunda conmoción. Es como una visión diferente, donde muchas ilusiones ingenuas quedan derribadas por tierra cuando se constata la fragilidad y la poca firmeza del fundamento en que se apoyaban.

Es doloroso, por una parte, pero consolador, por otra, descubrir cómo se desmorona esta imagen perfeccionista y virtuosa, que se había elaborado después de muchos esfuerzos. El deseo de responder a tantas expectativas e ideales obligó a realizar una obra, condicionada por otras presiones que no nacían de la propia interioridad. Al cabo del tiempo, el individuo tendrá que reconocer con pesar que aquella persona no reflejaba su auténtico yo. Cualquiera que tenga un poco de experiencia en este campo sabe muy bien que se trata de un fenómeno bastante normal y corriente.

El difícil arte de amarse a sí mismo

La respuesta a esta realidad desoladora podría llevar también al extremo contrario. El sentimiento de fracaso le invade de tal manera que ha perdido cualquier ilusión de trabajar por un futuro diferente, como si no valiera la pena luchar contra lo que parece irremediable. Aceptar el lado negativo de la sombra no significa dejarse llevar por ella. Ni tomar conciencia del lado oscuro del inconsciente implica un abandono pasivo en sus manos, pues semejante actitud no resuelve el problema planteado ni ayuda a una mejora posterior. Es ahora, como hemos dicho, el momento de iniciar un proyecto sobre unas bases más firmes que las que existían con anterioridad.

Cuando se consigue renunciar a la falsa ilusión y no caer en el desencanto, se opera una transformación gozosa de la personalidad, pues el sujeto va recuperando, poco a poco, una extensa zona que permanecía ajena a su dominio y control. Hasta ahora, aunque su imagen externa despertara admiración, tenía un conocimiento imperfecto y deformado de su propia realidad, una ilusoria idealización del yo, que irá cambiando lentamente por otra nueva. Si a primera vista esta última parece más pobre y limitada, es sin duda mucho más bella y enriquecedora por su verdadera autenticidad. Una ética humana y evangélica no podrá nunca olvidar esta dimensión.

Para alcanzar este objetivo hay que aprender el difícil arte de amarse a sí mismo. El «amor propio» siempre ha tenido connotaciones muy negativas. La misma espiritualidad cristiana lo consideraba como algo negativo y hasta pecaminoso. Querer de verdad supone salir del propio yo para poner en el otro el centro de nuestro interés y preocupación. Y nada hay más opuesto a este altruismo generoso que permanecer cerrado a los demás, sin que solo nos afecten los problemas personales que cada cual experimenta en su interior. El prójimo se aleja de tal manera que deja de ser próximo y se convierte en un huésped desconocido, que despierta recelos y hasta ciertas hostilidades.

Sin embargo, a pesar de esta primera valoración espontánea muy poco positiva, no creo que exista una virtud tan difícil de alcanzar como amarse a sí mismo. Un verdadero arte que, por prejuicios y falsas interpretaciones, no hemos aprendido con mucha frecuencia, ni entraba tampoco entre los objetivos de una buena pedagogía moral. La meta se colocaba en el extremo contrario. Cuanto menos cariño exista hacia uno mismo, el amor a los demás irá creciendo, como el que desea entregar todo lo que tiene sin guardar para sí ninguna reserva.

Por supuesto que este difícil arte no lo identificamos con el típico egoísmo individualista, insensible a las necesidades ajenas. La condena de semejante actitud no ha perdido vigencia y resultará siempre válida en cualquier época o circunstancia. Desde la propia psicología se insiste en que por ese camino nunca se llegará a la maduración humana. Y desde el evangelio se nos recuerda también la misma verdad, aunque con otra terminología: quien está preocupado por salvar su vida, la perderá (cf. Lc 9,24). El amor es la única moneda que se multiplica cuando se comparte. Poéticamente lo había dicho

A. Machado: «Moneda que está en la mano/ quizá se pueda guardar/ la monedita del alma/ se pierde si no se da».

Al prójimo como a nosotros mismos

Los datos psicológicos y las recomendaciones evangélicas nos abren, sin embargo, a otra perspectiva bastante diferente. Mientras la persona no sea capaz de amarse a sí misma, reconciliarse con sus limitaciones, aceptar sus sombras y desajustes interiores, tampoco podrá amar al prójimo con sus propias deficiencias y fallos. Y Jesús vuelve a insistir en esta verdad cuando le responde al escriba acerca de cuál es el primero de todos los mandamientos. Después de hacer referencia al texto conocido del Deuteronomio (6,4-5) que habla de amar al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas, añade de forma explícita: «El segundo es: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mc 12,31). En este caso, el amor a uno mismo posibilita y condiciona el cariño a los demás, como fácilmente puede comprenderse.

La cara oculta y sombreada que cada uno lleva en su interior no es nada más que un reflejo significativo de la sombra existente en el corazón de los demás. Por eso, la persona incapaz de reconciliarse con los elementos negativos que oculta en su interior, bien porque los desconoce o porque no quiere aceptarlos de ninguna manera, está imposibilitada también para aceptar esos mismos componentes en las otras personas. El encuentro y la reconciliación con el prójimo comienzan, a pesar de las diferencias y limitaciones, cuando el sujeto admite, de una forma comprensiva, benévola y no exenta de humor, la realidad pequeña y limitada que posee. Al reconciliarse consigo mismo y abrirse con cariño hacia el fondo más profundo y negativo de su verdad, las puertas de su corazón quedan abiertas a todas las limitaciones ajenas. Cuando no se quiere a los demás, no es por amarse demasiado a uno mismo, como muchas veces se nos decía, sino porque el cariño personal no es aún suficiente.

Basta un poco de sentido común y de lucidez para comprender que con cualquier crítica pretendemos condenar en el otro lo que no deseamos aceptar de ninguna manera en nuestro interior. Todos los impulsos negativos del psiquismo humano, aunque sea de una manera insignificante y embrionaria, están presentes en el interior de cada persona. A quien ha sido capaz de reconocerlos y reconciliarse con sus propias sombras le quedará siempre un espacio para la misericordia y compasión con las debilidades ajenas. Aquí también la maduración psicológica brota, como la justificación evangélica (cf. Lc 18,9-12), cuando uno experimenta el gozo y la alegría de ser como los demás.

El rechazo enérgico y vigoroso produce ilusoriamente la impresión de que se vive muy lejos de lo que se fustiga, de no estar manchado por la suciedad que se reprueba, de no tener vinculación con lo que se juzga perverso..., cuando, en realidad, son intentos superficiales de encubrir con la palabra, ante los demás y ante nosotros mismos, que nada de esa fealdad afecta a nuestra vida. Parafraseando el refrán popular, podría también decirse en estos casos: «Dime de lo que criticas y te diré lo que eres». Un refrán oriental nos recuerda, con toda la sabiduría de estos pueblos: «Si mantienes a tu enemigo en el corazón, guárdalo con mucho cariño. Es el único que te puede descubrir las sombras de tu interior».

Así, la condena del incrédulo o del hereje sin paliativos puede encubrir las propias dudas de fe, como si los anatemas lanzados contra ellos produjeran una seguridad mayor en la propia ortodoxia. El cleptómano, que querría eliminar una conducta que le humilla, experimentará una reacción agresiva contra el niño que roba algunas monedas, para convencerse de que no se apropia de nada. Cuando se desprecia a una mujer que interrumpió su embarazo en circunstancias dramáticas, tal vez se oculte el mismo sentimiento reprimido que ni siquiera pudo aflorar en situaciones parecidas. Convertir al homosexual en un objeto de crítica e ironía constituiría un modo sutil de no reconocer la dosis de homofilia existente en la persona heterosexual. Y todos conocemos a esos individuos, acérrimos defensores de la libertad, que se vuelven pequeños tiranos cuando la ocasión les resulta propicia.

La defensa de las propias ideas y la condena de lo que se juzga inaceptable hay que mantenerlas. Ni la tolerancia supone un recorte en los propios criterios. Pero ninguna persona, más o menos consciente de su verdad y con una reconciliación de sus elementos negativos, se atreverá a rechazar con exaltado rigorismo e incompreensión ninguna conducta, por muy perversa que fuere. Quien sabe reconocer y acercarse con cariño a su propia realidad, lo hará de la misma manera cuando se aproxime a la ajena.

Conclusión

De todo lo dicho se podría concluir que lo más importante no es que el individuo sea simplemente bueno, cumpliendo con unas determinadas normas de comportamiento que hasta podrían darse en animales domesticados. La educación ética debería orientar también, a lo largo de todo el proceso evolutivo, hacia una conducta psicológicamente limpia, para que los elementos reprimidos no busquen otro tipo de compensaciones. El mal oculto, que actúa bajo la superficie, es aún más peligroso que aquel del que se tiene conciencia, por la imposibilidad de su integración. Aunque la autenticidad del comportamiento no llegara a conseguirse por completo, la moral debería ser una ayuda y no un obstáculo en el camino hacia esa meta.

5. ¿Qué son los valores éticos?

La menesterosidad del ser humano

En su significado más general, el valor se define en los diccionarios como el grado de utilidad o aptitud que tienen las cosas para satisfacer ciertas necesidades o proporcionar algún beneficio. Ya subrayábamos en un capítulo anterior que el ser humano nace como una realidad incipiente, inacabada, sin esquemas determinados para la orientación de su conducta, al contrario de lo que acontece en el mundo de los animales. Desde esta perspectiva podría afirmarse, con toda verdad, que la ética brota radicalmente de una insatisfacción profunda. A partir de la realidad que la naturaleza ofrece a cada persona, nace la ilusión de configurarla de acuerdo con un modelo diferente, como el artista esculpe su obra con el material que utiliza. Existe, por tanto, una tensión entre lo que uno es en sus comienzos, con los componentes desorganizados que nos entregan, y lo que uno sueña para ensamblarlos en un proyecto armonioso.

Precisamente por su carencia radical, el ser humano, desde antes incluso de su nacimiento, experimenta una serie de necesidades de diversa índole e importancia que requieren una respuesta satisfactoria. Sus limitaciones y carencias le vuelven menesteroso en todos los niveles de su personalidad. No solo por su condición animal tiene que responder a una serie de exigencias biológicas, imprescindibles para su mantenimiento y supervivencia, como se constata en cualquier otra especie; su dimensión racional, que lo eleva y dignifica en el universo por encima de los otros seres, lo deja también con la sensación de vacío, porque otras aspiraciones más sublimes y específicamente humanas no han encontrado todavía respuesta.

El deseo de satisfacer sus carencias le hace buscar de múltiples maneras el remedio que le falta. Cualquier realidad, por tanto, que colme tales aspiraciones se hace *valiosa*, constituye un valor hacia el que se experimenta una inclinación natural y espontánea. Es algo que viene a llenar una ausencia, a saciar una nostalgia, a ofrecer una solución. El atractivo, sin embargo, que despierta esta llamada del valor tendrá que ser muy diferente, de acuerdo con la naturaleza de cada uno.

Diferentes tipos de valores

En el nivel más bajo encontramos la esfera de los valores biológicos, que engloban las exigencias instintivas y todo lo que dice relación a nuestra sensibilidad. Cuando, después de un esfuerzo físico, se experimenta la sed o el cansancio, un vaso de agua o el reposo tranquilo aparecen como un valor deseable, como tantas otras cosas que necesita el organismo para encontrarse satisfecho. A veces son los más urgentes, cuando está en peligro la vida, pero no son los más importantes. Se podría utilizar el texto bíblico de que «no solo de pan vive el hombre» (Mt 4,4).

Por encima de ellos descubrimos otros muchos que, aunque más específicamente humanos, solo interesan a una zona de nuestra personalidad. En nuestro psiquismo queda otra serie de exigencias psicológicas, intelectuales, culturales, estéticas, afectivas, etc. que complementan y perfeccionan también algún aspecto del individuo. Forman parte de ese conjunto de bienes sin los cuales la vida no llega a desarrollarse con normalidad cuando no se consiguen en un grado suficiente. Su ausencia se considera un mal, como la falta de algo valioso, para poder vivir de una manera más plena.

Es normal experimentar el deseo de saber para conseguir un grado de cultura, tener una formación que sirva para poder trabajar y ganarse la vida. Frente a los misterios de la naturaleza surge el deseo de conocer sus mecanismos y orientarlos hacia el bien de la sociedad. Es penoso sentirse incapacitado para gozar de la belleza del arte o de una buena sinfonía. Es un drama no encontrar los medios necesarios para mantener a la familia y llevar una vida digna. Y se hace insoportable una existencia que no goce de la amistad y el cariño de otras personas. Cualquiera podría elaborar una larga lista de lo mucho que sigue anhelando con la ilusión de vivir mejor. Son valores humanos que nadie rechaza, porque suponen un gran enriquecimiento para muchas de nuestras necesidades.

Y existen, finalmente, otras urgencias superiores y más importantes que podemos considerar como las más profundamente humanas. Ya hemos visto cómo cada individuo busca realizar un proyecto a través de sus propias decisiones. Si su condición estructural le impulsa a darle un estilo a su existencia, para auto-realizarse como persona, aquella forma de actuar que le oriente hacia ese destino se convierte para él en algo valioso. Este valor lo adjetivamos como «ético», porque responde justamente al dinamismo primordial de su *éthos*, a la urgencia de estructurar su vida para adecuarla a la dignidad de su condición. Si quiere conseguir ese proyecto –la vocación humana por antonomasia–, no tiene otra alternativa que realizar estos valores que lo humanizan y dignifican, del mismo modo que tiene que abrirse al amor o satisfacer sus carencias orgánicas si desea un cierto bienestar en otros niveles de su existencia.

En este ámbito entrarían también los valores religiosos, en los que el creyente encuentra la respuesta última a la nostalgia de plenitud y totalidad, de esperanza definitiva, en un Absoluto que vislumbra y ansía, pero que no puede hallar en las realidades creadas. Dios puede valerse de estos mecanismos para descubrir su presencia

misteriosa y oculta bajo la mirada de la fe, aunque para otros el fenómeno de la religión tenga explicaciones inconscientes y psicológicas. Pero son también muchos los interrogantes, como el dolor, la creación, la muerte, el más allá..., que buscan en una respuesta trascendente la última explicación.

La naturaleza del valor ético

Todos los valores, por tanto, interesan a la persona, constituyen un bien para ella; pero lo típico del valor moral, su nota más característica, es que no la perfecciona en una sola dimensión –es decir, en su biología, en su inteligencia o en su afectividad–, sino que la promocionan en la totalidad de su existencia. Son una llamada a su libertad, en cuanto responsable de su propio destino. Los otros valores, aunque completen otras dimensiones de la personalidad, permanecen silenciosos ante el proyecto último de su vida. Se puede ser un gran técnico en el campo de la economía y adquirir un prestigio internacional, pero ese valor científico no evita la posibilidad de ser también un ladrón. La estima y el éxito social no nos hacen honrados y buenos por el simple hecho de obtenerlas. Y por mucha moral que se llegue a «saber», este conocimiento especulativo no elimina tampoco una conducta perversa.

Dicho de otra manera, solo el valor ético adjetiva como buena o mala una conducta, mientras que todos los demás valores, aunque complementen y perfeccionen algún aspecto, son incapaces de conferir esa dignidad. Cuando decimos de una persona que es un buen negociante, semejante valor técnico no significa que tal persona sea justa y honrada, sino que posee la habilidad y astucia suficiente para llevar adelante sus negocios.

Por ello, podríamos definir el valor moral como aquella cualidad inherente a cualquier conducta que hace esta auténticamente humana, conforme a la dignidad de la persona, y de acuerdo, por tanto, con el sentido más profundo de su existencia. Precisamente por este carácter integral y totalizador, el valor ético se halla siempre y en todas partes presente, como una urgencia que nunca abandona, como una llamada constante que invita a seguir su voz, como un testigo que recuerda los olvidos y estimula la decisión. Se podrá renunciar a otro tipo de valores, pero nadie puede excluir las exigencias de un valor ético, porque lo que ahora está en juego es su propia dignidad.

La experiencia de la obligación

Si los valores estéticos despiertan, por ejemplo, sentimientos seductores y de admiración cuando se contempla una obra de arte, y si los valores afectivos fomentan emociones atractivas que vinculan y encantan, la respuesta específica que provoca el valor ético es la experiencia de la *obligación*. Se trata de una vivencia muy especial, con un carácter ineludible y absoluto, que viene de un impulso que se impone al sujeto desde dentro, pero sin forzar, sin ningún tipo de presión física. Su mensaje penetra hasta el corazón, insistiéndole de manera continua, sin que podamos reducir al silencio su llamada. Al mismo tiempo, nos hace percibir la majestuosa y desconcertante grandeza de la libertad, que permite orientar nuestro rumbo por caminos diferentes o hacernos sordos a la voz de su invitación. Se capta el conocimiento teórico y contemplativo del valor –lo que es bueno y lo que es malo– y la consiguiente invitación a ejecutarlo, cuando entre las diversas posibilidades que se le ofrecen, su inteligencia sabe y su voluntad queda seducida para actuar de esta forma concreta.

El análisis de esta experiencia nos descubre un aspecto muy importante de la moral, en contra de lo que la mayoría de la gente vivencia. Su invitación, aunque parece venir desde fuera como una fuerza que aprisiona, se manifiesta desnuda de toda coacción exterior, sin ningún sentido mutilador de la propia autonomía. No es posible una lucha antagónica, como si se tratara de fuerzas contradictorias e irreconciliables, entre los imperativos auténticos de la ética y las exigencias personales más profundas. La moral no es la frontera que encierra y esclaviza a la libertad, algo ajeno y opuesto a ella, como un adversario que querría destruirla. Es, por el contrario, el cauce que orienta su ejercicio, la luz que ilumina el sendero para que llegar a conseguir precisamente lo que se quiere: moldear lo que somos instintivamente, como ofrecimiento primario de la naturaleza, para construir la imagen de persona que se ha proyectado.

Habría más bien que definirla, entonces, como la ciencia de los valores que dirige y encauza nuestra realización humana, libre y responsable, hacia ese destino. Frente a la llamada de otros bienes apetecibles y gustosos, pero que ponen en peligro la consecución de este proyecto, el valor ético aparece como una defensa y un grito de alerta frente a esos posibles engaños, y un punto de referencia básico para no desviarnos de nuestra orientación fundamental. Entre los diferentes dinamismos que nos inducen a amar todo aquello que se nos presenta como un bien, la obligación me expone como primario aquel que se muestra, por encima de todos, como el más preferente e importante.

Vinculación con nuestro deseo más profundo

La obligación ética encierra en sí, por tanto, una profunda complicidad con la dimensión más íntima del propio deseo. No nace mientras no constata un querer espontáneo en el corazón de cada sujeto: la ilusión por vivir su vocación humana, con todo lo que ello comporta. Si el imperativo moral no interesara de veras a lo más profundo de la persona, no sintonizara con esas otras llamadas ocultas en el corazón, tendríamos una forma de violencia psicológica, un tipo determinado de esclavitud, porque impone por la fuerza una normativa que no tiene ningún sentido para el propio sujeto. Es decir, nos hallaríamos en las antípodas de una ética libre y responsable, pues seríamos arrastrados por una presión extraña y ajena que no guarda ninguna relación con nuestros verdaderos intereses.

Ahora se comprende mejor por qué la autonomía personal no se degrada o aniquila por la obediencia dócil a sus insinuaciones, como si implicara una renuncia a la dignidad humana para entregarse al poder anónimo e impositivo de la obligación. Todo lo contrario: la ética es la que marca la senda que conduce hacia la meta deseada, hacia el bien que se anhela con una exigencia incontenible. Cobarde sumisión sería, como Sartre ha caricaturizado tantas veces en sus novelas, que la llamada del valor ético no descubriera su propia justificación y legitimidad en la estrecha vinculación que mantiene con nosotros.

Nunca debería olvidarse que lo mandado por la moral es lo que, en último término, el individuo añora en lo más íntimo de su ser. A la llamada del mandato que aparenta venir desde fuera se añade, como una fuerza impetuosa, la tendencia oculta e inmanente de lo que la obligación ordena. Esta, con su llamada repetida en el silencio interior, solo intenta movilizar las aspiraciones más auténticas, que a veces quedan demasiado soterradas. Lo que nosotros debemos es, fundamentalmente, lo que nosotros amamos, lo que nosotros deseáramos conseguir. Su mandato no es más que el eco de la palabra que brota de nuestro interior y nos impulsa a vivir de acuerdo con nuestra vocación humana.

Lo dicho con anterioridad puede parecer demasiado ingenuo, ya que si el rostro de la moral fuera tan atractivo y seductor como se ha dibujado, la gente no sentiría entonces su matiz coactivo y doloroso. Sus exigencias se hacen muchas veces difíciles de soportar, como una carga pesada y molesta, pero de la que no podemos prescindir, aun al margen de la propia culpabilidad, por las presiones sociales a que estamos sometidos. Cuando se obedece a la obligación, es por una fuerza coactiva de la que cuesta trabajo prescindir. En el fondo, si fuera posible, nada sería mejor, como se ha repetido, que prohibir cualquier prohibición, para gozar de una libertad plena.

La llamada de otros valores más agradables

Semejante experiencia, sin embargo, no es fruto de la misma obligación, sino del estado militante y peregrino de la condición humana. Son muchos los valores, como veíamos antes, que satisfacen nuestras múltiples carencias y hacia los que nos sentimos atraídos. Muchos de ellos despiertan una atracción especial, por tratarse de bienes más inmediatos y agradables, pero que obstaculizan, por otra parte, un bien superior, como el vivir de acuerdo con lo que significa ser persona. Cuando la renuncia a un valor inferior se presenta como necesaria, no deja de ser molesta y dolorosa, pues incluye el rechazo de una realidad gustosa y placentera; la negativa a llenar una necesidad que satisface otros niveles, pero que no se adecua a otras tendencias, las más auténticas y verdaderas.

Y es que, a pesar de la orientación irresistible hacia el bien superior, los otros bienes relativos y contingentes se presentan como un engaño cuando la pequeña compensación que ofrecen –mucho más atrayente, de ordinario, para nuestra sensibilidad– provoca un estado de duda e indecisión. Como el enfermo que, sabiendo el riesgo que corre su salud, no quiere privarse de un capricho pequeño que ahora le atrae con mayor fuerza. Frente a esa pluralidad de valores que a veces se hacen incompatibles, se requiere la lucidez indispensable en cada momento para optar por el mejor y el más preferente, en función de una determinada jerarquía. Si el valor ético, como queda indicado, afecta a la totalidad de la persona y se encuentra en la cúspide, junto al valor religioso, como el de mayor trascendencia e importancia, no debería sacrificarse en aras de aquellos otros que solo valen para una dimensión más particular y secundaria. Para conseguir un cierto nivel económico, bueno y deseable, nadie aprobaría alcanzarlo con la injusticia y el engaño de los más necesitados. Por eso, a medida que la sensibilidad se educa para dejarse seducir por los bienes más verdaderos, el sacrificio se hará más pequeño, y la obligación irá perdiendo también su carácter coactivo.

La misma experiencia, aunque en sentido inverso, se llega a descubrir a través del sentimiento de culpabilidad. El individuo que ha rechazado un valor moral, aunque nadie lo haya visto ni espere ninguna consecuencia negativa, toma conciencia de su mal comportamiento y comprende, por debajo de sus intereses más inmediatos, que de esa manera no ha sido fiel a otras exigencias mayores. La culpabilidad verdadera es, como veremos, el reconocimiento sincero y humilde de una equivocación voluntaria, la aceptación de un error lamentable que recae sobre la propia responsabilidad: en lugar de actuar como persona, me he dejado conducir por otras voces engañosas. El dolor que brota no es por temor a ningún castigo, por la herida abierta en nuestro narcisismo, ni siquiera por haber hecho lo que es irremediable. Es, simplemente, la pena asumida por no haber respondido a otro ideal más alto.

Importancia del sentimiento y sensibilidad

Hay que admitir, sin embargo, que el conocimiento de un valor ético es más complejo y difícil que el de una mera realidad empírica. No es un fenómeno puramente racional, como si de una operación matemática o de la conclusión de un silogismo se tratara. El sentimiento y la sensibilidad forman parte de él como estímulo y condición previa para comprender el valor de una conducta que dignifica a una persona, o como obstáculo e impedimento para tal objetivo.

Mayor sensibilización se necesita aún para sentirse afectado por los valores superiores, como los estéticos o culturales. Será muy difícil que se entusiasme por la música clásica quien nunca haya escuchado una buena sinfonía. De la misma manera que el que quien no haya aprendido a leer o asistido a la escuela creará que la formación es una pérdida de tiempo.

Cuando alguien se preocupa por una persona necesitada y le ofrece su colaboración, cuando se respeta la vida ajena, se defiende la veracidad de las relaciones, o se mantiene la fidelidad a los compromisos contraídos, por citar algunos casos concretos, existe algo más que un simple hecho físico. El sentido común descubre un plus de humanismo, una dimensión enriquecedora, al comprender que la solidaridad entre las personas, la defensa de la vida, la verdad o el cumplir lo prometido son mucho mejores que el egoísmo y la indiferencia frente al necesitado, la mentira, el crimen o la infidelidad.

Reconocer la importancia de todos estos valores no es un conocimiento innato ofrecido por la naturaleza, sino un descubrimiento que no es posible tampoco sin una educación de la propia sensibilidad. Hasta para captar los valores biológicos básicos, como la limpieza o la higiene, se requiere una educación previa que facilite la aceptación de ese bien. Cuando el niño vive en un ambiente de miseria y abandono, es casi imposible que se preocupe por estar aseado, pues no le encuentra ningún sentido a esa inquietud. De la misma manera que quien se educa desde pequeño en un ambiente de engaño e hipocresía no tendrá ninguna dificultad en utilizar la mentira siempre que lo necesite. O del mismo modo que no siente la importancia del servicio o de la solidaridad quien descubre a su alrededor que cada cual busca tan solo su interés personal.

Por otra parte, semejante conocimiento requiere también una verdadera decisión que compromete a la persona. No se trata de un saber abstracto y especulativo que no afecta a la propia vida, como si fuera una simple información neutra. Su voz exige una concreta actuación, que se enfrenta muchas veces con otras exigencias más agradables y sensibles de la misma persona, pero de una importancia secundaria para su realización total. Se trata de un conocimiento que va más allá de la pura razón, de la misma manera que se requiere un plus para oír lo que no interesa escuchar o para ver aquello que uno quisiera rehuir. Lo único que deseamos subrayar con lo dicho es la enorme influencia que tienen en este campo todos esos elementos afectivos e interesados para que la llamada del valor resuene por dentro en el corazón, y su voz no se haga demasiado lejana y silenciosa.

Ceguera y encallecimiento ante los valores

Por el hecho de que todo valor moral invita a una coherencia posterior para vivir de acuerdo con sus exigencias, existe el peligro de que surjan ciertos mecanismos de defensa, como una pequeña coraza, que encallecen la propia sensibilidad. Sería demasiado molesto permanecer en una dicotomía constante entre la llamada que brota del deber y la praxis que actúa con otros criterios. En estas ocasiones, es normal que se produzca una ceguera deseada y pretendida como la mejor solución para eliminar el complejo de culpa o el sentimiento de indignidad. Es la única manera de escapar a una tensión insoportable cuando se está convencido de la urgencia y validez de un valor y, sin embargo, no existe ningún empeño en traducirlo después en la práctica. Como se dice popularmente, «a fuerza de no vivir como pensamos, llegamos a pensar como vivimos». El valor en cuestión va dejando de tener importancia hasta que su voz se aleja por completo y no suscita ya ningún interés. Lo que antes inquietaba ha terminado en el más absoluto silencio.

Cuando se reflexiona sobre los múltiples factores condicionantes –prejuicios, cultura, ideología, situación económica, temperamento, motivaciones inconscientes, presiones diversas, experiencias personales, etc.– que matizan o dificultan ese conocimiento objetivo, sería bueno mantener siempre una cierta dosis de sospecha en muchas de nuestras valoraciones. Precisamente porque tales elementos son ocultos e interesados, y en ellos se entremezclan las medias verdades, tan peligrosas, la mala fe no se detecta con claridad y pasa muchas veces inadvertida, sin despertar ningún remordimiento o culpabilidad. Aunque esta capacidad de autoengaño sea grande, no elimina por ello la posibilidad de una valoración objetiva.

Esto explica también la dificultad e impotencia para transmitir valores éticos en una cultura híper-tecnificada como la nuestra, donde la dimensión humana ha desaparecido casi por completo, para conceder la primacía a la rentabilidad y eficacia de la acción. La cultura configura el ambiente social de tal manera que los individuos se vuelven incapaces de percibir ciertos valores, sobre todo aquellos que no gozan de una aceptación generalizada. Por eso, el testimonio de vida reviste también una fuerza y atracción más grande que la simple información sobre la importancia de un valor determinado. La coherencia de vida no solo manifiesta su validez, sino que añade un nuevo contenido estimulante de mayor importancia. Se proclama con los hechos que, a pesar de su dificultad o de las renunciaciones que exige, es posible también practicarlo. De la misma manera que una enseñanza ética se desacredita cuando quien la propone, más allá de las inevitables debilidades y limitaciones, no actúa en coherencia con lo que enseña o defiende.

El ser humano como pequeña providencia

Cuando santo Tomás se refiere al gobierno de Dios en la Creación, habla de una doble modalidad a la hora de hacerlo. A los seres irracionales los conduce por las leyes y tendencias de su propia naturaleza, para que puedan cumplir con los objetivos determinados. Pero al ser humano le proporciona una alternativa diferente. Lo ha convertido en una pequeña providencia para que pueda dirigirse a sí mismo con su libertad (Suma Teológica 1-2, q. 91, a. 2). Esta capacidad de poderse gobernar, a través de los valores éticos, que el creyente reconoce haber recibido del Creador, constituye la idea básica de su pensamiento sobre lo que se ha llamado la ley natural.

Lo que el ser humano conoce mediante su inteligencia es lo que posibilita y fundamenta la ética natural. La luz de la razón, incluso para el que no tiene fe, se convierte en el instrumento válido que hace posible semejante conocimiento. Por eso, el principio más universal y evidente, del que habrán de deducirse las restantes conclusiones, es el de hacer el bien y evitar el mal. Solo los juicios que gocen de esta mayor evidencia deberían ser catalogados como referentes a la ley natural, pues a ellos pertenecen también las propiedades esenciales que la caracterizan, como la unidad, la inmutabilidad y la indefectibilidad.

Esta capacidad de autogobernarse a través de la razón ofrece la imagen de una ética tal y como se pide en una sociedad adulta, autónoma, responsable y secular. La dependencia de Dios, imposible de ser eliminada en un clima cristiano, no se expresa con el sometimiento inmediato a su voluntad, sino con la respuesta dócil y sumisa a los imperativos de la razón, a la llamada insistente del valor, como una fiel imagen y eco de esa otra vocación sobrenatural que el creyente descubre en su fe.

Pero queda un trabajo posterior: cómo descubrir, a partir de estas exigencias universales, la normativa concreta que se ha de aplicar en las diferentes situaciones. Sobre ello vamos a reflexionar en el próximo capítulo.

6. Cómo descubrir los valores éticos

Del nivel especulativo a la valoración concreta

Hay que reconocer que los valores universales gozan de una evidencia tan grande que nadie puede negarles una firmeza permanente. Todos estamos de acuerdo en que hay que hacer el bien, practicar la justicia, vivir de acuerdo con la razón, respetar la dignidad de la persona, decir la verdad o defender la vida humana. Ningún código ético o civil defiende el asesinato y el robo, o permite la injusticia y la mentira. Es una defensa de los bienes y valores fundamentales para el ser humano y para la sociedad en la que vive. Sin ellos no sería posible la vida social ni la misma civilización, pues solo imperaría la ley de la fuerza.

Pero semejantes criterios, por otra parte, resultan completamente ineficaces para la orientación concreta de la vida. No basta con defender la dignidad de la persona, sino que hay que examinar qué comportamientos concretos la fomentan o la degradan. Es más, la proclamación de estos valores más abstractos podría convertirse en una cierta alienación o en un tipo de ideología manipuladora. En nombre de la dignidad humana, del bien común, de la libertad de expresión o de la ley natural –que siempre habrá que defender–, es posible exigir o condenar determinadas conductas que no se derivan de tales presupuestos. En su evidencia primera se pueden incluir algunos aspectos introducidos por otros intereses implícitos. Por eso, lo que es bueno para la persona o para la sociedad hay que intentar concretarlo en los diferentes campos de nuestra actividad.

La experiencia más vulgar confirma este presupuesto. Cuantos más abstractos y universales son los principios y valores éticos, tanto menos dificultad resulta su conocimiento y aceptación. Pero cuando se busca una encarnación progresiva para deducir cómo el bien, en abstracto, se traduce en una acción determinada, la dificultad se hace presente de inmediato. Aceptando un mismo valor teórico, como el respeto a la vida, unos prohíben la interrupción del embarazo, la pena de muerte o la fecundación artificial, y otros, sin embargo, no se atreven a condenarlas por completo.

El diálogo con las ciencias

Lo único que puede orientar con eficacia es el conocimiento concreto de los valores que humanizan o destruyen a la persona en cualquiera de sus comportamientos. Habrá que analizar, por tanto, qué sistema económico ayuda mejor a las relaciones de justicia entre individuos y comunidades; qué formas de actividad sexual respetan y maduran a la persona o son un peligro para su estancamiento psicológico y su dignidad; qué límites se hacen imprescindibles para defender la vida cuando se quiere manipular o experimentar sobre ella; cuáles son, para una sociedad particular, las ventajas e inconvenientes de una legislación tolerante o represiva sobre un punto determinado, como aceptar la pena de muerte o rechazarla en cualquier situación.

La ética tiene que descender, por tanto, a un nivel muy práctico y concreto. Saber cómo se ha de actuar en las diferentes situaciones que se nos presentan. Un conocimiento que no hace a nadie bueno o malo por el mero hecho de aceptarlo en teoría. Nadie se hace honrado por reconocer simplemente el derecho de los demás, sino por actuar de acuerdo con las exigencias que de ello se derivan. Pero el conocer y reflexionar sobre los caminos que determinan esta valoración más concreta nos ayudará también a descubrir los porqués de este pluralismo inevitable, que nos desconcierta muchas veces.

Si la moral es el conocimiento que busca la mejor realización del ser humano, todas las ciencias, en una proporción diferente según sus propios objetivos, pueden entregar datos de enorme interés al moralista para ayudarle a conseguir esta finalidad. Las costumbres de los animales, el mundo de los primitivos, las experiencias acumuladas de la historia, la riqueza de las diferentes culturas y etnologías, los resultados de la técnica y de los experimentos, el avance de la medicina en todas sus ramas, los nuevos descubrimientos en cualquier campo del saber, y hasta los errores y equivocaciones cometidos aportarán siempre aspectos interesantes y de gran utilidad.

El Vaticano II reconoció de manera explícita la influencia positiva y benéfica del progreso científico en la elaboración de la moral: «La experiencia de los siglos pasados, el progreso de las ciencias, los tesoros escondidos en las diversas formas de cultura, con las que se manifiesta la naturaleza del hombre y se abren nuevos caminos para la verdad, aprovechan también a la Iglesia. [...] Para aumentar ese intercambio, la Iglesia –sobre todo en nuestros tiempos, en que tan velozmente cambian las cosas y tanto varían los modos de pensar– necesita de modo particular la ayuda de quienes viven en el mundo, conocen sus diversas instituciones y disciplinas y asimilan su mentalidad, sean creyentes o no» (*Gaudium et Spes*, n. 44).

Y es que, sin tener en cuenta todas estas aportaciones, no se llegarán a descubrir los auténticos valores para orientar la conducta. Sería ingenuo presentar una ética económica que no tuviese en cuenta la complejidad del mundo financiero. O una ética sexual que no reflexionara sobre las aportaciones del psicólogo y del médico y hasta de la misma etología. Una parte notable del dinamismo humano, por ejemplo, es una herencia común

con los animales, y bajo ciertos aspectos, por tanto, existe una determinada programación que no conviene olvidar, a pesar de las radicales diferencias.

No hay ética sin presupuestos científicos

Bajo este aspecto, habría que considerar la ética como una ciencia humilde y sensible, abierta siempre a las enseñanzas y datos que puedan entregarle las demás ciencias. No es posible mantener determinados principios que un día se adjetivaron como éticos, si las bases científicas en las que aquellos se apoyaban han perdido su validez o se demuestran inexactas. Quiero decir que todo aquello que en moral se considera inaceptable o, desde el punto de vista religioso, se cataloga como pecado tampoco será, en una óptica científica, la mejor manera de realizarse como persona. Ya recordamos en un capítulo anterior cómo santo Tomás explica que la ofensa a Dios se produce cuando la persona actúa contra su propio bien.

El diálogo, por tanto, con las ciencias, sobre todo las más relacionadas con el ser humano, es una necesidad apremiante de la ética actual. Tal confrontación posibilita que la lectura de la realidad se haga sobre una base razonable y que el discurso ético no quede alejado de los datos reales y objetivos. En teoría, se aceptaba la urgencia de este presupuesto evidente; pero después, en la práctica, cuando los nuevos avances científicos ponían en crisis ciertas enseñanzas tradicionales, se despertaban ciertos miedos y recelos.

Lo mismo que siempre se ha dicho que no puede darse un auténtico conflicto entre la fe y la razón, aunque se muevan en planos tan diversos, tampoco debería existir ninguno entre la moral y la ciencia. Toda valoración ética ha de partir, como presupuesto, de una buena base científica, pues lo contrario supondría la defensa de una moral sin fundamentación. Pero el hecho de insistir en el papel de las ciencias no es para dejar la moral en manos del técnico, como si este tuviera la última palabra. También las ciencias tienen sus límites y fronteras, que conviene señalar para que no se excedan en sus pretensiones.

Las fronteras de las ciencias

La primera limitación surge porque, con frecuencia, las conclusiones científicas no llegan a conseguir la suficiente unanimidad para ser consideradas como base segura y con un mínimo de garantía. No todos los problemas están resueltos de forma clara y convincente con los datos actuales de las ciencias. Ni son aceptables, por tanto, todas las opiniones, a veces contradictorias, que pueden darse sobre un mismo tema. Lo que se acepta como una buena hipótesis o una respetada opinión es motivo para mantenerse abiertos al estudio reflexivo y a la espera de los nuevos datos que se podrán aportar; pero mientras esas ideas no se confirmen con una mayor seguridad, no parecen ser suficientes para la fundamentación de una conducta.

La pluralidad existente en torno a tantos problemas impide a veces tomar una determinada opción mientras no se demuestre, al menos, que la nueva teoría ofrece mejores posibilidades que la mantenida con anterioridad. Sería demasiado peligroso dar luz verde y generalizada a una acción por el simple hecho de que meras hipótesis en estudio pudieran cambiar un día lo que hasta el momento se considera mejor.

En segundo lugar, no hay que olvidar tampoco un aspecto que impide la identificación de lo científico con la dimensión humana que defiende la moral. Y es el carácter específico de cada disciplina. Cualquier ciencia, sea la que fuere, se acerca a la realidad humana desde una perspectiva muy peculiar y limitada. Cada una tiene su ángulo específico de visión, a través del cual analiza un mismo hecho objetivo. Por muy profundas y exactas que sean sus conclusiones, no pueden aceptarse como una síntesis completa, al desconocer otros aspectos ajenos al campo de su reflexión. Incluso cuando se examina un idéntico problema, el fenómeno es matizado de manera diferente, según sea visto por un biólogo, un jurista, un sociólogo, un antropólogo, un político, un economista, un psicólogo o un historiador. Cada uno se detiene en aquellos aspectos más cercanos a su especialidad.

Si la moral pretende ofrecer el mejor camino para la propia autorrealización, no es válido quedarse con las conclusiones científicas, por muy dignas de consideración que sean, pues ya insistimos en que el valor ético no busca una sola dimensión de la persona, sino que reflexiona sobre lo que es mejor para su totalidad. La eficacia que subraya un policía para averiguar un crimen, el derecho a la información de un periodista para comunicar un acontecimiento, la tolerancia de un político para mantener un nivel de convivencia, la frecuencia que detecta un sociólogo en las costumbres de un pueblo, etc., son sin duda aspectos *valiosos*, pero que no sirven por sí mismos para valorar la rectitud de una acción. Los métodos más aptos para descubrir un crimen o para exponer la verdad de un hecho serán muchas veces opuestos a las más elementales exigencias de la intimidad personal. La ciencia, en este caso, debe subordinarse también a los derechos primordiales del individuo.

Cuando se quiere valorar una conducta, no basta, por tanto, constatar sus efectos benéficos o sus consecuencias perniciosas desde una sola perspectiva. Todo

comportamiento, aun el más deshumanizador, encerrará algún efecto positivo, lo mismo que cualquier acción recta podrá causar alguna molestia y sufrimiento. Lo importante, para valorar la eticidad de una conducta, es analizar lo que en conjunto, teniendo en cuenta sus ventajas e inconvenientes, resulta de verdad más benéfico para el bien de la persona, los derechos de la sociedad en la que vive y hasta las exigencias de nuestro hábitat. El moralista deberá, por ello, prestar una constante atención a los resultados científicos, pero sin olvidar, al mismo tiempo, su carácter limitado.

Los riesgos de un poder desorbitado

Nadie duda de los incalculables beneficios que los avances científicos han aportado a la humanidad. Sin embargo, semejante optimismo, plenamente justificado, no está exento de peligros y ambigüedades. La civilización ha sido, en gran parte, producto de la técnica; pero la técnica, como apuntaba Ortega y Gasset, es una manipulación de la naturaleza para dominar sus mecanismos y ponerlos al servicio de la persona. Hoy somos mucho más conscientes que en épocas pasadas de los riesgos y peligros que encierra un poder desorbitado. La ecología no es nada más que un ejemplo que confirma la ambigüedad del progreso ilimitado. Esto indica que no todo lo que puede hacerse debe terminar realizándose, si no queremos llegar, por el camino de la pura eficacia, a una completa deshumanización: Una ciencia que no acepte ningún límite ético en sus planteamientos termina convirtiéndose en una amenaza para la humanidad.

Nuestra tecnología actual está regida por la autonomía de un crecimiento ciego. No hay voluntad de aceptar ninguna frontera. Todo lo que hoy se puede hacer, habrá que legitimarlo. La única limitación aceptable es la simple imposibilidad física, que algún día terminará por superarse. No existen otros valores más importantes que la eficacia y la rentabilidad. Ya no son los fines los que determinan los medios, sino que los medios técnicos deciden y se justifican por sí mismos. Se ha perdido la teleología del progreso, para caer en lo que algunos autores han denominado *la rebelión de los medios*, que termina ahogando la dimensión humana del desarrollo científico.

Todo esto conduce de manera irremediable hacia una separación absoluta entre técnica y moral, a un divorcio entre las exigencias irreconciliables de los científicos puros y las de los humanistas. Por eso, son bastantes los autores que insisten en la urgencia de una ética de frenos voluntarios, de contención, de límites indispensables... para evitar que el paraíso de la técnica se convierta en una caja de sorpresas desagradables.

El sentido común más elemental y espontáneo exige que la meta última –la que debe buscarse en cualquier progreso científico– sea el mayor bien y perfeccionamiento del ser humano en su aspecto personal, comunitario y del mundo en el que vive. Todo avance, en esa larga y dolorosa conquista de la ciencia, pierde por completo su sentido humano cuando se convierte, por sí mismo o por sus consecuencias, en un obstáculo para cumplir con ese servicio. Sería absurdo abrir caminos y continuar recorriéndolos cuando no sabemos hacia dónde vamos e ignoramos los peligros que comportan.

Hay que aceptar, pues, que la ciencia tiene también sus límites cuando no busca esta dimensión humanizadora. Decir «no» cuando se traspasa esa frontera es apostar por un futuro mejor y por una mejora del vivir humano. Humanizar la ciencia supone renunciar a aquellas posibilidades que, aunque sirvieran para un cierto progreso, no se podrían adjetivar como humanas.

Límites e imperfecciones de enunciados tradicionales

Por este influjo que los datos científicos tienen en el planteamiento de los problemas morales, no resulta extraño que, con el avance y los nuevos descubrimientos, haya que replantearse las soluciones aceptadas con anterioridad o darles una interpretación diferente para integrar las nuevas posibilidades. Los ejemplos han sido numerosos a lo largo de la historia. Baste recordar, como pequeñas manifestaciones en este sentido, que al comprender el valor económico del dinero se solucionó el debatido problema sobre el préstamo a interés, condenado durante mucho tiempo por la Iglesia como un pecado de usura. O la posibilidad más reciente de los trasplantes orgánicos de riñón entre personas vivas, que motivó una interpretación más personalista del principio de totalidad, cuya formulación clásica los impedía como si se tratara de una mutilación.

Los principios éticos, como traducción de los valores generales, se elaboraron para dar soluciones a los casos concretos que se presentaban. Muchos de ellos conservan su vigencia orientadora, pues mantienen su validez en las nuevas situaciones. Pero otras veces las nuevas posibilidades descubiertas por las ciencias nos hacen descubrir los límites e imperfecciones de su enunciado anterior, incapaz de tener en cuenta las circunstancias actuales en las que deberían aplicarse. Las deficiencias que pudieran encerrar no se deben a la falsedad del valor que defienden, sino a una formulación menos correcta, realizada en otras circunstancias diferentes.

Si la moral ilumina de ordinario la situación, también esta ayuda en ocasiones al perfeccionamiento de los criterios éticos, cuando revela algunos aspectos que todavía no se habían podido tener en cuenta. Cualquier valor ético necesita como presupuesto una buena base científica. De ordinario, los nuevos datos aportados no eliminan su vigencia y validez, sino que matizan con mayor exactitud sus exigencias.

Tensión entre lo nuevo y lo tradicional

Este progreso científico no es posible sino a través de la experimentación en todas sus formas. Abrirse hacia nuevos horizontes desconocidos e inexplorados es una de las propiedades esenciales de la ciencia moderna. El avance comporta siempre algún riesgo, al caminar por un terreno desconocido. Si se experimenta, es precisamente porque se ignoran los resultados y se desea conocerlos para el bien de la persona.

La búsqueda de estos conocimientos, sin embargo, podría tropezar con una grave dificultad: que la ética se convierta en un obstáculo para el mismo progreso, al condenar de inmediato cualquier investigación que no tuviese en cuenta las normas de su enseñanza anterior. Ahora bien, cuando se intenta abrir nuevos caminos, es posible que algunas normas orientadoras no sean ya suficientes y adecuadas para iluminar, como decíamos antes, la nueva situación de cara al futuro. El conflicto surge, entonces, entre la fidelidad a un valor, tal y como se había presentado en la tradición, y la fidelidad a una nueva verdad que está naciendo. Es la tensión que brota, sobre todo en sus comienzos, cuando la vida presenta posibilidades que no eran aceptadas por la moral.

La traducción de los grandes principios universales y absolutos requiere una confrontación con la realidad para deducir de ella lo que parece más ético y humanizador. Una ley o valor surge cuando la experiencia ha demostrado que la conducta contraria atenta, de una u otra forma, contra el bien de la persona y de la sociedad. De ahí que la tradición, en su sentido más auténtico, encierre un patrimonio ético de enorme importancia. Son siglos de historia que transmiten una experiencia para no partir nunca de cero y que sería absurdo olvidar, para comenzar siempre de nuevo. Ese patrimonio, sin embargo, también aumenta y se enriquece con otras aportaciones modernas. Sin renegar de lo anterior, hay que estar abierto a lo moderno. Y ello comporta un difícil equilibrio entre lo que ya estaba dicho y lo que aún queda por decir, para ver si lo antiguo aún tiene vigencia o necesita una reformulación.

Precisamente porque estas posibilidades modernas van siendo cada vez más frecuentes, al ritmo que avanza hoy el progreso técnico, y dado que tampoco podemos prescindir a la ligera de unos valores tejidos con la experiencia de la tradición, cabría pensar en la validez de una moral de lo provisorio. Lo que no se debe aprobar de inmediato, por la incertidumbre e inseguridad de sus conclusiones, a lo mejor tampoco debería excluirse enseguida hasta poseer una experiencia mayor. Encender una luz intermitente, que avisa de los posibles peligros hasta un esclarecimiento posterior, sería una postura sensata y equilibrada. Una moral que solo tiene condenas para todo lo nuevo se convertiría en una fuerza paralizante del dinamismo creador de la vida.

Influjo de los elementos culturales

Es una ilusión falsa y demasiado ingenua creer que el conocimiento de la realidad se efectúa desnudos de cualquier condicionante previo. Jamás nos acercamos a ellas de forma aséptica, en una actitud de despojo absoluto, para atenernos simplemente a los puros datos objetivos. Todos sabemos lo que un simple cambio de humor provoca a la hora de analizar una misma realidad, que se contempla con pesimismo o con esperanza, sin ningún otro cambio que el de nuestro mundo interior. Lo mismo acontece cuando observamos, desde nuestra situación actual, ideas, acontecimientos, escritos o reacciones que se tuvieron en el pasado y que ahora se ven con matices diferentes. La causa de esas diversas visiones no se encuentra en el hecho real, sino en el ángulo específico desde el que se observa y contempla.

Atenerse a la realidad no significa, pues, someterse a los datos aparentes que se nos ofrecen, sino a ese nuevo modo de existir que se añade con la cultura y selecciona, modela e ilumina con sus propios matices el entorno que le rodea. Desde el comienzo de la existencia, estamos profundamente condicionados por el ambiente cultural en que vivimos. La cultura transmitida se integra dentro de nuestros esquemas y configura de forma espontánea y hasta inconsciente nuestra visión de la realidad.

Las dificultades que siempre han existido para encarnar la fe católica en otras culturas tan distintas de nuestra cultura occidental son un testimonio manifiesto de la resistencia que manifiestan las tradiciones culturales para aceptar ciertos valores. A ningún niño que nazca en una familia hindú le resultará absurdo venerar a las vacas como sagradas. De ahí las frecuentes injusticias e incomprensiones que se cometen al juzgar los comportamientos de otras épocas o de otros pueblos. Para cualquier valoración ética habrá que tener siempre en cuenta el entorno cultural y el significado de sus manifestaciones, que escapan a cualquier otra mentalidad. Todo lo que hoy nos parece anacrónico y desfasado tuvo también una explicación razonable en otro contexto diferente.

La existencia de distintas culturas, esparcidas por el tiempo y la geografía, es un hecho tan evidente que no precisa ninguna justificación. Y esto explica, por tanto, la diversidad y el pluralismo de los valores morales. Es imposible defender, fuera de los criterios más universales y evidentes, que son ya patrimonio de la humanidad, un contenido ético que resulte válido para todas las épocas y pueblos. Incluso dentro de un mismo ámbito cultural, como el de Occidente y el de la misma Iglesia, se dan cambios que repercuten en la formulación de la ética concreta. Durante muchos siglos se aceptó con naturalidad el fenómeno de la esclavitud; y casi nadie se escandalizaba de que la Inquisición condenase a la hoguera a los herejes.

La prevalencia de ciertos factores

En el ámbito individual, el temperamento de cada uno, modelado por la educación, ayuda o dificulta la captación de ciertos valores. Todos conocemos a personas insensibles, por ejemplo, a la veracidad o al respeto de las intimidades ajenas, pero acérrimos defensores de la justicia y del trabajo. Sin negar la posible responsabilidad en sus decisiones, en cada individuo existe una mayor o menor facilidad para sentirse afectado por la llamada de uno u otro valor. El mismo fenómeno ocurre en la sociedad, donde se ha dado más prevalencia a ciertos aspectos morales en una época, mientras que en otra posterior han surgido con más fuerza otros diferentes. De ahí la licitud de conductas aceptadas por nuestros antepasados y que hoy nos resultan intolerables; o, por el contrario, que haya habido comportamientos condenados en la tradición anterior que hoy se defienden como auténticos derechos humanos.

La historia está llena de ejemplos. Si el peor enemigo de la convivencia y de la paz entre los ciudadanos, en una determinada sociedad, no es el invasor y el asesino, que podría destruir la autonomía y la vida de sus habitantes, sino el defensor de falsas ideas religiosas que desintegra la comunión e identidad de ese pueblo, resulta explicable la quema de herejes por la misma razón por la que todavía se mata en la guerra o se impone la pena de muerte a los criminales. En ambos casos, el hecho de quitar la vida quedaría justificado por una justa defensa frente al agresor. Pero si se acepta, en un momento cultural diferente, que el valor más importante es el respeto sincero a la conciencia personal de cada uno, donde se toman las grandes decisiones éticas o religiosas, entonces habrá que reconocer el derecho a la libertad «fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se conoce por la palabra de Dios revelada y por la misma razón natural», como la defendió el Vaticano II (*Dignitatis Humanae*, n. 2).

Si de forma espontánea se admite que un ser humano puede nacer hombre o mujer, blanco o negro, libre o esclavo, parecerá lógica la esclavitud, como sucedió en los primeros tiempos del cristianismo, a pesar de la dignidad e igualdad de todos ante Dios, como proclamaba la Revelación. Escandalizarse de que san Pablo no haya luchado contra ella supone solo un desconocimiento de su situación cultural. Como nos parece hoy incomprensible que se permitiera la castración de los niños cantores o se consintiera la tortura para asegurar las pruebas ante los tribunales. Aquí habría que reflexionar también sobre todo el mundo de prejuicios colectivos, conscientes e inconscientes, que fundamentan ciertos privilegios o injusticias que de ellos dimanar, sin que provoquen ningún tipo de reacción mientras no se hayan desenmascarado. La superioridad del hombre sobre la mujer, del blanco sobre el negro, del capital sobre el trabajo, del rico sobre el pobre... se siguen viviendo muchas veces como postulados que no necesitan demostración y que son causa de tantas desigualdades.

Aquí también, como afirmábamos con anterioridad a propósito de las ciencias, la ética tiene derecho a criticar cualquier tipo de cultura que no ayude a la humanización del individuo y de la sociedad, sino que dificulte precisamente la consecución de

semejante objetivo. Lo difícil, en estos casos, es tener la libertad y la perspectiva necesaria para alejarse de ese ambiente que nos invade y descubrir desde fuera otras alternativas mejores.

Todo esto indica que la ética normativa, como conjunto de valores, no ha quedado configurada de manera definitiva y para siempre, sino que está sometida también a un proceso evolutivo. Pero este descubrimiento de los valores concretos y su inevitable desarrollo histórico, que en teoría se comprende con facilidad, no deja de provocar también ciertos conflictos sobre los que deseamos reflexionar a continuación.

7. Los conflictos morales

Para evitar un doble peligro

Toda evolución histórica provoca siempre momentos de crisis y vacilación. Cualquier cambio rompe la estabilidad conseguida y supone un desajuste entre lo nuevo y la norma aceptada con anterioridad. Y en un momento de crisis no se tiene siempre a mano la respuesta adecuada a la nueva situación. El Vaticano II no tuvo inconveniente en reconocer esta dificultad: «Las instituciones, las leyes, los modos de pensar y sentir, heredados del pasado, no siempre parecen adaptarse bien al actual estado de cosas» (*Gaudium et Spes*, n. 7).

Esto origina una sensación de inseguridad molesta, que solo el tiempo y la reflexión podrán ir superando con lentitud. Por eso no es fácil conservar el equilibrio entre una doble tentación: o bien mantenerse inmóvil y anclado en la tradición, o bien sentirse atraído de inmediato por la novedad de lo inédito. Ninguna de ambas posturas resulta convincente.

La primera reflejaría la creencia ingenua de que la verdad ha sido ya descubierta por completo, sin otra posibilidad que repetir continuamente lo mismo. La moral sería, entonces, una ciencia estática, anodina, incapaz de responder a los interrogantes que se presentan en cada momento histórico, pues la solución está buscada ya con anterioridad. La fidelidad a unas normas de conducta, que surgieron como consecuencia de la cultura y los conocimientos científicos de aquel momento, llegaría a convertirse en una negativa de progreso. Atenerse siempre únicamente a lo que estaba mandado o permitido impide cualquier avance. Hay fidelidades que no nacen por conservar un valor para defenderlo contra el desgaste del tiempo, sino por la inercia de una costumbre que ya no tiene sentido, o por la obstinación narcisista y cómoda de quien prefiere la rutina, sin atreverse a recrear el pasado.

Pero el peligro contrario es también una realidad. La riqueza histórica y el patrimonio cultural de las generaciones anteriores no se pueden sacrificar en aras de cualquier novedad. Sería un signo también de ingenua inmadurez identificar el cambio necesario para vivir al ritmo de los tiempos, con un pleno y absoluto relativismo, como si los descubrimientos y esfuerzos de nuestros antepasados hubieran sido totalmente falsos y en nada pudieran ayudarnos.

De ahí la lógica tensión entre la autoridad, que busca conservar la unión y la riqueza tradicional, y la nueva fuerza que se despierta por el deseo de encontrar caminos más adecuados.

La oferta de un payaso

Me impresionó un texto de Benedicto XVI, en un libro dedicado a sus alumnos en 1967. Recogiendo una narración parabólica de Kierkegaard, cuando un payaso tuvo que ir a la aldea para avisar de un fuego en el circo, y todo el mundo lo tomó a risa y nadie creyó en su grito de auxilio, comenta: «una imagen del teólogo a quien no se le toma en serio, si viste los atuendos de un payaso de la Edad Media o de cualquier otra época pasada. Ya puede decir lo que quiera: siempre llevará la etiqueta del papel que desempeña. Y, aunque se esfuerce por presentarse con toda seriedad, se sabe de antemano lo que es: un payaso. Se conoce lo que dice, y se sabe también que sus ideas no tienen nada que ver con la realidad. Se le puede escuchar confiado, sin temor al peligro de tener que preocuparse seriamente por algo. Sin duda alguna, en esta imagen puede contemplarse la situación en que se encuentra el pensamiento teológico actual» (*Introducción al cristianismo*, p.22).

La valoración no deja de ser demasiado dura, pero me parece muy objetiva y realista, sobre todo por la autoridad de quien se atrevió a escribirla. Si el cambio y la evolución son necesarios para no caer en una esclerosis lamentable, o para que nuestra oferta no sea la de un payaso –en frase de Ratzinger– del que la gente se ríe y al que no se le da ninguna credibilidad, el mensaje ético de la Iglesia necesita también, como hemos dicho, una cierta renovación. Cuando la única alternativa en la Iglesia fuera repetir exclusivamente y al pie de la letra lo que el magisterio afirma, como hoy se vuelve a decir, no existiría ninguna posibilidad de avance. Antes de que la autoridad oficial apruebe una nueva orientación, esa idea ha tenido que gestarse con anterioridad en otros niveles inferiores.

La historia demuestra cómo tales discrepancias fueron fecundas para el progreso de una doctrina. Baste recordar lo que ya ocurrió en la Iglesia al comienzo y a mediados del siglo anterior, sin analizar ahora otras situaciones parecidas en tiempos anteriores. Los nuevos avances en el campo de la Escritura exigieron mucho trabajo para integrarlos en su doctrina. Lo mismo que la renovación teológica, en la década de los 50, provocó otra serie de condenas y prohibiciones. En ambas reformas, bastantes creyentes pagaron la osadía de abrir nuevos caminos: libros prohibidos, teólogos apartados de sus cátedras o condenados al silencio...

Sin embargo, cuando ahora se leen los numerosos documentos publicados en aquellos años contra las nuevas aportaciones bíblicas y teológicas, es inevitable una sonrisa de benevolencia. Y alegra saber que, precisamente, los teólogos sospechosos y condenados fueron los renovadores del Vaticano II, y hasta la propia Iglesia les reconoció sus méritos y los servicios prestados otorgándoles dignidades eclesiásticas. Gracias al sufrimiento, paciencia y fidelidad de estos cristianos amenazados, la propia Iglesia terminó enriqueciéndose con su trabajo.

El valor de ciertas transgresiones

Y es que no supone ningún descrédito para la autoridad el reconocer que su carisma y función no se centra precisamente en ser agente de cambio, sino en mantener la armonía, cohesión y unidad del grupo para evitar el peligro de la desintegración. Por eso, como la tranquilidad definitiva nunca resulta posible –y sería, además, un signo de que la vida languidece–, es bueno que brote de vez en cuando la protesta, el inconformismo o la contestación que impiden anclarse en una etapa del camino.

Cualquiera que posea un poco de perspectiva histórica, incluso sobre la época más reciente, tendrá que admitir que los cambios han sido con frecuencia fruto de los hechos consumados. Lo que al principio se consideró un gesto de indisciplina o desobediencia, una conducta propia de personas rebeldes e inobservantes, termina por imponerse más tarde como algo normal y confirmado por la misma autoridad. Muchos santos y todos los revolucionarios fueron molestos, sospechosos y criticados por las autoridades competentes, ya que resultaban peligrosos para los esquemas teológicos, culturales o políticos del momento. Con el paso del tiempo y la valoración histórica, solo nos queda ahora la cosecha de aquella siembra que agradecemos; pero dejamos en el olvido el dolor, los conflictos y el esfuerzo que supuso cuando fueron condenados como traidores, iluminados, locos o equivocados.

Por eso, no toda transgresión –es decir, avanzar un poco más de los límites, cuando no está en peligro el depósito de la fe– es algo condenable. Es la inevitable tensión, a la que antes aludíamos, entre la autoridad, que busca la defensa de la tradición, y la nueva fuerza, que busca abrir nuevos caminos. Todos estamos con miedo. Unos, porque el cambio resulte traumático e incontrolado, y lo consideran una traición. Otros, por la apatía y lentitud con que se realiza, y el riesgo de llegar siempre tarde.

Tampoco es necesaria ninguna distinción maniquea entre buenos y malos, ya que en esas situaciones de cambio existen demasiadas nebulosas para distinguir con claridad lo que parece más conveniente. Los responsables se sienten obligados a defender el patrimonio recibido para que la evolución no se convierta en un desastre. Y el remedio más eficaz para evitar cualquier renovación ha sido siempre el desprestigio y la condena de los que vislumbraban mejores horizontes. De esa manera, mientras sean considerados como pecadores o rebeldes, disminuye su posible influjo en el ambiente y se vacuna a los demás contra el peligro de contagio. Cuando la transgresión despierta sentimientos de culpabilidad y arrepentimiento, se confirman la cohesión y el orden establecido; pero, en la medida en que tales sentimientos disminuyen, se facilita su posterior incumplimiento y la ampliación de sus fronteras.

Como, además, muchas transgresiones terminan en el fracaso y resultan estériles, su recuerdo se utiliza como argumento para legitimar la normativa vigente e impedir que otros se dirijan hacia nuevos caminos. Lo que no se dice es que, en otras ocasiones, también resultaron positivas y sirvieron como punto de arranque para los cambios posteriores. Entonces, cuando la autoridad los confirma e incluso los recompensa,

alabando más adelante a los que censuró con anterioridad, los más tranquilos y observantes caminan ya con buena conciencia por senderos que otros abrieron con una desobediencia fecunda y dolorosa.

La ambigüedad de ciertas obediencias

Hay gente buena que no tiene dificultad en someterse a todo lo que está mandado, aunque haya que pagar el precio de una sumisión pasiva. Se acepta con gusto para evitar cualquier problema. Tampoco ha de ser criticada nunca. Tendrá, además, ganado el beneplácito de la autoridad correspondiente. Incluso determinadas psicologías, incapaces de afrontar cualquier tipo de duda o incertidumbre, exigen, más o menos explícitamente, la firmeza del que manda para evitar cualquier angustia o duda interior. Para ellos la paciencia y la tolerancia que hoy a veces se tiene con respecto a los inconformistas no son más que un síntoma de cobardía y de un respeto humano inaceptable. Las normas están hechas para cumplirlas, y ni siquiera resulta válida cualquier interpretación que desvirtúe su eficacia. La crisis eclesial está causada, sobre todo, por la falta de una autoridad que mande e imponga. Lo que algunos desean en la actualidad me recuerda mucho lo que ya se había pedido en otros tiempos anteriores.

Habría que reconocer, incluso, que la ideología más conservadora juega hoy con ventaja. Si utilizáramos un lenguaje político –que aquí ciertamente no resulta el más adecuado–, hoy diríamos que llevan las de ganar, sin representar a la gran mayoría. Son los grupos que gozan de mayor estima en los estamentos eclesiales y reciben las mejores alabanzas. Como ya se ha dicho más de una vez, la minoría que fracasó en el Vaticano II es la que ha llevado adelante su interpretación en el posconcilio.

Benedicto XVI escribía, hace también algunos años, cuando hacía referencia a la actitud del cristiano entre la libertad del testimonio, que le hace luchar contra los fallos de la Iglesia, y la obediencia silenciosa de la aceptación: «Sin embargo la verdadera obediencia no es la obediencia de los aduladores..., que evitan todo choque y ponen su intangible comodidad por encima de todas las cosas... Lo que necesita la Iglesia de hoy (y de todos los tiempos) no son panegiristas de lo ya existente, sino hombres en quienes la humildad y la obediencia no sean menores que la pasión por la verdad; hombres que den testimonio a despecho de todo desconocimiento y ataque; hombres, en una palabra, que amen a la Iglesia más que a la comodidad».

El inconformismo de otros creyentes

Y estos creyentes también existen. Gente que desea buscar nuevos caminos, que tiene una experiencia de Dios, pero que no está del todo satisfecha con algunas ofertas que se presentan al pueblo cristiano. Sería lamentable que su voz quedara apagada por la fuerza, como si no tuvieran nada que aportar en los momentos actuales, aunque puedan resultar también incómodos.

No entro ahora en el análisis de otros problemas. Reconozco también lo que afirma más recientemente un documento romano: «No todas las ideas que circulan en el seno del Pueblo de Dios resultan coherentes con la fe, más aún cuando pueden sufrir fácilmente la influencia de una opinión pública difundida por los actuales medios de comunicación». Pero no todo puede provenir de la mala voluntad o de la rebeldía interior. Cuando un numeroso grupo de creyentes comprometidos con su fe, amantes de la Iglesia, sinceros en sus reflexiones, experimentan serias dificultades en algunos planteamientos éticos, hay que tener una cierta sensibilidad para repensar de nuevo lo que transmiten, cuando no están en juego verdades fundamentales.

Todos están de acuerdo en que la sociología no tiene fuerza normativa alguna, pues constata simplemente la realidad, al margen de los valores que encierre. Ni tampoco el bien pierde su carácter universal y obligatorio porque la mayoría de las personas no quieran vivirlo. Sin embargo, ayuda a revelar la existencia de otras convicciones y motivos más ocultos, que explican los cambios de conducta acaecidos o los que podría realizarse en un futuro cercano. Por ello, me parece espléndida la idea de un Sínodo para recoger la opinión de toda la Iglesia sobre los temas que afectan a la familia, y reflexionar después sobre los datos recibidos.

No se trata de una lucha para ver quién vence. La autoridad de la Iglesia tiene siempre una prevalencia. La rebeldía y el inconformismo tienen sus raíces oscuras, que tampoco interesa muchas veces destapar. También hay que defender la verdad transmitida a lo largo de las generaciones, para que ninguna novedad falsa la ponga en peligro.

Las decisiones de conciencia

Pero es posible también que, después de un esfuerzo sincero y de la mejor buena voluntad, haya cristianos que no logran comprender alguna exigencia concreta, como reconoce la Conferencia Episcopal Alemana: «Cabe la posibilidad de que algunos cristianos, a pesar de su esfuerzo sincero por aceptar determinadas afirmaciones del magisterio, tengan dificultades serias para despejar sus dudas» (*Catecismo Católico para adultos II*, BAC, Madrid 1998, 96.) La Iglesia no ha estado siempre libre de errores, que se han corregido con el tiempo, aunque sería una lamentable equivocación deducir de ahí que se engaña de ordinario en sus manifestaciones. Como los mismos obispos alemanes afirman a continuación, quien disiente tendrá que pensar ante Dios y ante su propia conciencia si está capacitado para tomar una decisión tan importante.

Hoy existe también mucha desafección y agresividad contra las enseñanzas de la Iglesia. Nadie podrá comprender a una persona o a una institución si no experimenta hacia ellas un sentimiento de afecto. El cariño auténtico es lo único que posibilita la cercanía y comprensión, pero tampoco ciega para ver las sombras y limitaciones. Por eso, mientras el disenso no brote de un amor y un compromiso profundos, no será digno de crédito. Me parece que este es el criterio más fundamental para distinguir quién se siente movido por el Espíritu y quién está inspirado por otras palomas peligrosas que, a veces, se confunden con él. Como diría san Pablo cuando nos habla del discernimiento, es la autenticidad de la praxis la que determina quién dinamiza por dentro.

Quien vea en estas líneas un elogio incondicionado de la desobediencia y la rebeldía, es porque añade algo más a lo que está dicho. Nadie busca la protesta ni el rechazo frente a las enseñanzas de la Iglesia, como si la verdad fuera patrimonio de los insumisos. Pero también la autoridad se equivoca; y el súbdito, cuando expone, demanda, critica y se rebela, no está siempre impulsado por el mal espíritu. Sin obediencia no hay humanismo, orden y tranquilidad; pero sin transgresión tampoco existirá avance. Lo difícil en esos momentos es discernir quién se acerca más a la verdad, quién la busca con mayor ahínco, dispuesto a jugarse todo por defenderla. Son circunstancias que todavía requieren un tiempo de clarificación, durante el cual el conflicto se hace inevitable, pero enriquecedor para todos.

Si el silencio, la sumisión y la paciencia siguen siendo valores importantes para el cristiano, tampoco se le puede condenar en todos los casos, cuando se hace molesto y conflictivo. Por eso, me daría pena también que de nuestra comunidad eclesial desaparecieran los creyentes y teólogos incómodos que nos impulsan a caminar hacia adelante.

El valor abstracto y su aplicación concreta

Existe, en segundo lugar, un nuevo conflicto cuando se trata de aplicar en la realidad algunos valores éticos. Lo que en teoría se presenta como un principio válido y aceptado, hay situaciones en la práctica en las que no resulta aplicable. Existe, pues, un desajuste, imposible de evitar siempre, entre el valor ético en abstracto y su aplicación a una conducta concreta y determinada.

Por su capacidad racional, el ser humano descubre, apoyándose en los valores más universales, que la verdad, el respeto a la vida o la justicia, por ejemplo, son exigencias necesarias en el mundo de las relaciones personales. De ahí se deduce otra serie de principios más determinados –no mentir, no cometer un crimen, pagar a cada uno lo que se merece, etc.– Finalmente, habrá que ver si, en esta concreta situación, hay que realizar esos valores o si es preferible no tenerlos en cuenta, para evitar otros males peores. Esta última decisión constituye la moralidad concreta de una conducta.

Es verdad que existen algunas acciones que se denominaban intrínsecamente pecaminosas y que se daban cuando la prohibición contenida en una norma concreta aparecía con una validez tan universal y absoluta que no cabía otra posibilidad que aplicarla en la práctica, sin ningún tipo de excusa o posibilidad de excepción. El no cumplir con semejante exigencia, a no ser por falta de libertad o conocimiento, sería siempre algo ilícito y condenable. Un crimen no estará jamás justificado.

Pero la misma moral tradicional permitía arrojarse desde un rascacielos, aun sabiendo que la muerte era inevitable, para no perder la virginidad o evitar una violación. Se podía provocar el naufragio o incendiar la nave para no caer en manos del enemigo, cuando así lo exigiera el bien público. Era lícito matar al agresor ebrio o loco, incluso al pequeño inocente que pudiera utilizar como defensa, «porque la injusta agresión redundaba sobre el niño». Reafirmar que no se sabe un secreto, aunque se pregunte si se hace alguna restricción mental, no se consideraba una mentira. Y, como criterio general, se afirmaba que, en caso de perplejidad, cada cual debía elegir el mal que le pareciera menor.

En todas estas situaciones habría que decir que lo que normalmente parece pecaminoso dejaría de serlo en algunas circunstancias; o –con mayor precisión todavía– que no se debe valorar como tal una acción mientras no se considere cómo se realiza en concreto. Lanzarse al vacío, matar a una persona inocente o dar una información contraria a la verdad no siempre constituyen un suicidio, un asesinato o una mentira. Un mismo gesto encierra una valoración diferente, según las condiciones y circunstancias en que se realice.

El sentido reductor de ciertos principios tradicionales

Muchos de nuestros principios tradicionales tenían precisamente este carácter reductor de otras normas más universales. La distinción entre cooperación material y formal permitía colaborar en una acción pecaminosa que no debería realizarse cuando, por serias razones, no fuese posible una completa ruptura. El adjetivo *material* indicaba que no era una colaboración querida ni pretendida, aunque hubiera de prestarse una cierta ayuda, pero sin ningún consentimiento interior. La misma virtud de la epiqueya y de la prudencia buscaba una aplicación diferente o matizada de la norma, siempre que las circunstancias dificultasen por algún motivo serio su fiel cumplimiento. No era una simple excusa sutil y farisaica para escapar de la ley, sino una verdadera virtud que aplica rectamente la ley necesitada de una ulterior interpretación.

Hasta el conocido principio del *doble efecto*, tan utilizado en la tradición, pretendía discernir cuándo puede tolerarse un efecto malo que se encuentra estrechamente vinculado con otro fin bueno que se pretende. La entidad del acto humano, en efecto, es tan compleja que no siempre es posible separar el uno del otro.

Lo único que me interesa, por el momento, es indicar cómo muchas de las obligaciones que aparecen como más absolutas –no matar, no mentir, no hacer el mal, etc.– quedaban después reducidas en su aplicación práctica. Existía, en el fondo, como una intuición de que no se puede cumplir siempre con todos los valores en cualquier hipótesis o circunstancia, y se intentaba de esta forma armonizar, por una parte, la validez de la norma y, por otra, permitir ciertas acciones que aparentemente irían contra ella.

El único problema de esta formulación radica justamente en descubrir cuál es el valor superior, que hemos de buscar por encima de todo. Dicho de otra manera, se trata de ver si existe una razón justa y proporcionada que permita y compense la realidad de determinados efectos negativos que no son los que se intentan y los que se quieren.

Sin caer en una ética utilitarista o subjetiva

Nada de lo dicho hasta ahora va en contra de las enseñanzas de la Iglesia, aunque haya otras posturas que parten de presupuestos diferentes. Con este planteamiento no se cae en una moral de la pura eficacia, en la que el valor concreto de un comportamiento quedara determinado por la dimensión utilitaria del mismo. Lo que se ha querido es insistir en que la bondad o malicia de una acción dependen también del fin y de las circunstancias, cuya influencia era demasiado pequeña en los manuales de moral.

Tampoco hay que admitir, en segundo lugar, las ventajas y beneficios inmediatos de una acción sin tener en cuenta las consecuencias que, a la larga y en conjunto, podrían derivarse de ella. El hipotético caso del policía que, para evitar la muerte de numerosos negros en un tumulto racial, acusa y ejecuta a un inocente, ha sido objeto de amplias discusiones en la ética pragmática americana. Un utilitarismo miope dirá que más vale la muerte de uno, aunque sea inocente, que poner en peligro la vida de muchos. La conclusión parece coherente, si nos atenemos únicamente a los beneficios inmediatos y marginamos las consecuencias que en un futuro nacerían de este presupuesto.

Como la Iglesia recuerda, hay que aceptar la existencia de actos que por sí y en sí mismos, independientemente de las circunstancias, son siempre gravemente ilícitos por razón de su objeto. Y que nunca se podrían justificar con ningún motivo, por muy bueno que apareciese. No creo que nadie se atreva a decir, por citar algunos ejemplos, que renegar de Dios, odiar a las personas o desearles un mal, violentar su intimidad por medio de la tortura, la trata de blancas, o la perversión de menores, podrían justificarse en algunas situaciones. La primacía de Dios como valor supremo y absoluto, por encima de cualquier otro, la imposibilidad de conseguir algún bien con el odio, o pisotear la dignidad y el respeto de la persona, configuran de tal manera estas acciones que las hacen completamente injustificables en cualquier circunstancia.

La aceptación del compromiso no nace, pues, de la ley del menor esfuerzo o de un deseo de satisfacer los gustos personales; ni siquiera constituye una defensa del minimalismo ético. La posibilidad de conseguir el mayor bien es el único motivo que justifica la existencia de otros males. Por ello debería mantenerse con un sentido de provisionalidad, dispuestos a cualquier cambio, cuando se constatará que, mediante otra opción diferente, la pérdida del bien resultaría mucho menor.

Armonía entre las dimensiones subjetiva y objetiva de la moral

La decisión personal adquiere un relieve extraordinario. Solo la propia conciencia tiene la última y definitiva palabra para la moralidad de nuestras acciones, pero sin olvidar tampoco la validez y obligatoriedad de los valores éticos. Para el *legalista*, la ley conserva siempre la primacía absoluta, como el camino más seguro para no equivocarse. El *antinomista*, por el contrario, anula su validez para seguir los dictámenes de su decisión personal. La persona madura acepta, por una parte, la obligatoriedad de las exigencias legales, pero sabe también subordinarlas a las exigencias más altas de su conciencia cuando se enfrenta con otros valores más importantes, con tal de que tales acciones no se consideren intrínsecamente pecaminosas, como ya hemos dicho.

Cuando la gente pregunta acerca de la solución de un problema ético, no lo hace de ordinario para recabar datos, reflexionar y enfrentarse después al riesgo de la decisión. Lo que busca y pretende es que se le dé una respuesta concreta para no cargar con el peso de su responsabilidad, que deja en manos del otro. No sé hasta qué punto con esta pedagogía ayudamos al crecimiento humano y a la madurez cristiana.

Esta visión personalista de la conciencia integra armoniosamente la dialéctica entre la doble dimensión objetiva y subjetiva de la moral, sin caer en los extremismos de una moral legalista o de una ética subjetiva. Una pedagogía de la moral debería consistir en despertar conciencias libres y responsables para dejarse seducir por la llamada del bien.

8. En qué radica la moral cristiana

El grave riesgo del fariseísmo

Lo que hemos dicho hasta ahora tiene validez para cualquier persona, al margen de sus creencias religiosas. Hemos de trabajar para realizarnos como personas en el ámbito personal y comunitario. Pero, desde el punto de vista religioso, semejante empeño encierra un serio peligro. El cristianismo es una religión en la que Dios toma la iniciativa de ofrecernos su amistad. Es verdad, como dice santo Tomás, que se requiere la cooperación humana para aceptar ese regalo; pero esta aceptación, como él mismo añade, no es causa de la gracia que se nos otorga, sino consecuencia y efecto de ella. «De donde se deduce que todo es gracia» (*Suma Teológica* II-II)

Ahora bien, cuando todo el esfuerzo humano se pone en llevar una vida perfecta que nos oriente cada vez más hacia la perfección, es muy fácil que la persona creyente se vuelva impermeable a la salvación, y la moral se convierta en un obstáculo para la gracia. No se trata de una afirmación retórica o exagerada. Si existe algo claro en toda la revelación –y con mayor fuerza en el evangelio–, es que la única condición para ser depositarios de la gracia es tomar conciencia de nuestra menesterosidad e impotencia. En el momento en que brota la conciencia de que con nuestro esfuerzo y buena voluntad superamos las incoherencias y debilidades, nos hacemos impermeables por completo a la experiencia de la gratuidad. Desde el fondo del corazón brota de forma imperceptible aquella oración farisaica que imposibilita la justificación auténtica y verdadera: «Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres» (Lc 18,11).

El peligro de esta actitud farisaica no nace directamente de la religión, sino que hunde sus raíces en nuestras experiencias infantiles más primitivas. Desde pequeños nos han enseñado de manera constante que el amor y el cariño lo tenemos que merecer con nuestra buena conducta. De la misma manera que otras múltiples vivencias nos hicieron descubrir que la transgresión y el mal comportamiento provocan el rechazo, la condena y el remordimiento interior. Estamos, por tanto, acostumbrados a recibir el premio del amor como fruto del buen comportamiento. La recompensa se merece con el esfuerzo y los méritos acumulados. De la misma manera que el malo pierde todo derecho a sentirse querido.

Es muy fácil que estas vivencias, en las que nos han educado y que integramos en nuestro psiquismo con toda naturalidad, se hagan presentes también en nuestras relaciones con Dios. Cuando por la obediencia a la ley y con el esfuerzo de las buenas obras se cree merecer el beneplácito de Dios y su amistad o cuando, por el contrario, se considera imposible, por la mala conducta, que Él nos ame sin mérito alguno de nuestra

parte, brota de inmediato el fariseísmo.

Las denuncias de Jesús contra los fariseos

Aunque no sepamos muy bien quiénes eran estos personajes, algo muy claro se deduce de los evangelios: estaban convencidos de que su obediencia y docilidad a todas las normas de la ley y el exacto cumplimiento de todos los preceptos atraían la cercanía y salvación de Dios, de la que no podían gozar los publicanos y gente de mal vivir. El cariño de Dios quedaba condicionado por la buena conducta humana para merecer el premio, o el castigo, si se daba alguna transgresión. Su amistad, en cualquier caso, nunca será un regalo gratuito, sino una conquista que se merece.

El ejemplo y las palabras de Jesús constituyeron un verdadero escándalo, porque él vino precisamente a romper estos esquemas éticos y teológicos de la cultura religiosa del judaísmo. Contra estos doctores de la ley van dirigidas las críticas más fuertes del Evangelio. Es comprensible, por tanto, que se sintieran desconcertados y condenaran como demonio y embaucador a una persona que se apartaba por completo de su espiritualidad y actuaba con otros criterios muy diferentes. Se acercaba a todos los pecadores para ofrecerles su perdón y amistad sin ningún requisito previo; comía y se dejaba tocar por ellos, hasta el punto de que el cariño de Dios no aparece nunca como premio a la virtud. A los únicos que margina y abandona es precisamente a los fariseos, no porque se niegue a su encuentro, sino porque el mismo fariseo se cierra e incapacita a este don desde el momento en que lo considera como un merecimiento y no como una gracia.

La doctrina de Jesús está en plena coherencia con su práctica. La parábola del publicano y del fariseo (Lc 18,9-14), la del hijo pródigo (Lc 15,11-32), la de los jornaleros enviados a la viña (Mt 20,1-16) –por citar solo los textos más conocidos y simbólicos– denuncian siempre la misma actitud de fondo. Nos sigue pareciendo incomprensible que el bueno no alcance la justificación; nos indigna el que se celebre una fiesta por el hijo que ha dilapidado su fortuna con malas mujeres y que, sin embargo, no haya habido ningún premio para el que siempre permaneció en casa, dócil y obediente; y todavía consideramos como una injusticia que nos rebela el hecho de que se pague con el mismo salario a quienes han trabajado tan solo una hora y a los que han cargado con el peso del día y el bochorno. Y es que en este campo las ecuaciones humanas no tienen nada que ver con las matemáticas de Dios.

En este contexto hay que entender las denuncias de Jesús contra el poder, la riqueza y los valores humanos. Su ambigüedad no reside en la simple utilización, sino en el inminente peligro de que su empleo y posesión nos lleve a poner nuestra confianza en ellos, olvidando que su valor únicamente depende de la gracia.

Al margen de todo perfeccionismo

La moral corre, pues, el peligro de ofrecer, como ideal de perfección, un esteticismo virtuoso que deseamos alcanzar con un gasto enorme de energías. La meta se pone en superar cualquier deficiencia que impida ese objetivo, para sentirnos en el fondo satisfechos de cumplir con tal obligación, pero sin tener en cuenta que lo que vale es la plenitud de una entrega amorosa, a pesar y por encima de las propias limitaciones. Y es que, a fuerza de ser buenos y de tener tantas virtudes, nace el riesgo de caer insensiblemente en un narcisismo farisaico.

Que la salvación se haya realizado por el pleno fracaso de Cristo será siempre un misterio incomprensible; pero cabría un intento de explicación humana por este camino. El Padre no es un sádico que se goce en el sufrimiento o desamparo de su Hijo, ni pretende reparar la ofensa del ser humano con la sangre y el dolor de una víctima inocente, sino que ha querido simbolizar de forma impresionante y llamativa esta misma enseñanza: la salvación se realiza en el más absoluto de los fracasos. Es la confesión más solemne de que no es el poder humano, del tipo que sea, el que salva y justifica, sino la gratuidad asombrosa de su amor.

Por eso, no me parece acertada esa pedagogía en la que se ha educado con tanta frecuencia. Ya vimos los peligros que provoca un yo ideal hacia el que se orientan todos los esfuerzos por conseguir el aprecio de quienes nos rodean, marginando aquellos otros aspectos que no interesa conocer. En el ámbito religioso, ese objetivo se traducía en la búsqueda de la más alta perfección. El «sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48) obligaba a una tensión constante para superar cualquier tipo de incoherencia o debilidad, pero sin tener en cuenta que lo que vale es la plenitud de una entrega amorosa, a pesar y por encima de las propias limitaciones.

Desde esta perspectiva, no creo exagerado afirmar que uno comienza a ser cristiano a partir del momento en que abandona las ganas de ser perfecto. Es decir, cuando el interés principal no queda absorbido por conseguir una imagen estética que despierte el narcisismo y fomente una cierta satisfacción interior. Convertirse no es hacer un balance de cuentas para ver si están con números rojos o si existe un amplio superávit, sino jugarse la vida por Aquel que nos amó primero y comprometerse en la realización de su Reino. Una entrega radical que irá configurando nuestra conducta, sin la obsesión por tanto perfeccionismo.

La fuerza de la debilidad

Dicho de otra manera, el radicalismo evangélico no exige estar en el cuadro de honor o sacar buena nota en conducta, como los niños en el colegio. Es la vida que se entrega con generosidad, como la de Cristo, en un gesto de cariño y servicio, pero sabiendo que desde la propia debilidad es posible un amor muy profundo y auténtico. Aquí no existe ningún narcisismo latente ni deseo farisaico alguno de pertenecer a una aristocracia espiritual de la que no todos participan. Es Dios lo que interesa por encima de todo, aunque la respuesta sea un tanto parcial, por las dificultades que aún no están solucionadas.

La experiencia de la que nos habla san Pablo (2 Cor 12,7-10) nos recuerda la verdad bíblica por excelencia: la fuerza y la gracia de Dios ponen su tienda en la debilidad. El deseo del apóstol por quitarse de encima lo que considera un obstáculo para el encuentro con Dios es la reacción humana frente a aquello que duele, molesta o humilla. Su petición insistente para que lo libere de ese aguijón, que él considera como un emisario de Satanás, no encuentra la respuesta deseada. En cambio, va a comprender en su oración una verdad que tampoco había asimilado: la fuerza de Dios pone su tienda en la debilidad e impotencia del ser humano. Su reacción, entonces, se hace consecuente: «Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo» (12,9). Alegrarse de la propia incapacidad y limitaciones es la única forma de sentirse potente. El Espíritu nos da una visión muy distinta, que nos libera del apego a la misma perfección.

Tal vez el mayor regalo de su amor podría ser esa dolorosa herida que nunca cicatriza, a pesar de todos los intentos y remedios empleados, pero que nos hace caminar por la vida sin ninguna autosuficiencia, cargados con el peso molesto de una cruz que revela el propio fracaso e incapacidad, pero convertida en un canto de alabanza: en esa realidad tan limitada se hace presente la fuerza de Dios. Cuando no se tiene otra cosa que ofrecer, un sollozo de impotencia es el gesto de amor más auténtico y profundo. En el itinerario hacia Él se experimenta, entonces, la bienaventuranza evangélica: han de sentirse muy pobres los que busquen ponerse a su servicio.

Del perfeccionismo a la misericordia

Y es que la misma forma de entender la perfección ha estado más cercana al pensamiento griego o al de una mentalidad esteticista que a las enseñanzas de la revelación. Perfecto es «aquel ser al que nada le falta en su género». El objetivo se ponía en alcanzar una conducta en la que no hubiera fallos y desajustes para cumplir con todas las tareas, obligaciones y exigencias que la moral o la espiritualidad ordenaban. La observancia completa de la ley y las buenas obras eran el mejor signo de haber conseguido la meta. El «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48) era una traducción que obligaba a mucho, ya que nadie quedaba satisfecho de haber respondido a semejante invitación.

La idea bíblica, sin embargo, es algo distinta y mucho más profunda. Es verdad que san Mateo utiliza el adjetivo «perfecto», que es aplicado a Dios en la Biblia únicamente por este autor y en una sola ocasión (5,48). Los exegetas, sin embargo, están de acuerdo en que es san Lucas quien expresa mejor el ideal evangélico cuando anima, no a la perfección, sino a ser «compasivos como vuestro Padre es compasivo» (6,36). Si, en lugar de habernos educado para la perfección, se hubiera insistido en la compasión y misericordia, la vida cristiana se habría vivido con otro talante diferente y más evangélico.

La ética cristiana, por tanto, exige un despliegue hacia lo sobrenatural, debe penetrar en una atmósfera religiosa, quedar transformada por una energía superior que descentre al individuo de su preocupación ética, como objetivo primario, y lo desligue de su afán perfeccionista. Todo lo cual no significa, sin embargo, que nuestra moral necesite una fundamentación exclusivamente religiosa, o que la justificación de una conducta solo pueda encontrarse en la palabra de Dios.

Dimensiones humana y religiosa de la moral

Según la opinión más generalizada en la actualidad, los contenidos éticos que aparecen en la Biblia no son revelados por Dios de una manera directa. Lo que Yahvé manda y quiere en el campo de la conducta es, fundamentalmente, lo que el mismo ser humano descubre que debe realizar a lo largo del tiempo. Así se explican mucho mejor los cambios evolutivos y hasta los juicios morales contradictorios que con frecuencia aparecen en la revelación del Antiguo Testamento.

Si la moral revelada cambia y evoluciona al ritmo de la historia, es porque la inteligencia humana no ha conocido con plenitud los verdaderos valores desde el comienzo, y sus juicios encierran necesariamente una serie de lagunas e imperfecciones que son consecuencia de su limitación. La forma de manifestar nuestra obediencia no consiste en someternos a unos mandamientos directamente revelados por Él, sino en la docilidad a las exigencias e imperativos de la razón, pues ha pretendido conducirnos por medio de esta llamada interna y personal.

Es más, cuando Jesús aparece en el evangelio como el modelo por excelencia, no es para que copiemos su conducta, ni siquiera para que hagamos nuestras unas pautas de comportamiento concretas y particularizadas. Sería una ingenuidad asombrosa acercarse a su vida para reproducir unos gestos o para extraer de sus palabras, mediante la utilización de unas cuantas citas, orientaciones válidas para solucionar nuestros problemas éticos y saber cómo actuar. Y ello por dos razones fundamentales, pues Jesús no ha venido para enseñarnos ningún código completo de moral, ni sus enseñanzas podrían ser aplicadas a nuestra situación sin una previa hermenéutica.

Lo que Cristo vino a revelar, sobre todo, fue un estilo de vida radicalizado en el amor, como el núcleo básico y fundamental de cualquier comportamiento para manifestarse como discípulo suyo (Jn 15,12-13). Jesús ha sido el hombre para los demás, el que ha sabido hacer de su existencia un don y una ofrenda permanente a Dios y a los hermanos. Seguir a Jesús no es tampoco andar preocupados por la propia perfección, sino caminar tras sus huellas, intentando hacer también de la propia vida una ofrenda para ponerla al servicio de Dios y de los demás.

Así se comprende mucho mejor cómo las dimensiones humana y religiosa de la moral no son dos fuerzas incompatibles y enemigas que intentan apoderarse de ella para convertirla, como si se tratara de una victoria, en una ciencia secular o profana. No hay que elegir una para dejar en el olvido la otra. Son, más bien, dos aspectos complementarios de una misma realidad. Es humana en cuanto que existe la capacidad de descubrirla con la razón, de hacerla comprensible a otras personas, de justificarla con motivos que revelan su carácter humanizante. Y se hace religiosa cuando se vive como respuesta a un Alguien que está más allá del valor; cuando lo que impulsa a su cumplimiento es el amor a una persona cuya voz resuena escondida en cualquier exigencia ética.

La razón y la fe en el descubrimiento de la moral

No creo, pues, como algunos defienden, que las personas sin fe estén incapacitadas para comprender los más altos valores humanos. Hasta el perdón de los enemigos, que se propone como lo más característico de la revelación, estaba presente en otras religiones y códigos antiguos. Cito tan solo, como ejemplo, el siguiente texto, anterior en muchos siglos al cristianismo (entre 1600-1200 a.C.), en el que el padre exhorta a su hijo con un talante que nos recuerda mucho al sermón de la montaña: «No hagas mal a tu adversario; recompensa con bienes al que te hace mal; procura que se haga justicia a tu enemigo; sonríe a tu adversario... muéstrate amable con el débil; no insultes al oprimido; no lo desprecies con aire autoritario... Da pan de comer, cerveza de beber; honra al que te pide limosna, vístelo, su dios se alegra de esto..., lo recompensa con bienes. Ayuda, haz el bien».

Decir, por tanto, que los valores de la moral cristiana son también razonables y que, en teoría, no deberían ser distintos de los que profesa cualquier persona honrada, parece una postura sensata y no va tampoco contra los datos de la misma tradición eclesial. Entre la crítica despiadada que rechaza la aportación positiva de la fe, como una rémora y obstáculo para el descubrimiento del bien, y el triunfalismo ingenuo de quien afirma que solo con ella se hace posible encontrar la verdad ética, una postura intermedia me parece más realista y respetuosa. Todos estamos capacitados para descubrir la llamada del valor, al margen de la iluminación religiosa, y todos hemos cometido errores y equivocaciones en la conquista de este difícil objetivo.

Esta opinión, sin embargo, no rechaza los múltiples influjos positivos y benéficos de la fe, que repercuten en la praxis del ser cristiano y que determinan de alguna manera su comportamiento. Si vivimos como creyentes y como cristianos, la revelación y Jesús pertenecen a la esencia más íntima de nuestra existencia. ¿Qué función tienen, entonces, en el ámbito de la moral cristiana?

Las ayudas de la fe

Todos tenemos la experiencia de que, aunque sabemos cómo se debe actuar, muchas veces no somos capaces de llegar a realizarlo. Lo que falta, en esas ocasiones no es la simple iluminación del conocimiento, sino una razón definitiva y convincente para actuar. En último término, es el difícil problema de la decisión que impide vivir en coherencia con lo que se piensa y se quiere. Hay que tener un motivo determinante muy fuerte para dejarse conducir por el bien, sin desviarse por lo que nos solicita como más inmediato y agradable.

Cuando la fe resuena con fuerza en el interior del corazón, se crea un mundo de motivaciones que estimula a una coherencia en la vida. Porque cree en Dios y se siente llamado a su amistad, porque busca el seguimiento de Cristo, porque su persona constituye el amor más absoluto de la existencia, el cristiano posee una motivación extraordinaria que no tendría, a lo mejor, si buscara solamente la honradez y honestidad de una conducta.

En segundo lugar, el creyente descubre en el mensaje revelado no solo el impulso dinámico de la motivación, sino la luz que a veces confirma de manera explícita sus propias conclusiones y las corrige de sus adherencias negativas. El discípulo de Jesús no necesita pensar demasiado para devolver bien por mal: el ejemplo de su Maestro le estimula y le confirma en la verdad del camino emprendido.

Las normas fundamentales de la ética, para quienes nacieron en una familia cristiana, se transmitieron en la educación dentro de un clima religioso, aunque después se haya buscado una explicación racional. El aprecio por las virtudes pasivas, como la humildad, la esperanza, la paciencia, el servicio o la sumisión no escapa a una visión humanizante de la vida, como si fuera algo exclusivo del creyente; pero no es menos cierto que ese influjo sobrenatural puede ser fermento de un humanismo más auténtico y profundo. Cuando la fe nos abre a un horizonte desconocido e inabordable, que la inteligencia humana nunca habría podido descubrir ni sospechar, aparecen nuevos criterios de preferencia que no existen de ordinario en los esquemas racionales.

Dimensión trascendente y compromiso humano

La palabra de Dios nos abre, como último aspecto que deseo apuntar, a una dimensión escatológica. No se trata de un engaño infantil o de un sueño de omnipotencia, aunque estos mecanismos puedan también actuar. Para el cristiano no termina todo con la muerte, ya que la revelación es muy clara y explícita en este punto: hay un más allá, definitivo y eterno, hacia el que caminamos a lo largo de nuestra existencia. Lo cual significa que la vida solo adquiere un sentido pleno e íntegro cuando se enfoca con esta visión trascendente, sin que ella elimine el compromiso y la entrega a las tareas de este mundo. Negar este dato supone destruir en un aspecto básico el conjunto de la revelación.

El Dios que acogió el fracaso y la muerte de Jesús para resucitarlo del sepulcro nos enseña ya que la cruz no es su palabra definitiva. Desde que el Padre acogió al primer crucificado, su corazón quedó abierto también a todos los crucificados del mundo. Con ello no promete una simple felicidad humana, como si el cristiano estuviera libre de todas las calamidades que amenazan al ser humano. Como cualquier otra persona, sentirá en múltiples ocasiones las angustias del vivir; pero con su fe vislumbra un sentido que, a lo mejor, no capta de inmediato, como el grito desgarrador de Cristo en el calvario, pero que está garantizado por el hecho de la resurrección.

Es más, Dios se identifica de tal manera con la persona, sobre todo con la más pobre y necesitada, que cualquier atentado contra ella se convierte en una negativa a su amistad. Nuestra actitud ante el hermano va a revelar mejor que cualquier otra práctica, por muy religiosa que sea, nuestra sinceridad ante Dios, pues «quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4,20).

Vivir como cristiano supone, pues, una vida auténticamente humana; y una vida auténticamente humana debe estar ya muy cercana a Dios. Si la fe no cambia los valores éticos, sí produce un nuevo estilo de vivirlos en un clima de libertad y relaciones familiares con Dios. Este aire de familia crea una connaturalidad en el conocimiento del bien, que lleva incluso a la superación de cualquier ley para vivir en un clima de libertad.

9. La maldición de la ley

El rescate de una maldición

El título de este capítulo podría interpretarse como una defensa de algún tipo de anarquismo que busca la eliminación de todo control. O como una condena de toda normativa, cuando cualquier persona sensata reconoce su valor para el crecimiento y maduración de todo individuo y para marcar los límites que posibiliten la convivencia social y el respeto mutuo. Incluso, desde una perspectiva religiosa, para los judíos era la memoria y el recuerdo constante de aquella alianza que Yahvé quiso sellar con su pueblo elegido. Por eso, cuando en el destierro se encontraban sin Templo, la conservaban como signo inequívoco de su destino histórico. Era una evocación permanente de todas las maravillas que Dios había realizado con ellos.

Es lógico, por tanto, que la ley no despertara ninguna agresividad o rebeldía, sino que se convirtiera en una realidad sagrada, digna de veneración y agradecimiento. Tenía un carácter sacramental, como símbolo de la presencia y cercanía de Yahvé, que nunca abandonaría a los que así había amado. Era una evocación permanente de todas las maravillas que Dios había realizado con ellos. La doctrina del judaísmo rabínico quedaría expresada, con toda su fuerza y estima, en aquella frase del sermón de la montaña: «mientras duren el cielo y la tierra, no dejará de estar vigente ni una i ni una tilde de la ley, sin que todo se cumpla» (Mt 5,8)

Sin embargo, el evangelio de la libertad, que san Pablo nunca dejó de proclamar, provocó un verdadero escándalo entre los judíos piadosos que leían sus cartas. Su doctrina resultaba por completo inaceptable. La ley, que tanta importancia había tenido a lo largo de toda la historia, quedaba completamente marginada, como si hubiera perdido todo su valor.

Convertirse al cristianismo suponía renegar de una tradición sagrada en la que el judío había sido educado. Las diversas sectas rivalizaban en su adhesión más incondicional a la ley y no podían comprender que un verdadero israelita se atreviera a defender una doctrina tan contraria a esta observancia religiosa. La reacción del pueblo, frente a un movimiento que rompía su propia identidad histórica, resulta bastante comprensible. Desde entonces, la misma literatura rabínica no hace ninguna mención de Pablo, a quien considera un auténtico hereje y cismático, pues su pensamiento chocaba de frente contra uno de los puntos básicos en la teología de aquel tiempo.

El radicalismo de una condena

Su postura, sin embargo, hay que considerarla como intransigente. Se trataba de un punto donde no cabían concesiones de ningún tipo, ni benévolas tolerancias, si quería defender lo más específico de la experiencia cristiana. El cariño y la comprensión no debían disimular en lo más mínimo un aspecto tan importante de la fe. El episodio de Antioquía revela esa actitud inquebrantable frente a la conducta más ambigua del mismo Pedro, que no tuvo el valor suficiente para enfrentarse a los partidarios de la circuncisión. No podía tolerar que algunos falsos hermanos, como intrusos, quisieran privar de esa libertad a los cristianos para esclavizarlos de nuevo con el yugo de la ley: «ni por un instante cedimos, sometiéndonos, a fin de salvaguardar para vosotros la verdad del Evangelio» (Gal 2,5). Es esta una doctrina que siempre mantendrá con una coherencia absoluta.

Que la doctrina paulina sobre la libertad de la ley fue captada con todo su radicalismo se deduce de los intentos que, desde el comienzo, se dieron para suavizar su pensamiento. No solo hubo copistas bien intencionados que, por su cuenta y riesgo, quisieron limar las afirmaciones que juzgaron exageradas, sino que, hasta en épocas recientes, se han ofrecido interpretaciones que desvirtúan su auténtica originalidad y fuerza. Si sus afirmaciones admitieran una interpretación reductora y suavizada, no habrían sido motivo de escándalo ni provocado tanta crítica y discusión.

Cuando recuerda a los cristianos que «ya no estáis en régimen de ley» (Rom 6,14) o que «os hicieron morir a la ley» (Rom 7,4) no se refiere exclusivamente a la ley judía ya caducada. La ley era para él el símbolo de toda normativa ética impuesta desde fuera a la persona. El que vive en función de ella no ha penetrado todavía en la esfera de la fe ni se encuentra vivificado por la presencia del Espíritu. Su vida se mantiene todavía en una situación infantil, ya que «la ley fue nuestra niñera, hasta que llegase Cristo» (Gal 3,23). Por eso, el que permanece protegido por ella no será nunca un verdadero hijo de Dios, «porque hijos de Dios son todos y solo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios» (Rom 8,14).

Tal vez la traducción más exacta de su pensamiento, para comprender el choque que supuso contra la mentalidad de su época, sería afirmar hoy que el cristiano es una persona rescatada por Cristo de la esclavitud de la moral, un ser que vive sin la maldición de esta ley. Ya sé que su doctrina puede resultarnos aún demasiado desconcertante y prestarse a múltiples equívocos y falsas interpretaciones. De hecho, el mismo san Pablo tuvo que luchar y corregir ciertas conclusiones equivocadas que algunos pretendieron deducir de esta enseñanza. La esencia de su pensamiento nos hará comprender cómo su enseñanza continúa siendo aplicable a nuestra situación actual.

Sentido de la libertad otorgada por Cristo

Sabemos que en la antigüedad existían grandes mercados de esclavos universalmente conocidos por el prestigio de su organización. Allí estaban los vendedores para ofrecer su mercancía, y los que necesitaban de esclavos para ponerlos a su servicio, intentando cada uno obtener las mejores condiciones. Con la compra quedaban en propiedad exclusiva de quien sería en adelante su único dueño y señor. Sin embargo, no eran raros los casos de liberación por filantropía y recompensa. Al que había sido comprado se le entregaba después el título de hombre libre, que le situaba para el futuro en un nivel social diferente. Ya nunca más sería un esclavo, sino que gozaría de los derechos y prerrogativas de los demás ciudadanos. Algunos, no obstante, como respuesta y agradecimiento a esta generosidad, permanecían voluntariamente al servicio del templo o de su señor, pero no ya como esclavos, sometidos a la fuerza, sino como personas jurídicamente libres que deseaban entregarse a esa tarea.

En este contexto, Cristo aparece también como el gran mecenas que, después de pagar el precio del rescate –«no os pertenecéis, ¡habéis sido bien comprados!» (1 Cor 6,20)–, nos libera del pecado, de la ley y de la muerte y nos otorga la más absoluta libertad respecto de cualquier esclavitud. Como signo de amor y agradecimiento, el cristiano se convierte, por su propia voluntad, en el esclavo del Señor. Una dinámica distinta –la que nace de su condición de ser libre– es la que orientará en adelante su conducta. Sirve a Dios porque quiere, porque está lleno de cariño y desea responder a quien tanto le ha amado con anterioridad. De la misma manera que un individuo podía, mediante un contrato especial, enajenar su libertad en beneficio de un amo o patrono a quien se obligaba a servir, el *rescatado* vive bajo la fuerza del Espíritu, sin que ninguna norma exterior le coaccione desde fuera, porque «el amor de Dios nos apremia» (2 Cor 5,15). La conducta será ya una respuesta de cariño agradecido, pero conscientes de que todo lo esperamos de su gracia.

La libertad cristiana alcanza así su densidad más profunda. Vivir sin ley significa tan solo que la filiación divina produce un dinamismo diferente, que orienta la conducta no con la normativa de la ley, sino por la exigencia de un amor que radicaliza todavía más el propio comportamiento. Para el cristiano, vivificado por el Espíritu e impulsado por la gracia interna, no existe ninguna norma exterior que lo coaccione o que le impongan desde fuera. Colocar de nuevo la ley en el centro de su interés significaría la vuelta a un estadio primitivo e infantil, pues «hemos quedado emancipados de la ley, muertos a aquello que nos tenía aprisionados, de modo que sirvamos según un espíritu nuevo y no según un código anticuado» (Rom 7,6).

La ley en la espiritualidad cristiana

No es extraño que este aprecio por la ley se haya mantenido en la espiritualidad cristiana. Si la moral nos enseña no solo a realizarnos como personas, sino también a vivir como hijos de Dios y responder a su palabra, lo más importante para la vida del creyente es encontrarse con la voluntad del Señor en un clima de fe; hacerse dócil y obediente a esa llamada que nos viene de arriba. De ahí la pregunta básica y fundamental, en el campo de la praxis, acerca de cómo es posible el descubrimiento de esa vocación. La respuesta más común y ordinaria remitía de nuevo a la moral: cumpliendo con los preceptos y normas de conducta, expresamos nuestra obediencia a Dios. De esa manera, la ley se mantenía como la señal más universal y explícita de su soberana voluntad, manifestaba el camino más corto y evidente para conocer sus designios concretos sobre cada persona. Vivir cristianamente equivalía al cumplimiento, lo más exacto posible, de los valores e imperativos éticos.

Las alabanzas y la invitación a su más estricta observancia encontrarían aquí su justificación humana y espiritual. Sin embargo, y a pesar de todos los valores psicológicos, comunitarios y religiosos, cuya objetividad nadie niega, la ley ha sido también objeto de importantes críticas desde esas mismas ópticas. Su cumplimiento ha tenido siempre el peligro de inclinarse hacia un legalismo que psicólogos y profetas de todos los tiempos no se han cansado de condenar. Bastantes conflictos humanos y espirituales tienen mucho que ver con la forma de relacionarse con la ley, como ya hemos apuntado en capítulos anteriores.

La observancia ha degenerado, a veces, en una búsqueda de seguridad infantil que elimina otras preocupaciones y responsabilidades; ha servido como instrumento para obtener el aprecio y la estima de los demás, que lo ofrecen como recompensa a los que obedecen y aceptan lo que está mandado; sirve para satisfacer nuestro propio narcisismo, cuando queremos responder a un yo ideal y perfeccionista que no tolera ningún desajuste entre lo que nos exige y lo que somos; y hasta se pretende con ella obtener la salvación, aumentar la amistad con Dios y hacer presente el reino de Dios entre nosotros.

Para descubrir la voluntad de Dios: el discernimiento

Nadie está exento de estas desviaciones, nacidas de un legalismo que no tiene ningún valor humano ni religioso. En este sentido, la liberación de la ley se impone como una exigencia ineludible de vivir nuestra condición de personas y de cristianos. Pero, sobre todo, cuando se busca cómo descubrir en serio la voluntad de Dios y cuál es la metodología cristiana para conseguir esa meta, ni la moral ni la ley constituyen la mejor manera de alcanzar ese objetivo. Solo un discernimiento espiritual auténtico capacita de veras para una finalidad como esta, por dos razones fundamentales que vamos a explicar.

En primer lugar, la iluminación de la vida, para saber cómo actuar y comportarse, no se efectúa ya por el conocimiento de unos principios éticos ni por el análisis exacto y detallado de todos sus contenidos, sino solo cuando, movidos por la fuerza interior del Espíritu y libres de toda coacción legal, nos dejamos conducir por la llamada del amor. Este dinamismo original y sorprendente es el que inventa la propia conducta del cristiano. Quien tema vivir en este régimen de libertad no pertenece a la familia de Dios, donde la única ley existente está oculta en el interior: «pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (Jr 31,33).

El miedo y recelo existente a utilizar este lenguaje de la revelación es un indicio de la esclavitud de muchos cristianos, que la prefieren para mayor seguridad y para eximirse de todo compromiso responsable. Y es que resulta duro comprender –tal vez porque no vivimos en ese clima– que para los hijos de Dios no existe ya otra ley que la que nace de dentro, como imperativo del amor, y que conduce a una vida moral y honesta: «proceded según el Espíritu y no deis satisfacción a las apetencias de la carne; [...] si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Gal 5,16-18). El «ama y haz lo que quieras» de san Agustín parece todavía demasiado peligroso. Pero olvidarlo equivale a eliminar el sentido más auténtico de la diaconía cristiana: «servíos unos a otros por amor, pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*”» (Gal 5,14).

Más allá de las obligaciones generales

En segundo lugar, sería un error lamentable creer que en la ley se puede encontrar la respuesta completa y adecuada. Sus exigencias afectan siempre a todos los miembros de una sociedad, pero está por completo incapacitada para descubrir al cristiano aquellas otras demandas mucho más personales. Existe, en efecto, una zona íntima y exclusiva de cada persona, donde las normas universales no tienen ni pueden tener cabida. Se trata de una esfera de la vida moral y religiosa que por, el hecho de no estar *reglamentada*, no queda tampoco bajo el dominio del capricho ni de una libertad absoluta. Dios es el único que puede penetrar hasta el fondo de esa intimidad, cerrada a cualquier otro imperativo, para hacer sentir su llamada de manera personal, exclusiva e irrepetible.

Incluso el núcleo más íntimo de cada persona queda siempre sometido a su querer, pues sería absurdo e inadmisibles que Él no pudiera dirigirse a cada uno nada más que como miembro de una comunidad, y no de una forma única y personalísima. La distinción clásica entre preceptos y consejos estaba imbuida de esta mentalidad. Si los primeros eran obligatorios, estos últimos no constituían ninguna obligación, ya que no se imponen a todos los creyentes. Como si su palabra no tuviese la fuerza suficiente para obligar a un cristiano cuando le sale al encuentro en cualquier circunstancia de la vida...

Y es que, cuando Dios se acerca e insinúa su voluntad para llevar a cada uno por un sendero concreto, nadie puede defenderse con la excusa de que tales exigencias no pertenecen al campo de la ética, o que no constituyen verdaderos y auténticos imperativos, aunque no sean válidos para los demás. Una ética cristiana, por tanto, debería ser siempre una ayuda para descubrir esta vocación personalizada. Pero cuando se trata de encontrarla, no basta el simple conocimiento y aceptación de todos los valores y principios éticos, incapaces por su universalidad de cumplir con una tarea semejante, sino que se requiere un serio discernimiento espiritual, como el único camino para semejante descubrimiento interior.

Es el mismo san Pablo, sobre todo, quien otorga al discernimiento una importancia decisiva en la vida ordinaria de cada cristiano. La expresión «lo que agrada al Señor», tan constante y repetida en sus escritos, se encuentra siempre relacionada con este discernimiento personal. No se trata de ver cómo se aplica una norma a las situaciones particulares, ni de interpretar su contenido en función de las circunstancias, sino de enfrentarse con el querer de Dios para descubrir lo que me exige de una forma muy particularizada, más allá de las obligaciones generales.

Con los ojos y el corazón de Dios

El único peligro que existe en este campo, como en tantos otros, consiste en caer en un engañoso subjetivismo para acomodar la voluntad de Dios a la nuestra y guiar la conducta en función de nuestros propios intereses. El sujeto que discierne no es un absoluto incondicionado, sino que se encuentra ya con una serie de influencias que escapan de ordinario a su voluntad. Nunca se sitúa de una forma neutra ante sus decisiones, pues ya está afectado por una serie de factores diversos que dificultan una decisión objetiva. Sin embargo, siempre que se habla de discernir, los textos paulinos manifiestan la urgencia y necesidad de una transformación profunda en el interior de la persona. La inteligencia y el corazón, como las facultades más específicas del ser humano, requieren un cambio radical que las sitúa en un nivel diferente del anterior y les posibilita un conocimiento y una sensibilidad que han dejado de ser simplemente humanas. Se trata ahora de conocer y amar, de alguna manera, con los ojos y el corazón de Dios.

Esto significa que el discernimiento tiene que ver muy poco con la democracia. Esta será la forma menos mala de gobernar una sociedad, pero la presencia del Espíritu, su invitación y su palabra no se detecta siempre allí donde prevalece la voluntad de la mitad más uno. Como tampoco está presente en los responsables de la Iglesia por el simple hecho de estar constituidos en autoridad, ni en los hombres de ciencia por mucha teología que dominen. Cuando se trata de discernir, son otras las categorías que entran en juego. A Dios lo perciben fundamentalmente quienes se encuentran comprometidos e identificados con Él, quienes han asimilado con plenitud los valores y las perspectivas evangélicas.

En un clima de libertad cristiana, que nos salva de la esclavitud de la ley y donde el discernimiento ocupa el lugar de preferencia, ¿tiene algún sentido entonces la moral como conjunto de normas? Para la persona creyente que vive en un régimen de amistad, impulsado por la gracia del Espíritu, ¿cuál será su función?

La moral nos descubre la propia indigencia

De nuevo san Pablo utiliza una metáfora que todavía conserva una riqueza y una expresividad extraordinarias. La ley ha ejercido la función de pedagogo, como un maestro que orienta y facilita la educación de las personas, hasta la llegada de Cristo (Gal 3,24). Ella nos abrió la senda que nos conduce hacia el Salvador, por un mecanismo del que todos hemos sido conscientes.

La única condición para recibir la gracia, como hemos dicho antes, es experimentar la urgencia de sentirse salvado por una fuerza trascendente. En la medida en que la persona percibe su propia pobreza, indigencia e incapacidad, buscará fuera la salvación que no puede conseguir por sí misma. Ahora bien, «la ley no da sino el conocimiento del pecado» (Rom 3,20). Al confrontarnos con ella, aunque su cumplimiento no justifique, se comprende el margen de impotencia y limitación que cada uno descubre en su interior y que no puede superar por sí mismo, pues «aunque quiera hacer el bien, es el mal el que se presenta» (Rom 7,21). Esta dolorosa sensación que la moral nos revela despierta un grito de esperanza: «¿Quién me librá de este ser mío, instrumento de muerte? Pero ¡cuántas gracias le doy a Dios por Jesucristo nuestro Señor!», quien «ha hecho realidad... lo que resultaba imposible a la Ley» (Rom 7,24; 8,3). A través del fracaso, experimentado por la inobservancia de la ley, se ha descubierto la necesidad de un Salvador. Se reconoce la propia indigencia, que nos abre a la posibilidad de una gracia.

El régimen legal, que debería ser solo una etapa pasajera e introductoria, no debe convertirse en algo absoluto y definitivo. Si en lugar de preparar al cristiano para una libertad adulta y responsable, se prefiere seguir manteniéndolo en un estado infantil –con la ley como una niñera que no se aparte de su lado–, la crítica que aparece en la Carta a los Hebreos tendrá en nuestro ambiente una perfecta aplicación: «Cierto, con el tiempo que lleváis, deberíais ya ser maestros y, en cambio, necesitáis que os enseñe de nuevo los rudimentos de los primeros oráculos de Dios; habéis vuelto a necesitar leche, en vez de alimento sólido; y, claro, los que toman leche están faltos de juicio moral, porque son niños» (Heb 5,13).

Para medir la tensión interior y evitar posibles engaños

Incluso para los justos, la moral puede servir de termómetro para medir el grado de nuestra vivificación interior. La afirmación de Pablo no deja lugar a dudas: «Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Gal 5,18). Es decir, cuando existe una tensión interna, espiritual y dinámica, no se requiere ninguna reglamentación. Desde dentro surge, como una necesidad espontánea, la inclinación a realizar lo que es bueno y está mandado. El precepto nace como una llamada externa para recordar lo que ya se está olvidando en el interior. En este sentido puede afirmarse con toda propiedad que ninguna ley o código ético «ha sido instituida para la gente honrada; está para los criminales e insubordinados, para los impíos y pecadores... y para todos los demás que se opongan a la sana enseñanza del Evangelio» (1 Tim 1,9-11).

El día en que la exigencia interior decaiga en el justo, la ley vendrá a recordarle que ya no se siente animado por el Espíritu. Desde fuera oirá la misma invitación, pero que ya no resuena por dentro. Es más, cuando la coacción externa de la ley se experimente con demasiada fuerza, cuando resulte excesivamente doloroso su cumplimiento, será un síntoma claro de que nuestra tensión *espiritual* ha sufrido un descenso progresivo. Si la ley se vivencia como una carga molesta, como una forma de esclavitud, habría que sentir una cierta nostalgia, pues «donde hay Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Cor 3,18). La moral, de esta forma, no solo nos ayuda a sentirnos salvados por Cristo, sino que descubre a cada uno la altura de su nivel espiritual.

Finalmente, tampoco debe olvidarse que nuestra libertad, como nuestra salvación, se mantiene en un estado imperfecto, sin haber alcanzado la plenitud, pues solo tenemos la primicia (cf. Rom 8,23) y la garantía (cf. 2 Cor 1,22) de la liberación definitiva. En este estado, la norma objetiva ayudará a discernir sin equívocos posibles las obras de la carne y los frutos del Espíritu, a no confundir las inclinaciones y apetencias humanas con la llamada de Dios. El que peregrina todavía por el mundo está todavía sujeto a sus engaños y mentiras, y su libertad, por ello, es demasiado frágil e imperfecta. Tener delante unas pautas de orientación con las que poder confrontar la conducta es un recurso prudente y necesario. Sobre todo en aquellas ocasiones en que la complejidad del problema y la falta de conocimiento impiden una valoración más personal, las normas iluminan, dentro de sus posibilidades, el camino más conveniente. Pero nunca deberían ocupar el puesto de privilegio que tantas veces se les ha otorgado.

Caminar hacia esta libertad y discernimiento, donde el papel de la ley y de la moral tiene que ser más secundario de lo que todavía se estilaba en la vida cristiana, es una larga tarea a proseguir que aún nos queda por delante. Para los creyentes, como recordaba san Pablo a los gálatas, no queda más que una alternativa: o vivir con la libertad de los hijos de Dios, o seguir, como esclavos, sometidos a la ley de la que Jesús nos había liberado (Gal 1-7).

10. Pecado y culpabilidad

La nueva situación actual

Como ha acontecido con otros fenómenos, en estos últimos años también la imagen del pecado ha sufrido un cambio profundo en nuestra sociedad. La propia Iglesia se siente preocupada ante la situación actual, y en algunos de sus documentos se ha repetido la idea de que el mayor pecado en el mundo de hoy consiste en haber perdido el sentido del mismo, como si se tratara de algo trasnochado y absurdo. Por otra parte, sin embargo, se constata una preocupación mayor por la condena del racismo, los delitos ecológicos, la negación de las libertades, las injusticias contra los países pobres, los conflictos bélicos, la agresión contra los animales, la falta de solidaridad, los favoritismos de cualquier índole, etc. Podría decirse que la delicadeza ética se ha ampliado mucho más que cuando la gente ponía su mayor interés en evitar un mal pensamiento, no decir una mentira o cumplir con el precepto dominical.

Es cierto que son varios los factores que han contribuido a esta situación. Ahora resulta imposible analizarlos, Me voy a fijar fundamentalmente en algunos presupuestos básicos que puedan hacer más comprensible la existencia de esta realidad.

No es ninguna exageración afirmar que, hasta la renovación del Vaticano II, los libros de moral eran una especie de *pecatómetro* para medir con absoluta precisión cuándo un comportamiento debía considerarse lícito o cuándo, por el contrario, resultaba inadmisibles. Un conjunto de preceptos, leyes, exigencias, mandatos, prohibiciones... que se imponían desde fuera como requisito indispensable para estar en paz con Dios y con la propia conciencia. La misma práctica de la confesión sacramental fomentó esta dimensión casuística. El sacerdote, como juez que debe dar una sentencia, tenía que conocer con exactitud la gravedad de la falta cometida, con todos aquellos elementos que pudieran cambiar su valoración para agravar o disminuir su culpa.

La multiplicación de tantos pecados, que ha trivializado su existencia, ha conducido a su desprestigio. El mismo Juan Pablo II reconoce que los rigorismos del pasado han llevado a nuevas exageraciones: «pasan de ver pecado en todo a no verlo en ninguna parte; de acentuar demasiado el temor de las penas a predicar un amor de Dios que excluiría toda pena merecida por el pecado» (*Reconciliación y penitencia*, n. 18). Si su único rostro fuera el que muchos han descubierto y se ha enseñado con frecuencia, habría que enterrarlo para siempre en el olvido.

Pérdida de una dimensión trascendente

Y es que hemos enturbiado mucho el rostro mismo del pecado. Lo terrible de un accidente no es que el coche haya quedado para la chatarra, sino la vida que se perdió entre sus restos. Pecar no es simplemente quebrantar una ley o no cumplir con una obligación. Su naturaleza más profunda radica en que es un obstáculo para nuestra propia humanización. Y, sobre todo, implica la ruptura de una amistad con el Dios que nos salva. Para muchos cristianos, a la imagen del pecado le falta a veces descubrir su sentido más profundo, que no acaban de encontrarlo entre los preceptos que se le imponen.

No cabe duda de que, entre las causas que amenazan o debilitan el sentido de pecado, se da una pérdida de la visión sobrenatural como factor prioritario. No basta tomar conciencia de la propia responsabilidad cuando el individuo rechaza la invitación a asumir aquellos valores que él mismo considera humanizantes. Para que este fallo se convierta en pecado hay que abrirse a una nueva perspectiva: reconocer que esa negativa a vivir como persona implica también un abandono de Dios. El nivel ético adquiere una dimensión religiosa. La deshumanización que comporta cualquier culpa se experimenta, al mismo tiempo, como una ruptura y quiebra con el Creador. Cuando esa dimensión trascendente se difumina, como acontece en nuestras sociedades secularizadas, la imagen del pecado también desaparece.

Negativa de la propia responsabilidad

Incluso son muchos los que no quieren reconocer su culpa, como si se tratara de una decisión que brota de su propia libertad. Somos seres limitados, sin recursos para llevar una conducta rectilínea y coherente. El error y la equivocación forman parte de nuestro patrimonio, como una consecuencia inevitable de nuestra finitud. La falta, sin embargo, no se debe a la libertad de quien así actúa, sino que constituye un fallo del que nadie puede sentirse responsable. Es un acontecimiento que molesta y duele, porque afecta a las fibras más íntimas de la personalidad, ya que no responde a los propios ideales ni a las expectativas que otros hayan proyectado sobre nuestra conducta. Sobre el ser humano, aunque cometa el mal, no es posible lanzar ninguna condena acusatoria. Cometerá un error o se habrá equivocado, pero jamás será culpable, pues su aparente malicia no es sino un desgraciado accidente, fruto de numerosos condicionamientos y presiones interiores. Así está hecho, y él no tiene ningún poder para evitar semejante fallos.

El único pecado consiste en mantener las estructuras generadoras de la mala conciencia. Parece un avance y un signo de madurez el haber encontrado la explicación de los fallos éticos en mecanismos ajenos a la propia libertad, dejando en el olvido que se requiere una mayor maduración y equilibrio para reconocer la culpa que para excusarse de ella. Y es que, en el fondo de esta apología, tal vez se halle una búsqueda infantil de inocencia, como el niño que achaca a los demás la causa de cualquier estropicio.

Nadie elige algo en su contra, y por eso, cuando rechaza a Dios o se resiste a la llamada de un valor ético, es porque ha encontrado otra atracción por la que se siente inevitablemente seducido, sin otra posibilidad de elección. El mismo neurótico, que soporta y padece las consecuencias de su patología, descubre en su propia enfermedad un beneficio inconsciente que le *obliga* a mantenerse en ella, a pesar de sus protestas por los sufrimientos y sus deseos de curarse. La aventura humana queda muerta en su raíz. Se quita, es cierto, la servidumbre de la responsabilidad, pero hay que pagar un precio excesivamente elevado: ya no existe tampoco la grandeza de la decisión.

Aunque parezca extraño, no es fácil una prueba evidente de nuestra libertad. El que se empeñe en negarla verá, detrás de cada elección, el mundo de ciertas experiencias, presiones, recuerdos, intereses, expectativas, etc. que inclinan la balanza hacia un lado de manera inevitable. La hipótesis de su existencia, sin embargo, no es un dato anticientífico. Los múltiples mecanismos que la amenazan no tienen por qué destruir la capacidad básica de autodeterminación.

Precisamente hoy, que tanto se pregonan los derechos de la libertad en todos los órdenes y el respeto que ella merece como símbolo de la dignidad humana, resulta paradójico y desconcertante combatir su posibilidad, como si el mero enfrentamiento con ella produjera un miedo instintivo. Si la persona no fuera libre, quedaría despojada de esa dignidad, y el mundo de los derechos y obligaciones tendría, coherentemente, que

desaparecer de la tierra. Más aún: si el determinismo fuera cierto, sus defensores no podrían sostener racionalmente su verdad, como algunos han apuntado, ya que se trataría de una afirmación lógica sin ningún fundamento. También ellos se encontrarían condicionados para pensar de esa manera, sin tener otra alternativa que los librara de semejante presión.

La conquista de la libertad

Pero tampoco hay que defenderla con excesiva ingenuidad. Antes de tomar una decisión, no existe un equilibrio perfecto que impida cualquier tipo de inclinación hacia un lado u otro. Son muchas las experiencias, influjos ambientales, modelos culturales, formas de temperamento, necesidades psicológicas, impulsos desconocidos, tendencias naturales, etc. que impiden un absoluto equilibrio y neutralidad para no conceder ciertas ventajas a algunas de las opciones. Quiero decir con ello que nuestra capacidad de decisión no es un regalo gratuito de la naturaleza, sino una conquista que solo se consigue a través de un enorme y dramático combate.

Poseemos una libertad solo en parte determinada, y somos víctimas de un determinismo que tampoco nos condiciona por completo. No somos siempre responsables de nuestras incoherencias, pero tampoco inocentes por completo de tales limitaciones. Entre la plena inocencia y la perversión total existe una amplia franja en la que nuestra libertad actúa y se decide con una cercanía mayor o menor hacia uno de esos extremos. Aunque no en todas las ocasiones seamos plenamente libres, lo somos de ordinario de forma suficiente. Queremos y no podemos, pero a veces también podemos y no queremos.

Y en esta vivencia un tanto contradictoria –la no libertad de nuestra libertad, que decía Ricoeur– se revela nuestra condición. Ovidio ya lo había expresado con realismo: «Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor». La misma experiencia que san Pablo repetirá después: «Querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero» (Rom 7,18-19).

La persona que no ha querido responder a la llamada de un valor que lo deshumaniza o que, como creyente, se ha cerrado a la amistad con Dios, es lógico que experimente por dentro un cierto malestar. El fracaso de un proyecto humano o religioso, aunque no sea absoluto y definitivo, tiene que producir ciertas reacciones interiores que no la deja tranquila e inmutable, como si nada hubiera pasado. La culpabilidad, como el dolor o la fiebre en los mecanismos biológicos, hace sentir el mal funcionamiento de la persona y el deseo de una curación eficaz.

Los sentimientos de culpa

Los etnólogos han constatado la universalidad de este fenómeno a lo largo de todas las culturas y de todos los tiempos. Habría que afirmar, por tanto, que el sentido de la culpa no nace de conciencias ignorantes o alienadas, como si fuera incompatible con la evolución cultural y científica. Al contrario, su ausencia y eliminación supondría más bien la muerte de un sentimiento muy digno y que desempeña también una función importante en la economía del psiquismo humano.

Es verdad que, provocado por diferentes factores, también se puede vivir de forma inmadura y patológica. Puede predominar una sensación de angustia por el temor a una pérdida, por el miedo a un castigo. Esta frustración inconsciente y angustiosa, ante la imposibilidad de seguir sus propios deseos, desencadena a ese mismo nivel un movimiento de agresividad. El sentimiento de culpabilidad será la venganza cruel del propio sujeto. Lo que duele no es el mal hecho, sino las malas consecuencias que de él se derivan.

En otras ocasiones, es la herida que causa el propio narcisismo. La culpa es un hecho que destruye el yo ideal con el que el individuo se encuentra identificado. Una insatisfacción de fondo, por la incapacidad de alcanzar la meta soñada en la que estaban depositadas tantas esperanzas personales y expectativas de los demás. El fracaso es doloroso por haberse roto de nuevo la imagen narcisista, lo cual nos humilla y destroza. El remordimiento se hará compañero constante del camino. Consiste en querer que no haya habido culpa, en desear haber sido de otra manera, en sufrir por un pasado que ya no se puede suprimir.

No hay que estar enfermo, como decía Nietzsche, para sentirse culpable. Basta experimentar la culpa como un gesto de deshumanización personal, con la pena de que he podido hacer un daño a los demás y haber roto mi amistad con Dios. Se acepta la culpa, aun sin saber con certeza su nivel de gravedad. Ya no se sufre tanto por la propia imperfección, aunque siempre duela constatarla; lo que más importa es la ruptura de esa relación y el detrimento infligido a los demás. El perdón no satisface tanto por lo que evita –castigo, condena, remordimiento...– cuanto por la alegría de una amistad renovada.

Por eso, la verdadera conciencia de culpa no mira hacia atrás, como el remordimiento angustioso, para renegar de su pasado o quedarse con la seguridad de no estar en deuda con nadie. Lo de menos es lo que ha sido la propia historia. El arrepentimiento contempla el porvenir, y ese gesto reajusta la vida entera, incluida toda la miseria anterior, hacia una nueva orientación.

Ya hemos dicho que la culpa se convierte en pecado cuando el creyente sabe que su negativa a vivir de acuerdo con un valor humano es también un rechazo de su amistad con Dios. ¿Qué nos dice la revelación sobre este acontecimiento?

Para la comprensión del pecado

En nuestros tratados tradicionales, el estudio del pecado se hacía con una perspectiva demasiado aislada. El simple acto de una acción prohibida se adjetivaba de inmediato como «pecaminoso», sin tener para nada en cuenta el contexto histórico y personal en que se realizaba. La psicología ha insistido en dos aspectos muy importantes para la comprensión más profunda de la acción moral.

La conducta humana no es un conjunto de hechos autónomos sin relación alguna entre sí. Es, más bien, el cauce final de un río que se ha ido formando con la presencia de otros múltiples afluentes cuando se integran en una misma dirección. Cualquier gesto de la vida, aunque parezca aislado y solitario, forma parte de otra dinámica más profunda a la que densifica y enriquece, pero a la que también condiciona y orienta en otro sentido.

Estas mismas acciones, en segundo lugar, por el hecho de ser humanas, tienen que ser voluntarias y conscientes; pero la experiencia demuestra que su intensidad psicológica y el nivel de atención pueden ser muy distintos. No basta con analizar la importancia del gesto concreto que se realiza. Es posible que, en un momento importante y decisivo, la conciencia se encuentre más distraída que cuando se hace un gesto rutinario y sin importancia. Para la valoración ética de un acto es necesario, por tanto, tener presente, por un lado, la raíz profunda que lo sostiene y unifica, pues forma parte también de ese conjunto; y, por otro, la fuerza, vehemencia e interés con que se realiza, para vislumbrar el grado del compromiso interior.

Lo primero de todo, por tanto, sería descubrir cuál es el compromiso de fondo que cada creyente tiene con Dios: puede tratarse de una opción simplemente sociológica, porque así lo han educado a uno; o de una entrega demasiado superficial, mientras no provoque demasiadas molestias o inconvenientes; o de simples buenas ilusiones que después no se quieren hacer realidad... El radicalismo evangélico es muy exigente: estar dispuesto a cualquier renuncia para que Dios sea siempre el valor prioritario. Cuando se ama de verdad a una persona, se está dispuesto a conservar su amistad por encima de todo.

Valoración de los actos particulares

En función de este compromiso habrá que valorar las acciones concretas. La importancia y trascendencia de una acción no se puede realizar de una manera aislada, como si su moralidad recayera fundamentalmente sobre la materialidad del gesto realizado. No hay que negar la importancia de los actos, por supuesto, pero sí hay que descubrirla en la referencia que todos ellos tienen, en último término, al compromiso básico de cada persona.

Su valor ético radica precisamente en la estrecha vinculación que guardan con la existencia de ese proyecto. Ellos son, en primer lugar, los que realizan la génesis de esta opción, bien sea a través de un acto determinado, con la suficiente densidad humana para poder gestarla, o bien a través de otros más pequeños y de menor importancia, pero que terminan orientando la vida hacia ese valor supremo.

Estos mismos actos, en segundo lugar, aumentan, poco a poco, con su influjo silencioso y velado, la densidad de semejante opción. De la misma manera que su influjo se hace negativo, en cuanto que también pueden cambiarla de igual forma que la crearon. Un acto concreto podría dar lugar a una modificación de signo opuesto al que se había adoptado con anterioridad; o una serie de actos que no se encuentran ya orientados por ella, sino que comienzan a manifestar, aunque sea de forma soterrada, un interés diverso, acabarían también dando lugar a una opción distinta.

Algunas consecuencias prácticas

Me parece que de todo lo dicho se pueden sacar algunas conclusiones prácticas. La afirmación de Jesús de que «no podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24) es tajante y no tiene alternativa. No hay más remedio que elegir entre Dios, como valor prioritario y absoluto, y cualquier otra realidad humana que pudiera resultar más importante. La entrega a Él nunca será sincera si existe algo que nos seduce aún más.

Lo difícil es llegar a descubrir a qué *señor* (Lc 16,13) se quiere en serio agradar, pues muchas veces no interesa descubrir la verdad de nuestra opción, que se disimula con falsas ilusiones y aparentes deseos de que se ha elegido la única cosa que es necesaria (Lc 10,42). La capacidad del ser humano para hacer compatible el servicio a Dios con otros pequeños ídolos es impresionante.

Una vez que la opción se ha realizado en serio y de manera adulta –cosa que no es posible realizar con una psicología infantil o todavía demasiado inmadura–, parece también psicológicamente imposible un cambio continuo y frecuente. Santo Tomás tiene un texto formidable para que no sintamos extrañeza ante un planteamiento de la más pura teología clásica: «Aunque por un pecado mortal se pierda la gracia, sin embargo, la gracia no se pierde fácilmente, pues al que la posee no le resulta fácil realizar ese acto, por la opción contraria que tiene» (*Sobre la verdad*, 27, 1 ad 9).

En este contexto, habría que replantearse más a fondo el hecho de estos cambios repentinos y frecuentes. Cuando este proceso se manifiesta en una serie de caídas y confesiones que se suceden de forma habitual, me parece que no cabe más que esta doble alternativa: o esos pecados no son subjetivamente graves o la penitencia sacramental no supone una verdadera conversión. Ninguna otra hipótesis resulta comprensible.

Es posible que todavía quede, como consecuencia de los hábitos anteriores, una incapacidad para dirigir todos los actos concretos en coherencia con la opción. El abandono inmediato de un condicionante anterior no se consigue siempre a la primera, a pesar de la buena voluntad con que se intente. Habría que aceptar, entonces, una pastoral de crecimiento que avance hacia el ideal aceptado de corazón, aun en medio de las deficiencias que no han llegado a superarse por completo.

Pero tampoco habría que excluir una segunda hipótesis. Los buenos propósitos no siempre expresan un deseo eficaz de darle un nuevo rumbo a la vida. Es posible que solo manifiesten la nostalgia de quien habría preferido actuar de otra manera, pero sin comprometer eficazmente el futuro en otra dirección. Hasta el sacramento de la penitencia podría ser un simple requisito para acercarse a la Eucaristía o para liberarse superficialmente de un sentimiento de culpabilidad que molesta y hiere el propio narcisismo.

La necesidad de un engaño

Por eso, entre los múltiples términos que utiliza la revelación para iluminar la naturaleza del pecado, existe uno que, a pesar de su pobre expresión, me resulta de una extraordinaria riqueza: errar el blanco. La mayoría de las infidelidades con Dios no brotan de una intención perversa, sino de un lamentable error, como el que yerra su tiro después de todos los esfuerzos por dar en el blanco.

Si fuera solo un error o una equivocación, se podría considerar como un gesto lamentable, pero nunca como un pecado. El pecador, de ordinario, no llega a un alto grado de perversión. Realiza el mal porque no consigue descubrir en él su verdadero rostro. Antes de cometerlo, tiene que convencerse, de una u otra manera, de que, en el fondo, busca hacer un bien; o de que, por lo menos, la conducta no parece tan negativa como se dice. Lo que se busca, precisamente, es una justificación pseudo-verdadera que permita hacer lo que no se debe a través de un convencimiento engañoso que elimina la lucidez. Más que maldad para cometer una acción censurable, se requiere una previa seducción por la mentira que el propio sujeto se fabrica. Pretende convencerse de que su conducta no es tan negativa como en otras ocasiones pensaba, pero sin acallar por completo los reproches de su conciencia. Por eso en la Biblia el pecado aparece siempre como un sutil engaño, y Satán es designado como el padre de la mentira (Jn 8,44).

Entre el fariseísmo y la culpabilidad

Después de todo lo que llevamos dicho, se comprende mejor que el juicio ético se hace algo más complejo y difícil de precisar. En teoría, habría que distinguir, por tanto, entre lo que nace de una verdadera libertad –lo pecaminoso– y lo que es producto de una responsabilidad condicionada –lo psicológico–. Hay que evitar, por ello, un doble extremismo entre el sentimiento farisaico de la persona autosatisfecha, que se considera indemne de todo fallo y merecedora de la benevolencia divina, y la culpabilidad de quien se hunde por no ser capaz de superar sus conflictos. Ninguna de las dos posturas se justifica con el evangelio.

La postura mejor consiste en abrazar con alegría esa *docta ignorancia*, humilde y sincera, de no tener miedo a desconocer delante de Dios cuál es nuestra verdadera situación. Colocarse ante Él sinceramente, sin condenarse con exceso ni sentirse inocente con ingenuidad. No en vano, todos somos al mismo tiempo justos y pecadores.

Pero nuestra moral fallaría lamentablemente, si no quedara abierta a la dimensión social y comunitaria.

11. El pecado colectivo

Una visión demasiado individualista

El concepto de pecado se ha analizado casi siempre con una visión muy individualista. Toda la preocupación se centraba en determinar la culpabilidad o inocencia del individuo. Hasta las mismas consecuencias comunitarias de cualquier acción eran examinadas desde esta óptica, pues todos los problemas relativos al escándalo, cooperación, exigencias de la justicia en el campo económico, responsabilidades sociales y políticas, etc. se valoraban con una intencionalidad subjetiva: conocer las obligaciones indispensables de cada uno para, una vez cumplidas, quedarse con la conciencia tranquila.

Lo importante era no sentirse culpable de la actuación individual. Si, a pesar de la propia honestidad, continúa existiendo el pecado, semejante situación será entonces producto de las otras personas que colaboran con el mal existente. El único camino para eliminar estas situaciones pecaminosas es seguir insistiendo en la conversión particular de cada individuo, pues los aspectos sociales pecaminosos e injustos son consecuencia exclusiva de esos fallos personales.

El que viva, por tanto, con una conciencia limpia de culpa no tiene por qué sentirse moralmente preocupado frente al mal que nos rodea, ya que la existencia de este es por completo ajena al propio comportamiento. Como la culpa de tantas injusticias y atrocidades que se cometen no recae sobre la persona buena, no hay ningún motivo para el remordimiento o la intranquilidad.

Un planteamiento como este se hace por completo incomprensible en nuestra cultura actual, donde la dimensión política alcanza un relieve extraordinario. La perspectiva ha ido evolucionando de tal manera en estos últimos tiempos que las deficiencias personales apenas tienen resonancia e interés, ante la magnitud que revisten los que podríamos llamar, por el momento, pecados colectivos. Las estructuras, las instituciones, las ideologías, los sistemas sociales y económicos..., verdaderos artífices y productores de tantas desigualdades injustas y atropellos, requieren un cambio mucho más urgente e importante que el de los individuos concretos.

Habría que eliminar, por encima de todo, el pecado de la burguesía, de la burocracia, de los totalitarismos de cualquier clase, de las influencias, de los racismos y violencias. Es el sistema, en último término, lo que está brutalmente corrompido y genera un ambiente infecto e irrespirable. Cuando existen tantos problemas serios y urgentes, preocuparse por unas deficiencias personales es un engaño manifiesto y una orientación peligrosa. Por ese camino no se solucionan los problemas más graves, que exigen otro planteamiento de signo comunitario. O, lo que es peor, se fomenta una

actitud farisaica que busca la paz de una conciencia narcisista e hipócrita, como si fuera posible vivir tranquila e inocentemente en medio de una humanidad pecadora. Mientras la gente se muere de hambre, resulta incomprensible y ridículo que alguien viva preocupado sobre si admitió o no un mal pensamiento.

No bastan los cambios personales

Ya el Vaticano II, en la *Constitución «Gaudium et Spes», sobre la Iglesia en el mundo moderno*, había desenmascarado con claridad esta postura: «La profunda y rápida transformación de la vida exige con suma urgencia que no haya nadie que, por despreocupación frente a la realidad o por pura inercia, se conforme con una ética meramente individualista» (n. 30).

Las críticas contra la religión han tenido muchas veces una base objetiva. Al cristiano se le ha achacado una especie de retirada hacia la intimidad, una búsqueda de consuelo y esperanza ante la tragedia de tantas situaciones injustas, que dificultó la lucha y el esfuerzo por cambiarlas. Y es que, en la medida en que la persona se afirma inocente, no es posible el compromiso con una realidad que se considera por completo ajena e independiente al propio quehacer. Por eso, los cambios personales no son suficientes para eliminar las situaciones de pecado e injusticia.

Un creyente no puede resignarse a una vida de culto y oración, como si no tuviera que preocuparse por la realidad en la que vive. Sería una traición ocuparse de las cosas del Padre olvidando que el rostro de Dios está escondido detrás de todos aquellos que sufren las consecuencias de nuestros egoísmos e injusticias. Es una grave tentación la de entregarse derrotado en manos de las estructuras y sentirse vencido por la fuerza de un destino fatal. O la de lanzar, desde la propia pequeñez e insignificancia, un grito de condena puramente retórico para convencerse y demostrar la honestidad de la conciencia.

Lo importante, como nos recordaba Juan Pablo II en su exhortación *Reconciliación y penitencia*, es que la existencia de tales estructuras pecaminosas «no debe inducir a nadie a disminuir la responsabilidad de los individuos, sino que quiere ser una llamada a la conciencia de todos para que cada uno asuma su responsabilidad, con el fin de cambiar seria y valientemente esas nefastas realidades y situaciones intolerables» (n. 16).

Por otra parte, se requiere demasiada ingenuidad para creer que la solución puede encontrarse sin la correspondiente renovación personal. No es posible humanizar la sociedad si no se busca al mismo tiempo la propia humanización. Ni la responsabilidad del individuo será auténtica mientras no se despliegue en el compromiso social. Se trata de ver, por tanto, cómo se pueden integrar ambos aspectos: lo individual y lo comunitario.

Dimensión individual y comunitaria

En el Sínodo de 1983 sobre la reconciliación y la penitencia salió a la luz, en repetidas ocasiones, este doble peligro, con las correspondientes actitudes que de ahí se derivan. Por ello se insistió en estos cuatro aspectos, que deberemos tener presentes a lo largo de nuestras consideraciones: a) No sentirse inocente, culpando a las estructuras sociales o a los demás. b) Creerse impotente y sin libertad por el influjo de los condicionantes sociológicos, que llegarían a eliminar las propias responsabilidades. c) La falta de compromiso en la lucha contra el mal presente en el mundo, como si fuera suficiente la buena conciencia individual. d) La búsqueda de una transformación social que no vaya acompañada de la propia conversión.

La reflexión fundamental podría centrarse en torno a esta pregunta básica: ¿Cuál ha de ser la actitud ética y cristiana de la persona consciente de su compromiso, frente a las injusticias y pecados sociales que ni dependen de ella ni ella podrá eliminar?

La existencia del pecado colectivo constituye un primer punto de reflexión. A primera vista, nadie puede negar su presencia en todos los ámbitos de la sociedad. Los hechos son tan evidentes que la indignación brota espontánea ante las múltiples situaciones que hieren la sensibilidad de cualquier persona honrada. Todos tenemos conciencia de vivir en un mundo podrido por el egoísmo, la mentira, el lucro, la ambición, la falta de solidaridad, y cuyas estructuras y funcionamiento no tienen casi nada de humano. La situación hay que denunciarla, sin duda, pero también deben analizarse las causas que provocan esa situación. Como Hélder Câmara decía: «cuando doy pan a los pobres, dicen que soy un santo; cuando pregunto por qué los pobres no tienen pan, me llaman comunista».

El campo de condena se ampliaría mucho más si analizáramos el mundo de prejuicios colectivos, más o menos inconscientes, que fomentan y defienden esas mismas injusticias: la superioridad del hombre sobre la mujer, del blanco sobre el negro, del rico sobre el pobre (entendido no solo a nivel económico), del capital sobre el trabajo..., con los consiguientes privilegios dimanantes de esa supuesta primacía. Lo más significativo de estas actitudes comunitarias es la naturalidad con que se aceptan, como si se tratara de principios incuestionables; y aunque en un tiempo posterior se descubra su errónea consistencia, son muchas las arbitrariedades y atropellos que se han producido con anterioridad.

Por eso, ante la esclavitud, la inquisición, el antisemitismo, la pena de muerte, la intolerancia..., por citar algunos ejemplos, sentimos hoy una cierta vergüenza y confusión, a pesar de los factores históricos, culturales e ideológicos que les sirvieron de soporte. Realidades como estas, que se utilizaron con buena voluntad, pero fueron causa de abusos y crímenes, solemos denunciarlas hoy con un grito de protesta: ¡No hay derecho!

A una sociedad que ha producido tantas barbaridades y que todavía genera en abundancia una profunda perversión, habría que condenarla éticamente como injusta y,

desde un punto de vista religioso, como pecadora. En estos casos no señalamos a nadie de una manera concreta, aunque algunos individuos puedan tener una culpabilidad mayor. Condenamos, simplemente, a una comunidad que ha vivido y actúa de esa manera siempre que los derechos fundamentales de la persona no se hayan respetado. ¿Es justo y objetivo este pronunciamiento? ¿Podemos hablar de un auténtico pecado colectivo?

La actitud del cristiano: solidaridad

Aunque siempre se ha insistido en la dimensión social de todo pecado, fueron los obispos latinoamericanos quienes, en Medellín y en Puebla, hablaron de forma expresa y repetida del pecado social, con diversas denominaciones. La causa decisiva de tanta pobreza y marginación no se presenta como un producto de la fatalidad, sino que es consecuencia de las estructuras económicas, sociales y políticas que originan ese estado de pobreza. Una realidad que exige la conversión personal y un cambio profundo de las mismas estructuras.

El mismo Juan Pablo II aceptaba que, cuando estas situaciones aumentan y se generalizan, «se convierten casi siempre en anónimas, así como son complejas y no siempre identificable en sus causas» (*Reconciliación y penitencia*, n. 16). Lo importante no es discutir si estas realidades pecaminosas hay que entenderlas en sentido estricto o analógico, sino reflexionar acerca de cómo debe comportarse el cristiano ante ellas.

Creo que la palabra de Dios ofrece un punto de partida válido para avanzar por este camino. Dos puntos fundamentales va a subrayar en su enseñanza: la solidaridad que el individuo honesto y sin culpa ha de tener con el pecado que existe en el mundo; y el compromiso ineludible de luchar contra su existencia y los efectos que desencadena. Veamos con brevedad ambos aspectos.

Es verdad que, en un principio, existen visiones menos desarrolladas en las que el pecado de uno recae también sobre sus descendientes. Sin embargo, se constata un proceso evolutivo hacia la conciencia personal como la única fuente de auténtica y verdadera culpabilidad. Pero, a pesar de este progreso, no desaparece la dimensión comunitaria del pecado. Cuando nos encontramos ante una situación pecaminosa, nadie puede creerse con las manos limpias y la conciencia tranquila. La palabra de Dios denuncia la falsa ilusión de quienes querrían verse libres de toda responsabilidad en semejantes ocasiones, por el hecho de no ser los culpables de ellas.

El episodio tan conocido del becerro de oro (Ex 32,1) puede ser revelador en este sentido. Aarón, el más culpable de todos, quiere escapar de la culpabilidad individual y colectiva, mientras que Moisés, inocente y ajeno al culto idolátrico, se siente tan solidario con el pecado y el destino del pueblo que su oración a Dios resulta profundamente conmovedora: «Este pueblo ha cometido un gran pecado al hacerse un dios de oro. Pero ahora, o perdona su pecado o me borras del libro que has escrito» (32,31-32). Son muchos los textos de la Biblia que acentúan esta dimensión. Habría que insistir, por tanto, sin atenuaciones de ningún género, en que la postura de quienes culpan a los demás –los otros, la sociedad, los sistemas o las estructuras– como protagonistas de un pecado con el que no tienen personalmente ninguna vinculación, no puede catalogarse de cristiana.

Y compromiso

Por otra parte, Cristo se ha hecho hombre para quitar el *pecado del mundo*. No quiere sólo una conversión personal de cada individuo. Su lucha es contra este mundo y el orden vigente, que no reconoce ni admite los valores humanos y evangélicos de un reino cuyos esquemas se fundamentan en otros presupuestos diferentes. Jesús invita a esta tarea salvífica, que supone el deseo de conseguir, mediante el compromiso y el esfuerzo de cada cristiano, este nuevo tipo de comunidad.

Su victoria fue completa en cuanto que el ser humano ya ha sido liberado del mal por la recreación de la gracia; pero no se trata todavía de una liberación definitiva y absoluta, pues queda un largo camino, hasta el final de los tiempos, para llevar a su plenitud la obra de Cristo. Mientras tanto, como responsables y cooperadores de este destino por nuestra solidaridad con Jesús, los cristianos arriesgan su vida no solo por eliminar el pecado de su corazón, sino para desterrar también de la existencia humana esa fuerza destructora. La permanencia del mal es un reto continuo que nos recuerda la obligación básica de nuestra fe. Como Jesús, tampoco nosotros podemos ser conformistas con esta realidad. Nuestra tarea consiste en continuar la misma lucha, para que un día sea posible el triunfo final.

Ahora no pretendo deducir que este carácter solidario y comprometido, que con tanta fuerza se manifiesta en la revelación, equivalga a nuestras categorías actuales de pecado. Su enseñanza pretende recordarnos otra verdad que se ha olvidado con frecuencia en nuestra formación cristiana: cuando el pecado penetra en el mundo y produce sus frutos en la existencia humana, ningún creyente puede sentirse con la conciencia limpia e inocente, como si no tuviera ningún tipo de vinculación con él. ¿Significa esto que todos somos verdaderamente culpables?

Por experiencia sabemos lo difícil que es, a veces, valorar nuestras propias acciones. En ocasiones, no somos tan libres como creemos, aunque también, en otros momentos, es más cómodo buscar la explicación en supuestos condicionantes. Solo Dios sabrá con precisión la complejidad de nuestras decisiones, elaboradas con una libertad demasiado turbia y confusa. Los inconvenientes aumentan aún más cuando se trata de emitir un juicio ético para juzgar la actitud de una persona frente a los pecados estructurales y colectivos. ¿Qué puede intentar un individuo para la eliminación de tantas tragedias, injusticias, pecados y desastres? ¿Qué culpa vamos a tener de las situaciones pecaminosas que se dan en otros continentes y muy lejos de nosotros? Un planteamiento así desemboca ciertamente en un callejón sin salida. Es aquí donde brota la tentación de caer en una simple denuncia estéril y fomentar una especie de fatalismo ciego y trágico que le deja a uno tranquilo y satisfecho, por el convencimiento de que no existe ninguna solución ni es posible ningún remedio para evitarlo. ¿Cómo despertar, entonces, el sentimiento de nuestra responsabilidad comunitaria.

Tal vez el camino mejor para encontrar una salida a esta situación paradójica consista en hacer una clara distinción entre los dos términos –responsabilidad y

culpabilidad— que se barajan con tanta frecuencia en el campo de la ética. La responsabilidad, en último término, no es más que la respuesta a una simple pregunta: ¿Quién ha hecho esto? ¿Cuál es la causa de este fenómeno? Después vendrá un análisis posterior para constatar si el responsable de esas consecuencias es también culpable de ellas o si, desde el punto de vista moral, no ha existido ningún pecado. El actuar con buena voluntad y honradez exime de culpa; pero el responsable de un hecho concreto será el individuo que lo ha provocado, aunque no tenga ninguna culpabilidad.

Desde esta perspectiva, cuando miramos hacia el futuro, todo comportamiento humano tiene un mundo de consecuencias que escapan muchas veces a las previsiones más sinceras, formando una serie de reacciones en cadena que resultan ya inevitables. Esta responsabilidad nace por la influencia de nuestras opciones en los demás, aun en la hipótesis de que el propio comportamiento no resulte pecaminoso. El problema no radica, entonces, en medir simplemente el grado de culpa que pueda darse en un individuo concreto, sino en analizar con lealtad y lucidez, para aceptarlas, las responsabilidades que nazcan aun sin culpa personal.

Ahora bien, nadie puede estar seguro de que su opción en la vida, por muy buena voluntad que ponga, no va a provocar también consecuencias negativas. Todos somos conscientes, cuando analizamos nuestra historia pasada, de las posibles equivocaciones o faltas de tacto que pudieron existir y que condicionaron ciertas consecuencias que no pudimos prever. De ahí la licitud de conductas aceptadas por nuestros antepasados y que hoy nos resultan intolerables; o, por el contrario, que haya habido comportamientos condenados en la tradición anterior que hoy se defienden como auténticos derechos humanos.

Por muchas explicaciones que existan para no condenar como culpables a los que así actuaron, los hechos forman parte de una historia que hoy nos parece lamentable. Era muy difícil adelantarse a los esquemas ideológicos y culturales que imperaban entonces, para descubrir los nuevos caminos que se abrirían con posterioridad. En cualquier caso, también fueron responsables de injusticias que se mantuvieron, sin ninguna culpabilidad por su parte. El mismo Juan Pablo II, en contra de las dificultades que encontró en la propia curia romana, tuvo el gesto valiente de pedir perdón por los fallos y condenas de la Iglesia en tiempos pasados. A nadie se acusaba de una culpa. Se trataba de reconocer los errores que provocaron consecuencias negativas.

Lo mismo que acontece en nuestro desarrollo personal sucede, de manera parecida, en la evolución histórica. Cuando miramos atrás no podemos, ciertamente, sentirnos culpables de nada. Sobre nosotros, en concreto, no recae el peso de la culpabilidad que han amasado nuestros predecesores. Las injusticias, las guerras, el odio, las incomprensiones, los atentados contra la persona humana, todo cuanto brota de la malicia inserta en nuestra naturaleza pecadora...: todo ello ha crecido sin colaboración alguna por nuestra parte. Nadie puede lanzarnos una condena por realidades que han sucedido al margen por completo de nuestro querer. Pero tampoco podemos olvidar la otra vertiente.

También nosotros heredamos el patrimonio de esa historia. Lo cual significa que

todo lo que somos y tenemos ha sido fruto –en una proporción desconocida y misteriosa, pero real– de las situaciones anteriores, con todo su contexto de pecado. Probablemente, no habríamos conseguido muchas de las ventajas que poseemos si no hubieran sido amasadas a costa del sufrimiento y la privación de quienes han sido siempre los marginados de ciertas posibilidades. Nada poseemos que no provenga de la sociedad, pero de una sociedad que no ha respondido nunca a las exigencias humanas y evangélicas.

A medida que se avanza por este camino, un sentimiento de vergüenza y responsabilidad aumenta en el corazón, y se elimina progresivamente una postura tranquila y cómoda, como si se tratara de realidades que nada tienen que ver con nosotros. No hablamos de la culpabilidad personal. El misterio de la culpa se vuelve mucho más opaco cuando se intenta discernir en estas circunstancias. No es fácil conocer el grado que a cada cual le corresponde. Los condicionantes estructurales dificultan la praxis concreta de cada individuo, pero también las deficiencias y fallos personales ayudan y colaboran en el mantenimiento de esas mismas estructuras. Lo cual significa que el déficit total es producto de los mecanismos sociales y de las personas concretas. Somos pecadores y estamos también inmersos en unas estructuras de pecado que se condicionan y estimulan mutuamente.

Para medir las posibles deficiencias personales, Juan Pablo II, en su Exhortación *Reconciliación y penitencia*, tiene un texto de una gran riqueza y contenido. El pecado no radica solo en quien lo comete, sino que depende también «de quien, pudiendo hacer algo por evitar, eliminar o, al menos, limitar determinados males sociales, omite el hacerlo por pereza, miedo y encubrimiento, por complicidad solapada o indiferencia; de quien busca refugio en la presunta imposibilidad de cambiar el mundo; y también de quien pretende eludir la fatiga y el sacrificio alegando supuestas razones de orden superior» (n. 16).

Lo que sí parece claro es que el pecado de omisión adquiere una densidad e importancia extraordinaria, pues siempre será posible una dosis mayor de esfuerzo y de entusiasmo para que el mundo tome nuevos derroteros. No todos podemos hacerlo todo, aunque todos tengamos algo que hacer. Y con seguridad todos tendríamos que realizar muchas cosas que omitimos y que ciertamente servirían para mejorar el mundo. Al menos, no permanecer silenciosos en manos de un trágico destino y que la injusticia se consolide por culpa de nuestra cómoda resignación. Las propias exigencias personales adquieren también matices muy diferentes, y cada uno tendrá que detectarlas en el ámbito de su vocación social y de sus exigencias personales.

Tampoco hay que ser ingenuos ni triunfalistas, soñando con un paraíso terreno donde no exista ninguna clase de mal. A pesar de todos los intentos y esfuerzos que puedan realizarse, el mundo seguirá siendo un pequeño calvario para mucha gente. Con esto no defendemos una postura fatalista ni resignada que nos permita quedarnos con los brazos cruzados ante la imposibilidad de un cambio radical y definitivo.

Esta visión, al mismo tiempo que fomenta una actitud optimista y esperanzadora, introduce un elemento doloroso en la lucha contra el mal. Por mucho empeño que se

ponga en su eliminación, habrá que seguir esperando «para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Rom 8,21). En medio de tanto malestar, el cristiano tiene una palabra que decir, llena de ilusión y de esperanza. Pero no tendremos derecho a pregonar la verdad de nuestro mensaje en esa promesa venidera si no nos tomamos en serio el mundo en que vivimos. Para ser sal y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16), el cristiano necesita que su conversión se abra también a esta dimensión social y comunitaria.

Índice

Portada	2
Créditos	3
Introducción	4
Interrogantes que se plantean	4
Con una previa aclaración	6
1. La crisis actual de la moral	7
Desconcierto frente al pluralismo ético	7
Pérdida de credibilidad	8
Búsqueda de autonomía	9
Mecanismos inconscientes	10
La libertad religiosa	11
Un lenguaje diferente	13
El riesgo del fanatismo	14
El temor ante lo nuevo	15
Los peligros de la tolerancia	16
Confusión entre lo legal y lo ético	17
Ni nostalgias ni retiradas	18
El juego de las estrategias y concesiones	19
La oferta de la Iglesia	20
2. La inevitable urgencia de una ética	21
Más allá de nuestros mecanismos biológicos	22
La radical carencia del ser humano	23
Condenados a ser éticos	25
Un trabajo de artesano	26
Hacia qué meta nos dirigimos	27
Para superar un vacío existencial	28
Un presupuesto razonable	30
3. Hacia una ética adulta	32
Superar la anarquía del capricho	32
La función del egoísmo humano	33
La ambigüedad del sentimiento	34
Otras presiones posteriores	35

Las exigencias internas	37
El temor religioso	38
El paso hacia una ética autónoma	39
Superación de una conciencia autoritaria	41
Recuperar la credibilidad perdida	42
4. Para una moral auténtica	43
Un paso más adelante	43
La cara oculta del inconsciente	44
La duplicidad de nuestro psiquismo	45
Los influjos encubiertos y desconocidos	46
Las consecuencias de una pseudo-moral	48
Hacia el descubrimiento de las raíces más profundas	49
Aprender a vivir con nuestra auténtica realidad	50
El difícil arte de amarse a sí mismo	51
Al prójimo como a nosotros mismos	53
Conclusión	55
5. ¿Qué son los valores éticos?	56
La menesterosidad del ser humano	56
Diferentes tipos de valores	57
La naturaleza del valor ético	59
La experiencia de la obligación	60
Vinculación con nuestro deseo más profundo	61
La llamada de otros valores más agradables	62
Importancia del sentimiento y sensibilidad	63
Ceguera y encallecimiento ante los valores	64
El ser humano como pequeña providencia	65
6. Cómo descubrir los valores éticos	66
Del nivel especulativo a la valoración concreta	66
El diálogo con las ciencias	67
No hay ética sin presupuestos científicos	69
Las fronteras de las ciencias	70
Los riesgos de un poder desorbitado	72
Límites e imperfecciones de enunciados tradicionales	73
Tensión entre lo nuevo y lo tradicional	74
Influjo de los elementos culturales	75

La prevalencia de ciertos factores	76
7. Los conflictos morales	78
Para evitar un doble peligro	78
La oferta de un payaso	79
El valor de ciertas transgresiones	80
La ambigüedad de ciertas obediencias	82
El inconformismo de otros creyentes	83
Las decisiones de conciencia	84
El valor abstracto y su aplicación concreta	85
El sentido reductor de ciertos principios tradicionales	86
Sin caer en una ética utilitarista o subjetiva	87
Armonía entre las dimensiones subjetiva y objetiva de la moral	88
8. En qué radica la moral cristiana	89
El grave riesgo del fariseísmo	89
Las denuncias de Jesús contra los fariseos	91
Al margen de todo perfeccionismo	92
La fuerza de la debilidad	93
Del perfeccionismo a la misericordia	94
Dimensiones humana y religiosa de la moral	95
La razón y la fe en el descubrimiento de la moral	96
Las ayudas de la fe	97
Dimensión trascendente y compromiso humano	98
9. La maldición de la ley	99
El rescate de una maldición	99
El radicalismo de una condena	100
Sentido de la libertad otorgada por Cristo	101
La ley en la espiritualidad cristiana	102
Para descubrir la voluntad de Dios: el discernimiento	103
Más allá de las obligaciones generales	104
Con los ojos y el corazón de Dios	105
La moral nos descubre la propia indigencia	106
Para medir la tensión interior y evitar posibles engaños	107
10. Pecado y culpabilidad	108
La nueva situación actual	108
Pérdida de una dimensión trascendente	109

Negativa de la propia responsabilidad	110
La conquista de la libertad	112
Los sentimientos de culpa	113
Para la comprensión del pecado	114
Valoración de los actos particulares	115
Algunas consecuencias prácticas	116
La necesidad de un engaño	117
Entre el fariseísmo y la culpabilidad	118
11. El pecado colectivo	119
Una visión demasiado individualista	119
No bastan los cambios personales	121
Dimensión individual y comunitaria	122
La actitud del cristiano: solidaridad	124
Y compromiso	125